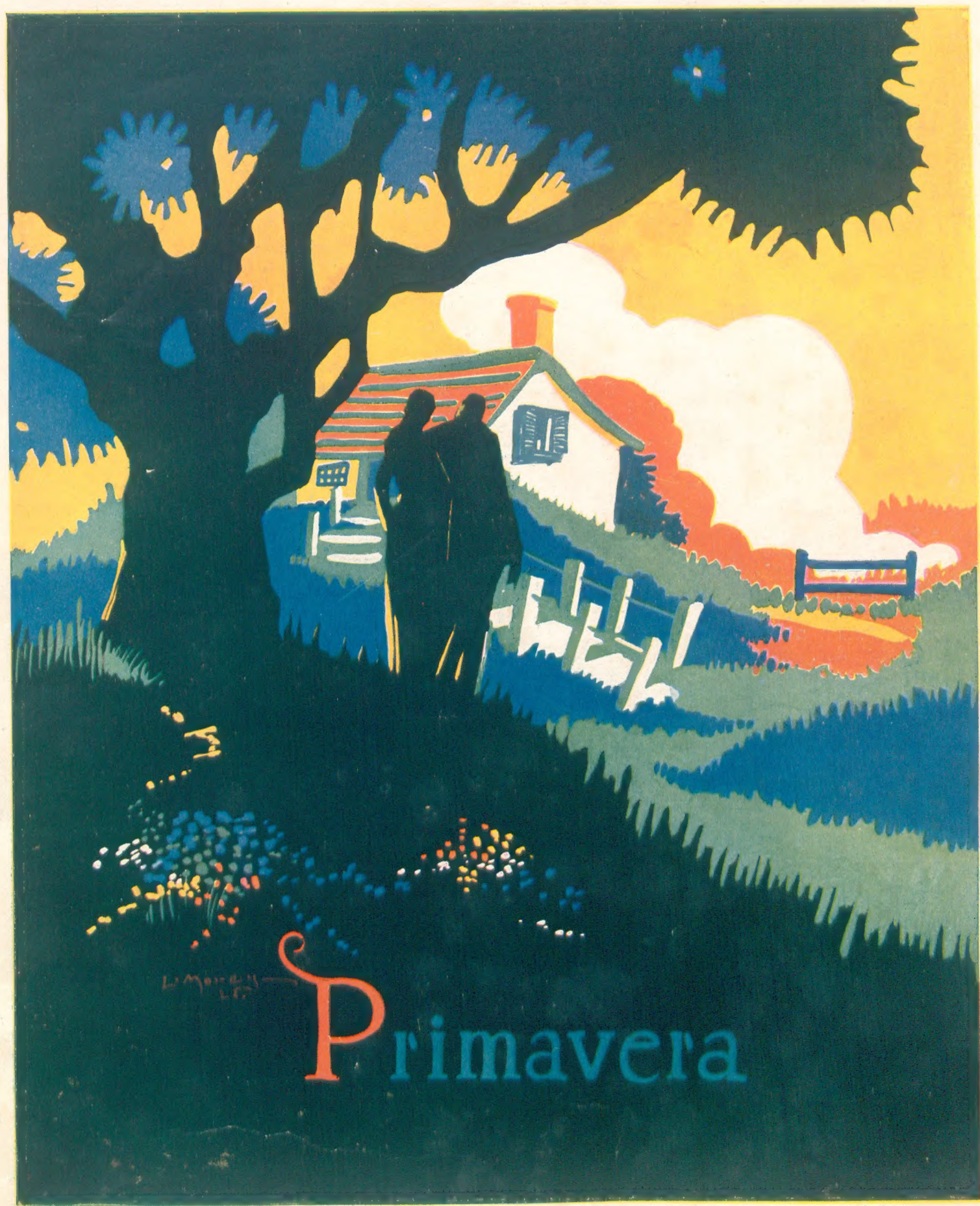


FRAY MOCHO



Composición de LEOPOLDO MOREY

N.º 699

15.9.1925.

2
13135 : 14,699 (1925)

DEMOSTRACION DEL AUMENTO MENSUAL

en el número e importe de los

BONOS DE AHORRO POSTAL

hallados en las Cajas de fósforos

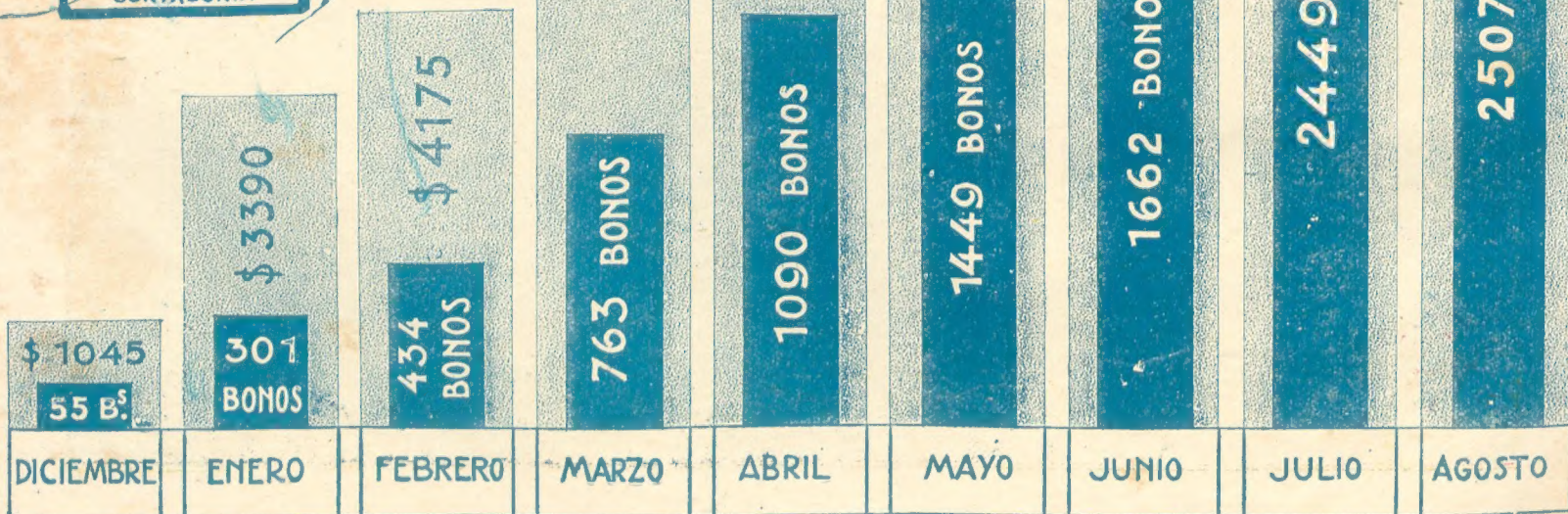


Total: **10710 Bonos**
82.205 Pesos

Certifícase

que los importes y cantidades de Bonos de Ahorro consignados en este diagrama corresponden a los presentados mensualmente a esta Caja para acreditar en libretas de ahorro.

Bs. Aires, Agosto 31 de 1925



COMPANIA GENERAL DE FÓSFOROS

LIMA 239
B. AIRES.

FRAY MOCHO

Año XIV

Buenos Aires, 15 de septiembre de 1925

Núm. 690

EMPECE a odiar a Mr. Sananes antes de conocerle, ni siquiera de vista.

Cuando fui a retirar mi boleto a la oficina de la compañía de vapores "The Orient Mail Co.", uno de cuyos espléndidos paquetes debía conducir-me de San Francisco de California a Yokohama, me encontré con la desagradable sorpresa de que el único camarote que quedaba disponible constaba de dos camas, una de las cuales había sido ya tomada.

Nunca en mis viajes he sido partidario de compartir mi camarote con extraños y esta circunstancia no dejó de causarme cierta sorda irritación que aumentó al leer el nombre de mi futuro compañero de cabina, que el empleado me mostró: Mr. Alex Sananes.

En seguida empecé a imaginarme, fuertes ronquidos, ojos de buey herméticamente cerrados, aire irrespirable y otras mil inconveniencias. Mala suerte era tener que compartir mi camarote con un desconocido; pero mucho peor aún tener que convivir varios días con una persona de otra raza y costumbres. Confieso que no me hubiera lamentado tanto de mi mala estrella, si mi futuro compañero se hubiese llamado Brown o Smith.

Al llegar a bordo noté que Mr. Sananes había tomado ya posesión de "nuestro" camarote; algunas valijas con rótulos de diversos países ocupaban el piso.

Al parecer Mr. Sananes era un incansable viajero, su equipaje ostentaba etiquetas de un sinnúmero de hoteles: Venecia, París, Londres, Nueva York, Buenos Aires. Un enorme baúl-ropero obstruía la entrada de tal manera, que tuve que hacer equilibrios para no caermé, todo lo cual, me hizo maldecir una vez más de Mr. Sananes y de mi mala fortuna.

Mr. Sananes había comenzado a desempaquetar sus adminículos de toilet, ocupando con una hilera de frascos y pomos los estantes del lavatorio. Noté por la fragancia que despedían que Mr. Sananes era cliente de Monsieur Coty.

Mi sorda ojeriza por Mr. Sananes se exacerbó. Decididamente Mr. Sananes no me gustaba.

Al volver a cubierta, el buque acababa de soltar amarras y se deslizaba lentamente, abandonando la bahía de San Francisco.

Contrariado aún, prescindí por esta vez, de presenciar el animado espectáculo que ofrece siempre la salida de un buque. Las despedidas, los pañuelos agitados nerviosamente en el aire, alguna que otra femenina lágrima, los que te diviertes..., no te olvides de escribir..., manda muchas postales..., etc.

Siempre me ha complacido, apoyado indolentemente en la borda, ser objeto de la cariñosa envidia con que los que se quedan, miran a los felices que se van; por esta vez, prescindí de este pequeño placer egoísta y metiéndome en el "smoking room", llamé al mozo. pedí una baraja y me dispuse a jugar un solitario. Acababa apenas de disponer las cartas sobre la mesa cuando

El original mister Sananes

Un cuento de OCTAVIO BERMUDEZ COBIAN

un sujeto desconocido se aproximó a mí, interrogándome:

—¿Tengo el gusto de hablar con el señor Smithfield?

—Mi nombre es Alex Sananes—agregó el desconocido con una sonrisa, mostrando una hilera de dientes blancos, bajo un bigote recortado en forma chaplinesca que le daba cierta apariencia de un villano de película.

—Oh, sí..., recuerdo—contesté displicente,—tenemos el mismo camarote según creo.

—Buena suerte hemos tenido—respondió,—usted nunca sabe quién le puede tocar en suerte como compañero de camarote. Yo realmente me regocijé al enterarme de que usted era inglés. Siempre fui un decidido partidario del exclusivismo inglés. Especialmente en país extranjero debemos siempre conservar nuestra unidad.

Maquinalmente, un poco bruseo le contesté mirándole fijamente:

—¿Qué, es usted inglés?

—Ya lo creo, supongo que no me

habrá usted tomado por un americano; inglés hasta la médula de los huesos. Para probar su aserto, extrajo un pasaporte del bolsillo interior del saco y pasándolo rápidamente ante mis ojos, lo metió de nuevo en el bolsillo.

El rey Jorge tiene muy extraños súbditos. Mr. Sananes era más bien corto de estatura, un poco grueso ese tipo de persona que los ingleses llaman "stout". Su piel era de un color mate obscuro, ese color peculiar de los tureos e italianos del Sur. Ostentaba una nariz prominente y carnosa en forma de gancho, de esas que suelen llamar "de loro". Ojos negros grandes y un largo y lustroso cabello negro un poco enrulado. Hablaba con una facilidad gárrula en la que, indudablemente, no había nada de la característica flema inglesa y los gestos y ademanes con que acompañaba su conversación, no eran tampoco los habituales de un hijo de la rubia Albión.

Tengo para mí, que una minuciosa

PRIMAVERA

¡Primavera! has llegado portadora de vida,
dejando en las pupilas un lírico deseo;
y en los labios maduros y en las frescas mejillas
un romance lozano y un reguero de besos.

El alma se conmueve de placer y de gloria,
el corazón galopa cual un corcel sin freno,
y las bocas se entreabren aguardando caricias,
se entreabren bermejas como flores de ceibo.

¡Primavera! de amores eres cómplice dulce.
En los albos balcones de los novios, ¡qué intenso
aletear de ilusiones, palpitación de promesas,
mientras sueñan las rubias mariposas del cielo!

¡Primavera! Llegaste... Y una nueva ternura
ha encendido las fibras más dormidas del pecho;
parece que la sangre circula con más brío,
mientras vibra más honda la canción del recuerdo!

¡Primavera! Tú dices las más bellas palabras,
las más dulces promesas que forjara el ensueño,
a tus besos, en triunfo se yerguen los aedás
y en sus frentes fulguran las caricias del verso.

¡Primavera! Tú pones una ciega esperanza
sobre todo lo suave, sobre todo lo tierno,
sobre todas las frentes que se inclinan temblando,
sobre todos los labios que se entregan sonriendo...

Tú comprendes la pena que corroen las almas
y bendices de savia sus ramajes hambrientos,
mientras, llenas de vida, las abejas humanas
sus enjambres agitan bajo el piélago inmenso!

¡Primavera! Has llegado portadora de vida
dejando en las pupilas un lírico deseo,
un deseo más hondo, más sublime y más puro,
que aquel que en nuestros labios es cántico del beso!

Eduardo María de OCAMPO.

inspección en el pasaporte de Mr. Sananes, hubiera puesto en evidencia que su nacimiento había tenido lugar bajo cielos más azules que los de la brumosa Inglaterra.

—¿Qué se va usted a servir?—pregunté amable. Le miré de mal talante, cuando no tengo sed, no sé cuál de los dos refrescos me disgusta más, si la limonada o el "ginger-ale". Mr. Sananes envolviéndome con una suave sonrisa oriental, repuso:

—Whisky and soda o Martini seco—no tiene más que pedir y de cada uno de los bolsillos traseros del pantalón, extrajo un "flask" depositándolos sobre la mesa.

Elegí el Martini y llamando a un mozo, Mr. Sananes ordenó un poco de hielo y algunos vasos.

—Un excelente "cocktail"—exclamé.

—Admirable—exclamé satisfecho de que le alabase su "stock", y puede usted decir a sus amigos a bordo, que su compañero de camarote dispone de una buena reserva.

Mr. Sananes se mostró hablador incontenible, habló sobre París, Londres, Nueva York, San Francisco, discutió obras teatrales, pintura, actores, política. Se confesó patriota. Indudablemente la enseña nacional de John Bull, con sus característicos colores siempre ha sido una divisa que me ha inspirado respeto e impresión; pero ensalzada por un hijo de Alejandría o Beirut, no puede negarse de que pierde algo de su dignidad.

Mr. Sananes era uno de esos sujetos que adquieren una rápida familiaridad y prescinden pronto de toda regla usual de etiqueta. Yo nunca he sido muy partidario de ciertos convencionalismos y formalidades éticas, nunca me han preocupado gran cosa; pero confieso que el sentimiento llamar Smithfield a secas por una persona a quien acabo de conocer no me hace maldecir la gracia. Mr. Sananes, tal vez para dar a nuestra reciente amistad un carácter más íntimo, prescindió, desde el primer momento de anteponer el "Mister" al dirigirse a mí.

Decididamente, Mr. Sananes no me gustaba. Mientras conversábamos, yo había dejado a un lado las cartas; pero estimando que nuestra conversación había durado bastante, empecé de nuevo a disponerlas sobre la mesa.

—El tres sobre el cuatro—indicó Mr. Sananes. No hay nada más esperante, cuando uno trata de hacer un solitario, que una indicación sobre la colocación de una carta, antes que uno haya tenido tiempo de pensar la jugada.

—Ya va saliendo..., ya va saliendo—exclamó de nuevo,—el diez sobre la sota.

Con todo mi rencor y odio reconcentrados, pugnando por estallar, terminé al fin mi solitario.

Mr. Sananes se hizo en seguida cargo de la baraja.

—¿Le gustan a usted los juegos de cartas?—me preguntó.

—Los odio—le contesté.

—Bueno, le enseñaré uno solo—y ejecutó más de seis, confieso que con bastante limpieza.

Aprovechando un momento oportuno



no para evadirme del intruso, me levanté dispuesto a irme.

—¿A dónde va usted?

—Debo ir al comedor para elegir mi mesa.

—No se preocupe usted. Ya está todo arreglado. Usted se sentará a la mía; he ordenado al mayordomo un sitio para usted. Nada más natural que compartiendo el camarote, compartamos también la mesa.

Indudablemente, Mr. Sananes era el más hórrido de los seres. No solamente tuve que compartir mi camarote con él, comer tres veces al día con él, sino que no podía caminar diez pasos sobre cubierta, sin tropezarme con su antipática nariz de loro.

Mr. Sananes llegó a constituir una obsesión para mí y de nada valieron cuanto recurso inventé para evitar su oficiosidad. Era uno de esos seres a los cuales es imposible eludir; una de esas personas a quienes en nuestra casa mostramos amablemente la puerta, recomendándoles que no den un portazo al salir y se van encantados, creyendo que su presencia nos ha proporcionado uno de los instantes más felices de nuestra vida.

Mr. Sananes se había hecho familiar con todo el resto de los pasajeros en tres días: Conocía a todos por sus nombres y apellidos y sabía al dedillo el objeto del viaje de cada uno de ellos. El corría con todo; los remates, las rifas de beneficencia, kermesses, conciertos, bailes de máscaras. Estaba en todas partes y se metía en todo. Indudablemente era el personaje más odioso del barco.

Alguien le adjudicó el sobrenombre de Mr. "Sabelotodo" y por este nombre más que por el suyo propio se le conocía entre los pasajeros. Algunos, ignorando su verdadero apellido, lo llamaban por el sobrenombre, sin que diese señales de mostrarse ofendido. Su despreocupación era sublime.

En la mesa, a la hora de las comidas, su verbosidad se hacía inaguantable; su locuacidad adquiría entonces caracteres de torbellino y atacaba con igual vehemencia los tópicos más diversos. No existía nada que él ignorase, ni se suscitaba una anécdota sin que él refiriese inmediatamente otra parecida. Imposible contradecirle: era la más grave ofensa que pudiese habersele inferido. No importaba cuán trivial fuese el asunto; nadie debía poner en duda la infalibilidad de Mr. Sananes.

Sentábanse a la misma mesa el médico de a bordo y Mr. Russell y señora. Mr. Sananes se hubiera fácilmente salido con la suya, porque el médico era un señor abúlico y parco en palabras que a todo prestaba asentimiento, y yo un indiferente; pero Mr. Russell era tan dogmático como Mr. Sananes y en terquedad y manía de argumentarlo todo por ahí se iban los dos. Bastaba que Mr. Sananes expusiera una opinión, para que Mr. Russell expusiera su punto de vista, naturalmente, contrario. Las discusiones se sucedían sin interrupción y se hacían a veces interminables.

Mr. Russell pertenecía al servicio consular de los Estados Unidos, era un hombre alto, de contextura atlética. Su edad oscilaba alrededor de los cuarenta años. A la sazón desempeñaba un puesto de canciller en Kobe y volvía al Japón después de un rápido viaje a Nueva York, con el objeto de acompañar a su esposa, quien volvía con él al Japón después de un año de ausencia en la gran metrópoli norteamericana.

Madame Russell era una linda morena, de grandes ojos negros de atrayente mirar. Posía unos modales muy distinguidos y pude observar que era muy culta.

El servicio consular estadounidense no está muy bien retribuido. Madame Russell vestía modestamente; pero po-

seía esa cualidad privativa en contadas personas de llevar sus modestos vestidos con fácil y natural distinción. Los trajes más sencillos se adaptaban a su cuerpo con precisión admirable. Era una culta y discreta "causeur". Reunía en fin, todas las magnéticas cualidades que hacen atractiva a una mujer.

Una noche mientras cenábamos, la conversación recayó por casualidad sobre el cultivo de las perlas. Los diarios se habían ocupado extensamente sobre los viveros de perlas en el Japón, en donde por procedimientos científicos, inyectando cierto suero en las ostras perleras, habíase logrado comunicarles la enfermedad que produce la perla, pudiéndose producir a voluntad un número incalculable de éstas. El médico opinaba que este descubrimiento influiría notablemente en el valor de las perlas naturales.

Mr. Sananes, según su costumbre, tomó en seguida el nuevo asunto por su cuenta y nos endilgó una extensa conferencia sobre las perlas.

Yo no creo que Mr. Russell fuese muy entendido en la materia; pero no quiso perder la oportunidad de exasperar al levantino y ambos se en-

perto como yo—y señalando con un dedo a un collar que Madame Russell lucía, agregó:

—Pierda usted cuidado, Madame Russell, su collar no perderá absolutamente nada de su valor actual.

Las mejillas de Madame Russell se colorearon ligeramente y con su modestia habitual, ocultó discretamente su collar entre el vestido.

Mr. Russell se echó hacia delante y mirándonos a todos, sonrió irónicamente.

—Es un hermoso collar el de Madame Russell, ¿no es cierto?—exclamó.

—Efectivamente, se trata de una sarta de legítimas perlas. En seguida me di cuenta de su valor—agregó Mr. Sananes.

—Yo no lo he comprado, naturalmente; pero me agradaría saber cuánto cree usted que pudo haber costado.

—Bien, entre traficantes de perlas, su valor puede oscilar alrededor de quince mil dólares; pero si ha sido adquirido en alguna de las joyerías de la Quinta Avenida no me extrañaría que se hayan pagado por él arriba de treinta mil.

Mr. Russell sonrió socarronamente y repuso:

DERROCHE

Oro de tarde roja, y plata
de luna... Tengo un dineral.
Mi bolsa siempre se desata
sin que se agote mi caudal.

Quiero emoción por mi fortuna;
y, pues no tengo el don de ahorrar,
oro de sol, plata de luna
doy por un poco de soñar.

Me retribuye mi largueza
bien predispuesto el corazón,
que hurta de la naturaleza
para ofrecermela, la emoción.

Pródigo soy como la rosa,
y todo el bien que se me da,
mi alma lo entrega generosa
como un perfume que se va.

Corazón mío que te alejas
vida adelante, sin saber
si esta emoción que al paso dejas
llega en otra alma a florecer.

Siempre has de ser pródigo y pío
mientras la vida aliente en mí.
Sé siempre así, corazón mío;
da tu tesoro siempre así.

Alberto LARRÁN DE VERE.

tregaron a una de sus habituales polémicas.

Yo había sentido discutir con vehemencia a Mr. Sananes; pero nunca con el calor y la convicción de ese momento. Algo que Mr. Russell argüía, debió herirlo en su amor propio, porque golpeando rudamente sobre la mesa, prorrumpió:

—Perfectamente, yo debo saber lo que estoy hablando; precisamente voy al Japón para estudiar el negocio del cultivo de las perlas y supongo que mis veinticinco años de práctica como experto tasador de collares, me darán alguna razón para hablar sobre ellas. Puedo agregar además, que conozco los más valiosos collares del mundo, muchos de los cuales han pasado por mis manos.

Esta fué una sorpresa para nosotros, porque Mr. Sananes, a pesar de su característica locuacidad, nunca había referido qué clase de asuntos le llevaban al Japón. Sólo se sabía vagamente que viajaba por negocios.

Mr. Sananes nos miró triunfalmente y prosiguió:

—Las perlas producidas por esos medios, no podrán nunca confundirse con las naturales a los ojos de un ex-

—Seguramente se sorprenderá usted al oír que mi señora lo ha comprado en uno de esos "stores" de mercaderías generales de Nueva York, unos días antes de partir, por la elevada suma de quince dólares...—Y soltó una sonora carcajada.

La sangre afluyó al rostro moreno de Mr. Sananes.

—Imposible—contestó;—no solamente se trata de un collar legítimo, sino que es de los más uniforme y más perfecto que he podido ver, en su tamaño.

—¿Quiere usted apostar?—repuso Russell,—le apuesto cien dólares a que se trata de una vulgar imitación.

—Acepto.
—¡Oh, Emilio!... Tú no apostarás teniendo la certeza de ganar—terció Madame Russell y sus labios temblaron ligeramente al hablar, al mismo tiempo que pugnaban por dibujar una sonrisa gentil.

—¿Por qué no?—contestó Russell,—si tengo la oportunidad de ganarme cien dólares a costa de la terquedad de otro? ¿Por qué voy a cometer la estupidez de no tomarlos?

—¿Pero cómo puede probarse? No existe más que mi palabra contra la

de Mr. Sananes—agregó Madame Russell.

—Permítame, señora, que examine el collar, le diré en seguida si son o no genuinas. Estoy dispuesto a arriesgar cien dólares.

—Entrégale el collar, Helen, y déjale que lo examine a su gusto.

Madame Russell dudó un momento, llevó ambas manos al broche y trató de desprenderlo.

—No puedo...—exclamó,—Mr. Sananes tendrá que confiar en mi palabra.

Yo tuve la sospecha de que algo infortunado iba a ocurrir; pero no se me ocurrió decir nada.

—Lo desprenderé yo—dijo Russell levantándose, y entregó el collar a Mr. Sananes.

El levantino extrajo un lente de su bolsillo y se puso a examinar el collar detenidamente. Una sonrisa de triunfo iluminó su rostro aceitinado y devolvió el collar a Mr. Russell. Iba a romper a hablar; pero rápidamente se fijó en Madame Russell, cuyo rostro se había tornado tan pálido, que parecía que fuese a desmayarse. Miró fijamente a Mr. Sananes, con sus ojos grandes y suplicantes. Su mirada contenía un ruego desesperado.

Mr. Sananes, conservaba aún abierta la boca y así quedó unos segundos en una actitud estúpida, mirando fijamente a Madame Russell. Se notaba la violenta lucha que estaba sosteniendo consigo mismo.

—Efectivamente—exclamó al fin,—estaba en un error. Se trata de una excelente imitación y creo que yo no pagaría diez dólares por ellas. Confieso que me he equivocado, y extrayendo de su cartera un billete de cien dólares, lo entregó a Mr. Russell.

—Esta lección, le enseñará a usted a no ser tan tereco—contestóle éste triunfante.

Yo noté que las manos de Mr. Sananes, temblaban un poco.

El suceso trascendió rápidamente entre los pasajeros. Se comentaba con carcajadas y burlas la derrota de Mr. "Sabelotodo".

Madame Russell se retiró temprano con una fuerte jaqueca.

A la mañana siguiente me levanté temprano, los rayos del ardiente sol japonés penetrando por el "ojo de buey" me despertaron, nos íbamos acercando a la costa. Me dispuse a afeitarme. Mr. Sananes echado indolentemente, fumaba un cigarrillo, observando cómo el humo se mezclaba con un rayo de sol, formando una caprichosa columna azul, llena de minúsculos destellos. Me saludó con un amable "good morning" y siguió entregado a sus observaciones.

De pronto unos golpes suaves sonaron en la puerta de nuestro camarote. Me di rápidamente vuelta y pude notar que alguien deslizaba un sobre cerrado bajo la puerta. Inmediatamente abrí y salí al corredor. Ni un alma. Tomé la carta y notando que estaba dirigida a Alex Sananes, se la entregué.

—¿De quién será esto?—exclamó rasgando el sobre.—¡Oh!...—agregó extrayendo del mismo un billete de cien dólares. Revisó el sobre; ni una sola línea adentro y rompiéndolo en menudos pedazos, me dijo:

—¿Quiere usted hacer el favor de arrojarlos por el "ojo de buey"?

Hice como me ordenó y al notar mi sonrisa inquisitiva, exclamó:

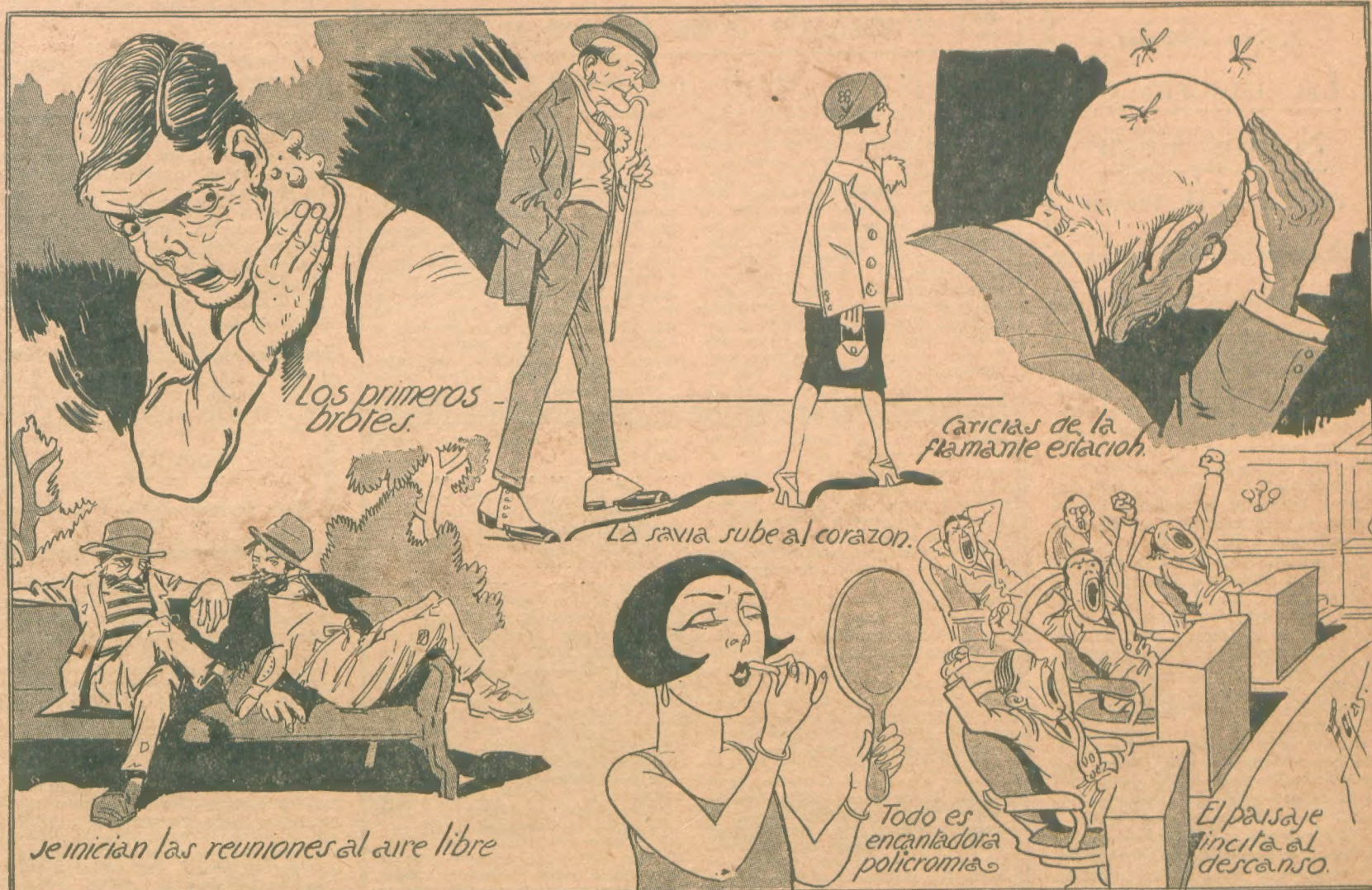
—A nadie le agrada pasar por zonzo.

—¿Eran, realmente, legítimas las perlas?—inquirí yo

—Ven, amigo—me contestó, lanzando una columna de humo al aire,—si yo tuviera una mujer linda, simpática y joven, no cometería la estupidez de dejarla un año sola en Nueva York, mientras yo vivía en Kobe tranquilo y confiado.

Desde ese momento, confieso que Mr. Sananes me fué simpático.

Filadelfia, junio de 1925.



Dib. de Rojas.

Los héroes de la fantasía

MAZEPPA

En medio del silencio de la noche, que sólo de tarde en tarde interrumpen los siniestros alaridos del cárabo, oyes a lo lejos el triste aullar del lobo que llama a sus semejantes anunciándoles que hay caza a la vista, y poco después el endurecido suelo de la estepa trepida bajo los cascos de un corcel que avanza a todo escape, flotante la crin, tendida la cola, respirando jadeante como si hubiese corrido mucho, y, sin embargo, galopando siempre, huyendo de los lobos que le van a los alcances. A la luz de la luna que acaba de levantarse tras los lejanos bosques, su blanca silueta se destaca en el fondo obscuro de la llanura, y sobre ella, crispados, distendidos violentamente, en una postura inverosímil, destacan también las formas de un mancebo desnudo. Es Mazeppa.

Mazeppa se había educado en la corte del rey de Polonia, Juan Casimiro V, donde servía como paje. Su desgracia, o su fortuna, le indujo a dejar aquel puesto para entrar al servicio de un noble polaco, hombre de mucha edad y mal carácter, casado con una linda joven que, como no podía menos de suceder, era la víctima obligada de su mal genio. Apenas será necesario decir que entre el antiguo paje del rey y su joven señora hubo pronto más amistad y más íntimas conversaciones que las que de ordinario median entre un criado y su ama. Quiso la fatalidad que algún envidioso fuese con el cuento al marido, y un mal día, la noble dama y el paje fueron sorprendidos en uno de aquellos íntimos coloquios. El castigo no se hizo esperar. Pero los antiguos señores polacos sabían castigar de un modo muy distinto de como lo hacían los demás señores de la tierra.

En las cuerdas del noble lucha impaciente con sus ligaduras un potro salvaje recién cazado en la Ucrania, y al que todavía no se había puesto freno al montura.

Montañesa

Una doncella sobre el monte húa, ágil subiendo con su pie ligero. Por el borde fatal del ventisquero, un joven cazador la perseguía.

En el alba de nieve que ceñía los picachos más altos, un lucero fugitivo en la luz, por el sendero lejano la doncella parecía.

Y allá en la agreste virginal altura, al fin la alcanza el cazador, la nombra, y audaz oprime su gentil cintura.

Mas ¡ay! resbalan en la fría alfombra, y al caer enlazados a la hondura, se entrechocan sus besos en la sombra...

Carlos Alberto LEUMANN.

Cabellos rubios

¡Oh, rubia cabellera esplendorosa, en opulentas ondas derramada, como un miraje de ideal cascada, sobre tus hombros de alabastro y rosa!

Deja que hunda mi mano cariñosa de ese tesoro entre la luz dorada, y que aspire la brisa perfumada, al agitar sus hebras, voluptuosas.

Es mi visión tenaz. Aurea y joyante, la contemplo en la aurora deslumbrante que en el ambiente diáfano destella.

Y de la noche en el astral tesoro, tras el paso fugaz del metéoro y en el fleco radiante de la estrella.

Juan AYMERICH.

Fué traído, no sin trabajo, al gran patio de honor del castillo, y sobre sus fuertes lomos se a'ó, desnudo, al infeliz Mazeppa. Después, abriéronse de par en par las puertas y el potro fué puesto en libertad.

Los efectos de aquel refinamiento de crueldad no se hicieron esperar. El caballo, al sentir la carga y verse libre, cocéó y se encabritó. Después, partió a todo escape, dejando detrás ciudades y aldeas, campiñas y bosques, siempre en demanda de las estepas donde había sido cazado.

Mazeppa, sólidamente atado sobre el fogoso corcel, arrastrado en aquella carrera salvaje, veía próximo un fin desastroso. Llegó la noche, y cuando el caballo, en plena estepa, se disponía a pastar, habituado ya a su inseparable jinete, los aullidos de los lobos obligáronle a emprender de nuevo su loco galope. Y corrió, corrió, un día y otro día, hasta que al fin, agotadas las fuerzas, cayó reventado en medio de la llanura.

Allí encontraron a Mazeppa, siempre ligado al cadáver del caballo salvaje, y él mismo casi sin vida, unos cosacos que el acaso hizo pasar por la estepa. Gente indómita y bárbara, eran sin embargo lo bastante caritativos para no poder contemplar sin enternecerse aquel espectáculo cruel.

Desataron, pues, al infortunado paje, llevárselo consigo, y desde aquel día fué Mazeppa un cosaco más. Su valor, su noble carácter y, sobre todo, el ascendiente del hombre educado sobre los ignorantes, hicieronle pronto el favorito de aquellos salvajes hijos de la estepa, y un día el antiguo siervo se encontró hecho hetmán de los cosacos del Dnieper.

Tal es la leyenda de Mazeppa, el héroe cosaco, que Voltaire fundió con la historia verídica de aquel otro Mazeppa, compañero de guerra y de infortunio de Carlos XII de Suecia. Pueda ser que en algunas fases de su existencia el héroe de la fantasía y el de la realidad no hayan sido, en efecto, sino uno mismo; pero la leyenda que acabamos de referir, la que inspiró a Byron uno de sus más bellos poemas y a Víctor Hugo una de sus "Orientales" más sentidas, se refiere exclusivamente al primero. Mazeppa el enamorado y el indómito corcel que lo lleva por selvas y por estepas en una carrera loca, fantástica, hasta un triunfo glorioso e inesperado, son seres que pertenecen exclusivamente al mundo de la imaginación.

Páginas olvidadas

La muerte de Santos Vega

Por CARLOS M. PACHECO

En el espectáculo del campo abierto y lleno de vida, bajo un ardiente sol de verano; frente a la plana extensión poéticamente recostada por alguno que otro apilado monte de álamos, tras del cual adivinase o resalta la blancura feliz de una casita; allí sirviendo de broche a la conjunción de dos caminos terrosos que alargan dos enormes fajos sobre la verde plenitud de los pastizales, alza su estructura antigua y miserable la pulpería de don Cosme, el más viejo de los viejos en veinte leguas a la redonda.

Don Cosme y su pulpería constituyen una misma cosa, una nota, una sola regresión, un pedazo latente de lo antiguo, que desfallece allí ante el triunfo de la época y que, no obstante, resurge a veces y se impone en una especie de respeto místico y sencillo, en una brusca irrupción de recuerdos, en el caprichoso fantasear de la tradición.

Un día no hubo sol y el viento gimió con extrañas palabras entre los complicados árboles de la costa. Fue en plena primavera un paréntesis invernal grato al espíritu y al cuerpo.

Hablamos con mi compañero de don Cosme y su pulpería, que muchas veces veíamos al pasar como aplastada por el sol radiante.

Ahora parecía resurgir más altiva sobre el campo velado, casi oscuro.

Y fuimos hasta allí, a sentir aquel montoncito de cosas viejas marcadas a la distancia por un rancho de pobrísimo aspecto.

En los añosos y torcidos palenques, algunos caballos se consultaban la espera. Entramos.

Don Cosme, que estaba rodeado por cinco o seis paisanos, se levantó a servirnos afablemente, suspendiendo el relato cuyo interés vivísimo entendimos en el movimiento de todos. Don Cosme nos saludó y nos puso por delante lo pedido, sobre una mesa gastada de puro limpia. Con permiso, y reanudó su conversación junto a ellos que lo esperaban ansiosos.

—Pues, sí, mis amigos, ese pueblito se ha equivocado lejos. Y sino ahí está vivo y sano don Pancho Peralta, que vino varias veces la sombra y ahí está también el viejo Hilarión, que la oyó cantar y salir disparando hasta el río. Lo mismo cuando ando medio triston, cuelgo en el pozo mi guitarra tiempada y me tiro boca abajo con los ojos tapados y espero y espero... hasta que empiezo a oír una música desconollada, tan lamarga que no había hombre que la arrancara a las cuerdas...

—¡Estos no son cuentos, mis amigos! Es el alma de Santos Vega que anda vagando...

Nos acercamos, constatando cómo los paisanos tenían abiertos los ojos y el alma preparada al más ignorante de los miedos. Formamos rueda.

—Entonces—aventuró—usted cree, don Cosme, que Santos Vega ha existido?

Una sonrisa indulgente movió los labios del viejo criollo.

—¡Vea, qué pregunta! Yo mismo lo he conocido. Lo vi morir—. Contó en medio de religiosa atención, con voz serena y honda, con acento de gran verdad—. Yo era pion entonces de la estancia de Sáenz Valiente, siempre me acuerdo; uno de los patronci-

El drama de José López y López

(Cuento grotesco)

En la vida de José López y López había un drama, sencillo, vulgar, pero angustioso. Era el drama absurdo del que vive odiando a las mujeres. Y era que él las odiaba con la misma intensidad con que, ayer, las amara a todas en una sola; su esposa. Siempre recordaba aquel engaño, despiadado, brutal. Siempre llevaba, nítida, en su cerebro, la escena aquella, el momento en que, al abrir las puertas de la tienda que poseía en aquel lejano y tranquilo pueblito, se encontró solo, infinitamente solo frente a las piezas de género, cuidadosamente apiladas en los estantes; solo, sí, frente a los libros de caja llenos de números; solo en la vida y... en la tienda, porque, para José López y López, la vida terminaba allí, junto al mostrador, desde el cual asistía sereno al espectáculo del mundo que se representaba tras la puerta y por la cual pasara la compañera el día que se sintió atraída por las luces ilusorias que bailoteaban allá lejos, como anuncios de supremas felicidades...

Más tarde, pasado el momento de amargura, el pobre comprendió que no estaba tan solo, algo le había dejado la mujer, como recuerdo humano de su cariño: un hijo, hermosa criatura de pocos años. José López y López resignóse, luchando atrozmente consigo mismo depositó sobre sus hombros la pesada cruz de su fatalidad y siguió viviendo, sin ilusiones, sin esperar ya nada, sin desear tampoco. Todo habíase ido tras de aquella mujer, en su fuga inesperada. Sólo notó una diferencia; que aumentaba el odio que sentía por las mujeres. Así, al lado de ese sentimiento absurdo, fué creciendo el niño, quien bajo el poder de esa idea, pareció luego que llegaba a sentir por ellas idéntica aversión. Fué un principio de consuelo para José López y López tal descubrimiento. Desde entonces creyó tener ya una pre-ocupación: la de hacer que su hijo mirase sin amor a las mujeres,

ayudarlo a engañarlas, para verlas luego sufrir, como había sufrido él antes, por una de ellas...

Así desfilaban los días para aquellos dos hombres; el uno inculcando en el cerebro del otro todo el desprecio, toda la amargura que llevaba en el alma y en la sangre por no haber perdonado la fragilidad de una mujer. Pasó el tiempo, y con él vinieron nuevas revelaciones. Una de ellas fué que lo que el hijo tomó por odio, no era tal, sino amor, y muy grande, y muy hondo, porque estaba el muchacho muy necesitado de cariño... ¡No! ¡El hijo de José López y López amaba a las mujeres! Había sido engañado por su padre; las mujeres no eran malas, no eran ingratas, eran, simplemente, mujeres...

Por eso, un día, aquel niño, hecho hombre por ley del tiempo, se fué del lejano y tranquilo pueblo, tras los ojos grandes y negros, de una mujer...

Ese era el drama de José López y López. Cerró, desde entonces, y para siempre, las puertas de su tienda. Envejeció. El fracaso de su obra de tantos años, tuvo para su alma repercusiones de tragedia. Se alejaba de todo contacto humano, hubiera querido no ver a nadie, ya que en nadie tenía confianza, y cuando volvía del campo, donde pasaba la mayoría de sus días, se encerraba en un mutismo absoluto. Poco a poco, fué perdiendo la costumbre de hablar, se hizo vagabundo, y terminó al fin por ser el "atorrante" del pueblo. Y así, el que ayer era un comerciante honrado, a quien distinguían todos con su aprecio, hoy, reclamaba la compasión ajena, e inspiraba un desprecio silencioso a quienes, por graves y discretos, no entendían su locura, porque aquel hombre, estaba loco...

Julio FRANZOSO.

tos andaba medio tocao, bastante enfermo é la cabeza, pobrecito... Se levantaba de noche ahugao por la fiebre...

Fué así, una tarde como esta, tuito el campo seseurecía y chiflaba el viento, cada vez más fuerte, hasta que se hizo pampero y se comenzaron a doblar los árboles como queriendo romperse.

Nosotros los piones, encendimos luz y nos metimos en la cocina a tomar mate...; los patrones también se habían encerrao.

A la hora así, sentimos una voz de chiquilín juntito a la puerta:

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecao—le contestamos, y juimos a ver.

Era él, era Santos Vega que venía en un matungo flaco y acompañado de un chiquilín, con quien andaba siempre. Se apió y nos pidió permiso pa meter en el fogón una mulita que traía de por ahí. Ya era muy viejo y se alimentaba de esas cosas...

El paisanaje lo respetaba mucho. Cuando vimos que era él le hicimos un sitio junto al fuego pa que se calentara, pobre viejo. Era un frío tremendo aquel día...

Y juimos corriendo a avisar a los patrones que había llegao el payador.

Vega se había tendido en su poncho mirando como chisporroteaba el fuego con ese ruido é leña recién prendida. No hablaba casi nunca y nosotros, al verlo así, tan pensativo y caído, teníamos como un miedo é preguntarle algo.

Uno é los niños vino en seguida a la cocina con una guitarra a pedirle que cantara, pero tampoco se atrevió.

Vega había cerrao los ojos; no quisimos despertarlo. Entonces, se allegó el otro niño, el que estaba tocao que les dije, y agarrando la guitarra se la puso al lao como pa que tocara al despertarse. Ansina pasó una hora, hasta que uno de los piones reparó en que Vega estaba amarillo y seco. De repente el chiquilín se le acercó asustao.

¡Ahijuna, cuando me acuerdo!... ¡Qu'imprisión nos hizo!

Lo agarramos, lo movimos, nada, jué al fudo; estaba duro el cuerpo, estaba muerto, así, sin decir una palabra... ¡al lao de la guitarra!

Allí mismo nos pusimos tuitos a llorar. Me acuerdo que el niño loco también lloraba y las lágrimas gordas que le caían sobre la guitarra la hacían sonar... Ansina qu'era un llanto con música... aquel llanto.

Dispués al patroncito loco le dió una idea y tuvimos que ir con él hasta la costa a ayudarlo, llevando las herramientas...

¡Qué idea, fíjense! ¡Cosa é loco!

Con una madera vieja y casi podrida que allí habían dejao las crecientes. Restos de barcos naufragaos... el patroncito alumbrao por nosotros, que andábamos con faroles en medio é la noche, se puso a hacer... o ¿qué van a decir que hizo?... ¡Un cajón de muerto! ¡Qué idea! Con pedazos de buques naufragaos... Y en ese cajón lo enterramos al pie de un sauce... Esto lo vide yo con estos ojos que me ha de comer la tierra... yo mismo lo vide todo... y lo ayudé al patroncito loco a hacer el cajón...

¡Toda la noche clavando!... cada golpe é martillo que dábamos se oía

dispués allá abajo el río..., como cuando una persona habla y le contestan.

Ya estaba oscuro, cuando salimos de la pulpería de don Cosme, después de aquella narración.

Los caballos indagando la negrura del camino, paraban las orejas ante cualquier ruido; un balido lejano, un cercano aleteo, un repentino zumbido del viento...

Y en medio del esfumado paisaje, en todo aquello, oíamos la caída musical de aquellas lágrimas del loco y veíamos su gesto pálido en la noche trabajando con perdidos restos del mar lo última caja armónica del gran cantor de la llanura.

La minería más extravagante

Minas de goma elástica y de hielo

Decir que el caucho puede extraerse de las entrañas de la tierra como si fuese carbón de piedra, parece a primera vista un disparate, y sin embargo, no lo es.

La industria ha recurrido al "caucho mineral", o hablando en términos científicos, a la "elaterita", sustancia que abunda muy especialmente en Australia y en el Estado norteamericano de Utah.

La explotación de los árboles del caucho tropieza con una gran dificultad: la lentitud. Desde que se planta un árbol hasta que empieza a producir, transcurren doce años, y al cabo de ellos, si no se quiere que el vegetal perezca, el primer año no se le pueden extraer más de sesenta gramos. Es decir, que para obtener una tonelada de caucho por cultivo, se necesitan diez y seis mil arbolitos y un período de doce años. Como es natural, se ha buscado un sustituto a la preciosa sustancia; sólo en Inglaterra llevan sacada patente más de trescientos inventores que creen haber dado con la solución del problema; pero todos estos inventos, por una razón o por otra, han fracasado. Lo único que puede substituir al caucho vegetal, es combinación de elaterita y un mineral nuevo, llamado "tabbyta" en recuerdo de un jefe indio. Tabby, que reveló la existencia del principal yacimiento.

El producto combinado de estos dos minerales no puede distinguirse del caucho en bruto. La textura y la elasticidad son las mismas, y si se queman, producen el mismo olor característico de la goma ardiendo. Se han hecho ya con la nueva sustancia correas, tubos, pavimentos y objetos vulcanizados, especialmente aisladores, y los resultados no pueden ser más satisfactorios.

Pero hoy nada tiene de extraño que haya minas de goma elástica, puesto que también las hay de hielo. Todo el hielo que se consume en la ciudad de Bend (Oregón), procede de una cantera. En medio de una región enteramente estéril, donde no se encuentra agua en muchos kilómetros, ábrese una caverna, y en sus profundidades existe una masa de hielo, de más valor que el oro en aquel árido país. La presencia de este tesoro a tan gran distancia del agua, es un problema para el geólogo.

Para llegar al depósito de hielo hay que bajar una abrupta pendiente. El hielo se corta en bloques de cien o doscientos kilos, que se llevan al pie de la pendiente; en ésta se ha colocado una rampa de madera, y por ella, con ayuda de cuerdas, se suben los bloques hasta los carros que están esperando arriba.

Lo más curioso es que la cantidad que se forma al extraer un bloque de hielo, en pocas horas se llena de agua que no tarda en congelarse por completo; de modo que el precioso depósito es inagotable, en el verdadero sentido de la palabra.



Los dramas de la montaña

La caza de los pumas

Por EDUARDO ACEVEDO CUEVAS

—Y yo voy a referir una historia trágica—anunció Baltasar Oeanto, un hombrecillo nervioso, cuyo rostro ce-trino estaba acerbillado de estigmas que otrora excavó la viruela; su bigote cano, lacio, ralo y mal alinado, mostraba en su tinte amarillento la influencia del tabaco. Eran los ojos redondos, y los párpados abiertos en demasía, dejaban a la vista todo el círculo de la córnea, prestando a la mirada una expresión de asombro, de sorpresa nunca extinguida.

Mi amigo Eugenio Salvador—continuó—fue un hombre emprendedor; poseía un carácter activo: el movimiento, el bullicio, las ideas nuevas que representaran tesis de combate, todo aquello que significara espíritu de vida, hallaba un eco en él.

Dueño yo de un pequeño capital, pensé asociarlo en un negocio que de-seaba emprender. Eugenio era un auxiliar ideal, dotado de envidiables condiciones. Por otra parte, a pesar de los buenos medios de que disponía para la lucha por la vida, en aquel entonces su acción estaba libre.

Aproveché esa circunstancia para proponerle la fundación de una estanzuela.

Por motivos de diversa índole, nos fué imposible establecernos en la provincia de Buenos Aires; resolví entonces que Eugenio realizara viajes, a fin de que examinara el valer y las condiciones de campos situados en lejanos parajes.

Desde el fondo de un valle del Neuquén me anunció una buena oferta. Adquirí un campo en excelentes condiciones; entonces—porque hablo de época lejana—el ferrocarril no llegaba al Neuquén; Eugenio en medio de su entusiasmo, pensaba que no había necesidad de él: “Estando ubicado el campo en plena cordillera, el mercado más ventajoso es Chile”—me escribía.

Fundamos el establecimiento y resolví acompañar a Eugenio durante dos años, con el objeto de dar impulso al negocio para extraer de él pronto provecho.

Mi amigo, encontrándose ante horizontes nuevos, estaba lleno de alborozo. Nunca había visto montañas y aquellos mirajes de lagos, cumbres nevadas, faldas cubiertas de bosques, atraían su espíritu, que pronto quiso descifrar todos los misterios de aquel desierto.

Eugenio era un excelente cazador: el cóndor y el puma fueron objetos de preferente atención por parte suya. Yo lo acompañé en todas sus excursiones y llegué a tirar tan bien como él. Mi amigo no se fatigaba jamás; terminada una partida pensaba en los preparativos de otra.

En extremo crudo fué el primer invierno que pasamos en la cordillera. Grandes temporales de nieve nos vedaban recorrer el campo; el termómetro marcaba muchos grados bajo cero. Varias veces por día nuestros dos peones se empeñaban en la faena de desembarazar el patio de la nieve que amenazaba clausurar puertas y ventanas dificultando el pasaje.

No obstante la nevasca, forzoso fué inspeccionar el campo y remediar en lo posible el estado de las majadas que empezaban a sentir los efectos del temporal.

En los valles y puntos cercanos a los cañadones congelados, la cantidad de nieve acumulada era extraordinaria; en esos parajes encontramos animales casi sepultados y a punto de perecer asfixiados. Pero nos llenó de sorpresa el hallazgo de varios cadá-

veres de ovejas totalmente destrozados.

—Son los leones, señor—observó el indio Juan que nos acompañaba.

Creía yo que Eugenio habría librado a la comarca de tales huéspedes,

tantos fueron los que cazó. Sus dormidas aficiones cinegéticas despertaron súbitamente.

A medida que avanzábamos, descubríamos presas más frescas, que las fieras habían tenido la precaución de

arrastrar a parajes altos y guarecidos, a fin de librarse de la acción del tiempo ineluctable.

—Muchos han de ser—observó Eugenio.

—Dos—dijo secamente el indio, mostrando al tiempo los dedos anular y mayor de su mano izquierda.

—No pueden ser dos solamente; basta contar las ovejas muertas—objeté yo.

—Dos, señor; macho y hembra—insistió el peón, encogiéndose de hombros y sacudiendo luego su poncho, para que rodaron abundantes copos que se habían aglomerado en él.

Uno de los dos

De regreso a la estancia nos preparamos para una batida formal, aun cuando el mal tiempo era un obstáculo serio. Caía la nieve con tan abundancia, que poco se veía en derredor con claridad. Además, ocurrióme un percance que me privó formar parte de la partida: los dedos del pie derecho se habían congelado, al punto de que fué tarea ímproba volverlos a la vida. Por esta circunstancia, Eugenio que no quiso esperarme, partió con un indio baquiano a explorar el terreno y con intenciones de no regresar sin haber cobrado una presa.

Llevaron provisiones para tres días y habrían de pernoctar y descansar en un lugar de un bosque próximo, que ambos conocíamos. Convinimos que me reuniría a ellos allí, donde encontraría además, noticias suyas de la última ruta o paradero, para estar en condiciones de prestar auxilio en caso de extravío o de una desgracia. Por su parte Eugenio hallaría en la estancia la fecha de mi partida y el rumbo seguido, para evitar posibles y sucesivos desencuentros.

Mi amigo debería explorar la región boscosa, en extremo peligrosa por sus muchas gargantas y escarpas muy pendientes que limitaban valles profundos, donde en vano saltaban arroyuelos. Mi misión, que habría de efectuar con Juan, antes de unirme a Eugenio, se reduciría a registrar los valles y pampas, a fin de constatar las rutas que seguían las fieras.

Habían pasado dos días de la partida de Eugenio, cuando pude partir.

A punto estuve de dirigirme al lugar del bosque donde según convenio debería producirse nuestro encuentro, pues durante aquellos dos días el temporal redobló su vigor y abrigaba temores por la suerte de mi amigo y de su acompañante.

No habríamos recorrido dos cuadras cuando aulló un puma; las mulas empezaron a temblar y con gran desasosiego se negaron a avanzar un solo paso, mientras los perros ladraban nerviosamente. Eché pie a tierra, hice callar los perros y observé. Por segunda vez resonó en el valle la voz del puma.

—Está cerca—le dije al indio.

Juan no respondió, empeñado en la tarea de escudriñar el horizonte. Después de un momento dijo:

—Allá, patrón, a tres cuadras y comiendo.

En efecto, vi una mancha oscura sobre el fondo inmaculado de una loma. Inmediatamente hice plan para sorprenderlo; me agazapé y ordené a Juan que se ocultara detrás de una gran mole de piedra y pusiera especial cuidado en contener los perros.

La tarea de avanzar me fué dificultosa; la nieve estaba blanda y el fusil me estorbaba; recorrí un gran trecho utilizando las manos para evi-



Es la mejor golosina

y el mejor alimento.

Pídalo a su proveedor

DANIEL BASSI y C^{IA} B. MITRE 2538-54 B.As.

La caja milagrosa del anillo de las tres estrellas

Bostón, la intelectual, refugio en América de todos los no comprendidos, fué la cuna de un “bluff” monumental que se llamó “Caja milagrosa del anillo de las tres estrellas”.

Este talismán, que costaba menos de un “cent” al fabricante y lo vendía por 99 “cents”, era una cajita de madera en la que estaba suspendido un anillo de latón con tres estrellas. El primer anuncio decía que la cajita maravillosa ya había hecho millones de felices. Su título parecíase al de cualquier artículo de redacción, y por ello fué leído por miles de personas que no adivinaron el fraude.

Los supersticiosos acudieron con su dinero, y el “bluff”, remunerador desde el principio, indujo a su inventor, un cierto Parther, a insertar avisos de dos columnas que daban pormenores circunstanciados respecto a los milagros obtenidos.

Una dama había perdido su re-

loj: 99 “cents” para comprar la cajita milagrosa y se hallaba el reloj. Un buque había naufragado: el único sobreviviente poseía la cajita talismán. Un especulador deseaba un indicio seguro durante un pánico bolsista, un joven codiciaba un empleo, una señorita procuraba un marido: la caja talismán satisfacía los deseos de todos. Los cojos echaban fuera las muletas, los borrachos abandonaban el vino, nada era imposible... según los anuncios.

El golpe maestro fué dado por medio del siguiente aviso: “Pídesse por favor a las personas felices que no compren más cajas talismán, porque Mr. Parther prefiere reservar el pequeño número que le resta para los pobres que necesitan de riqueza en este mundo.”

Vendíéronse más de 75 mil cajas, y cuando las autoridades intervinieron había aún 20 mil encomendadas a ejecutar.



tar que el felino notara mi marcha; por otra parte, corría el riesgo de rodar al fondo de un barranco, pues resbalaba en la nieve como sobre vidrio jabonado. Me fué forzoso detenerme en varias ocasiones para dar tregua a las manos que al contacto prolongado de la nieve casi se habían congelado; y después de muchos esfuerzos alcancé una posición favorable a cincuenta metros del puma; estaba en descubierto pero el tiro era infallible.

El animal se incorporó; miró a todos rumbos como temeroso de una acechanza e iba a huir cuando disparé mi remington. Después del silbido del plomo por encima del barranco, distinguí el ruido característico de la bala que da en el blanco.

El puma caminó algunos pasos, giró sobre la cola y cayó, quedando inmóvil.

Juan llegó con mi mula, monté, traspusimos el barranco y el indio cargó con la víctima: la bala entró por la boca y salió por la nuca, partiendo la médula. Era una enorme pieza; a su lado yacía una oveja palpitante aún.

—Esta es una de los dos — dijo Juan, reconociendo el sexo y haciendo esfuerzos para que los perros no destruyeran el cuero.

Cuerpo a cuerpo con el león

Recorrimos luego sitios que podían dar guarida a los pumas; algunas cuevas talladas en las rocas de pequeños cerros fueron visitadas por los perros, que no notaron nada de anormal.

Fatigados, ateridos de frío, regresamos, siendo de noche. Eugenio no había vuelto. Su prolongada ausencia empezó a preocuparme hondamente. Acaso, pensé, habrán sido víctimas de las fieras; pero en todo caso pudo haber regresado algún perro de los cuatro que llevaron; el hambre no los habría aún de asediar, puesto que las provisiones eran abundantes. Además, una pieza cobrada haría ahorrar buena parte de ellas; el frío quizá, mas en el bosque había leña en gran cantidad. Temía un accidente al borde de un precipicio o una avalancha de nieve que los hubiera sepultado o un desmoronamiento de una porción de la falda de un cerro, ocasionado por la acción del viento y el peso de la nieve prendida por los arbustos.

Nos aprestamos al siguiente día; hicimos provisiones, dejé a un peón en la estancia y llevé a Juan y cuatro perros. Era indudable que la madriguera estaba en el bosque.

Esta idea me daba júbilo, porque deducía que el ardor de Eugenio ante caza numerosa, era la única imposibilidad que prohibía su regreso. Empero, no me alucinaba mucho.

En la falda de un cerro hubimos de rodar al abismo; la nieve cedió y las mulas vacilaron. La marcha se hacía dificultosa para los perros y aun cuando se mostraban alegres y empujados, sentían necesidad de descanso.

Al descender una cuesta hicieron coro de ladridos; casi cubierto por la nieve, descubrieron el cadáver de un puma de pequeña talla, que nos permitió reconocer el paso de Eugenio por aquellos sitios. Dos balas fueron necesarias para ultimarle; del costillar faltaba un trozo de carne que sirvió, indudablemente, de alimento a los perros. Como por acción del intenso frío la carne estaba fresca, comieron de ella los nuestros.

Muy cerca nos hallábamos de los bosques del lago cuando acampamos para almorzar, en tanto que los perros partieron para efectuar un reconocimiento.

Consumimos silenciosamente parte de nuestra frugal comida. Juan se había sentado frente a mí y yo me parapéte teniendo a mis espaldas una

gran peña que me preservaba del viento.

El frío me martirizaba, pero había hecho fe de no volver sin Eugenio.

De pronto ladraron los perros a pocos pasos de nosotros; los ladridos venían del norte. Juan volvió la cabeza y yo me puse en pie, al tiempo que un puma saltaba por encima de mi cabeza y caía sobre el peón que fué derribado por su empuje.

Instintivamente tomé el fusil por el cañón y asesté varios golpes a la fiera, obligándola a abandonar su víctima.

Luego me miró con sus ojos sin expresión pasándose la lengua por los bigotes, atento a los ladridos de la jauría que se aproximaba; de nuevo levantó la cula y la dejó caer en su cabeza. Atentada por el golpe, mostró los colmillos en ademán de acometer, cuando fué rodeado por los

ca húmeda y babeante acercarse a mi cuello.

Fué un momento penoso aquel; estaba impedido de hacer uso de mi cuchillo porque el peso del cuerpo del puma imposibilitaba los movimientos de mi brazo derecho. La escena terrible duró algunos segundos; las babas sanguinolentas de la fiera caían sobre mi rostro y fuerte hedor a felino sucio me inundaba.

Viéndome tendido en el suelo, los perros habían redoblado sus acometidas; el puma sólo hacía por librarse de sus dentelladas, con giros rápidos de cabeza, gruñendo y enseñando los colmillos, dudando en la elección de la presa, si habría de ser yo o uno de los perros, hasta que al fin fué obligado a dejarme libre siendo entonces atacado con éxito.

La fiera quedó tan mal herida, que ya pude ultimarla con el cuchillo.



NOTAS

(Para "Fray Macho").

Señora: soy soñador...
su camino está cubierto
de piedras, en el desierto,
y en la floresta, de abrojos.
Un mundo maravilloso,
la Belleza, el Arte, el Bien,
¿sabe usted cómo se ven?
¡Se ven cerrando los ojos!

Al pan, pan y al vino, vino,
llamas siempre, Calibán,
por ello tu "alegre" vida
resulta un ázimo pan.
Con simpleza singular
a tus cerros no me invites...
cuando estoy en tus convites
me dan ganas de Morar!

Francisco H. Pirry



El sudario de hielo

En vano quise dominar mi excitación; aún duraba el estupor. Pude reflexionar y me hice reproches; la imprudencia cometida al acampar en una depresión del terreno; haber permitido la partida de los perros; la pérdida de mi sangre fría ocasionada por la sorpresa que puse en grave riesgo mi vida; el mal empleo del arma habiendo estado cargada; el apresuramiento al hacer fuego, mi atolondramiento al no volver a cargar y el hecho ineficaz de acometer al puma empujando con el cuchillo y a cuerpo gentil.

Me detuve por un momento ante el cuerpo de Juan y cubrí la herida con mi pañuelo. Las mulas habían huido despavoridas y se veían en el fondo del valle como dos puntos negros.

Desalentado y lleno de fatiga, caminé durante una hora en busca de ellas, acompañado de uno de los perros; dos habían muerto y el tercero,

mal herido, reposaba cerca del sitio del combate.

Sentía frío, como si me hubiesen sometido al tormento de lacerarme con agujas de hielo; las garras del puma rasgaron en gran extensión el poncho, y por allí penetraba el aire torturando las heridas del pecho, que sangraban en abundancia.

Tomé con las mulas y en una de ellas amarré el cuerpo de Juan arrojándolo al mismo tiempo al perro herido, a quien quizá debía la vida.

Ignoraba cómo habría de regresar; la nieve transformaba los contornos naturales del paisaje.

No queriendo regresar sin hablar rastros de Eugenio, tomé un rumbo incierto y robusteciéndome la sospecha de que aquel puma hubiera sorprendido a Eugenio como a Juan me propuse merodear por aquellos lugares antes de marchar al bosque. Anhelaba obrar sin apresuramientos.

Al trepar la falda de un cerro con el propósito de dominar los alrededores, reconocí, con inmensa alegría, las siluetas de Eugenio y del peón en el cerro inmediato. Hice señas y crucé rápidamente el valle que separaba a ambos cerros; entonces los perdí de vista y no volví a verlos hasta que traspuse la cuesta.

Me acerqué dando grandes voces y cuando poca distancia mediaba, observé que permanecían rígidos e inmóviles. A diez metros detuve súbitamente la mula; una emoción intensa me crispó.

—¡Eugenio! — grité. — ¡Eugenio, habla, habla!

Eugenio, sentado en la mula, con el fusil cruzado sobre la espalda, se apoyaba en la pared del cerro y el peón a pocos pasos sentado y hecho un arco, parecía dormir.

Me aproximé; la nieve se había adherido a cejas, bigotes y pestañas, envejeciendo con su blancura aquellos rostros. Volví a hablar creyéndolos sumidos en un sueño profundo. Luego, mi ansiedad se dispuso para dar plaza al dolor.

Eugenio, el peón, las mulas y los perros habían perecido de frío.

Desde entonces, amigo mío, hice promesa de exterminar pumas. Tal fué mi oficio durante diez años.

Cabellos rosados

En su "Viaje pintoresco alrededor del mundo", Luis Choris, que fué famoso dibujante, cuenta que en la época en que el "Kurik" visitaba las zonas sometidas al gran monarca Tamea-Mea, en las islas Sandwich, los cabellos de las damas de la corte igualaban en frescura y color a las rosas.

Sabemos que hay tinte de color de rosa, pero es difícil averiguar en qué forma se lo aplican aquellas señoras.

La moda es tan antigua que son también rosados los cabellos de la diosa Hieropapa, y esta efígie fué construida hace más de cien siglos.

Ya tienen los folletistas románticos una nueva fórmula para describir a sus heroínas: "Era una encantadora joven con cabellos color pétalo de rosa... como sus labios..."

El azúcar en fotografía

Si se echa azúcar en la gama arábica se adhiere mejor al cristal. Un 10 ó un 15 por 100 de azúcar agregado al revelador retarda la oxidación del baño y la acción del revelador hasta en ensos de exposición exagerada, con lo cual se evita la pérdida del cliché y se obtienen pruebas de tonos iguales.

La hidroquinona y el metol, son reveladores que soportan muy bien la adición del azúcar.

La historia en cuadros WATERLOO

La historia, leída, es una fuente inextinguible de grandes, terribles y siempre renovadas sugerencias. Es el drama de la humanidad, es pues, el más viejo de los dramas, y, sin embargo, jamás agotado en sus riquezas de interés y novedad.

Este concepto de novedad parece evidentemente contradictorio con el concepto que en nuestro espíritu suscita la idea de la historia, pero esa aparente contradicción se desvanece no bien se abren las grandes páginas del viejo libro: los más conocidos, los más vulgarizados episodios cobran nueva vida y subordinan siempre la atención del lector.

Los épicos días de Grecia, las homéricas campañas de Aníbal, los amores de Antonio y Cleopatra, el descubrimiento de América, la muerte de Carlos I, la grandeza de Luis XIV, la tragedia de la Revolución Francesa, la epopeya napoleónica, son romances que nunca se ha concluido de leer.

Y si la historia leída tiene en sí esta inagotable riqueza de sugerencias, la historia interpretada por el pincel es una verificación de lo eterno por el arte, que rejuvenece todavía los grandes hechos seculares haciéndolos vibrar bajo nuevas formas con la siempre renovada emoción de lo humano.

Y esto es lo que ofrecemos y seguiremos ofreciendo a nuestros lectores: la historia de las grandes hazañas y los grandes dramas y los grandes acontecimientos contada y animada por el pincel de grandes artistas.

Elegimos para empezar esta serie los trágicamente épicos momentos de Waterloo, fijados en sus grandes telas históricas por el famoso pintor inglés Ernesto Croft y por Ulpiano Checa, el pintor español autor de "El desastre de los coraceros".

Waterloo es siempre uno de los hechos más apasionantes y que mayor frescura de sugestión épica y dramática conservan. El fragor del derribo de un poder y de un genio colosales, el espectáculo epopéyico de aquellos ejércitos que se disputaron en un memorable día el imperio del mundo—la imponente figura de Napoleón destacando sus clásicos rasgos sobre aquel cuadro digno de la "Ilíada", todo ese conjunto de cosas grandes hace que esa sola palabra—¡Waterloo!—evoque extraordinarios recuerdos y suscite poderosas sensaciones en todos los espíritus. Por eso lo elegimos para iniciar esta serie.

Desde el punto de vista de la elocuencia y del interés épico, indiscutiblemente nadie ha superado a Víctor Hugo en la evocación artística del formidable drama de Waterloo.

Los fulgurantes períodos de su libro sobre la gran catástrofe y la traducción de aquellos homéricos versos de "La expiación" en "Los cartagos" van a servirnos, pues, con preferencia a otros textos en esta obra de vulgarización histórica.

Las 5.35 a. m. del 18 de junio de 1815

Todo el mundo conoce la primera fase de aquella batalla; el principio de ella fué lleno de turbación, de vacilación, de incertidumbre, amenazador para ambos ejércitos, pero mucho más para los ingleses que para los franceses.

No había cesado de llover durante toda la noche anterior; las aguas habían puesto el terreno intransitable, formando grandes charcos en todas las cavidades de la llanura, que pa-

recían otros tantos pantanos; en ciertos parajes los carros de los trenes se hundían hasta el eje, las barrigueras de las mulas chorreaban lodo líquido; si los trigos y los centenos echados en tierra por aquella barahúnda de convoyes en marcha no hubiesen colmado los grandes baches y atolladeros, formando un lecho de pa-

ja bajo las ruedas, todo movimiento habría sido imposible.

La acción empezó tarde; Napoleón, acostumbrado a tener toda su artillería en la mano, como una pistola, asestándola, ora a tal punto, ora a tal otro de la batalla, quiso esperar a que las baterías rodadas pudiesen echar y galopar libremente, para

lo cual era preciso que apareciese el sol y secara el suelo. Pero el sol no apareció. No era ya la cita de Austerlitz. Cuando se disparó el primer cañonazo el general inglés Colville miró su reloj y consignó que eran las cinco y treinta y cinco minutos.

El ataque al castillo de Hougomont

Empeñóse la acción con más furia tal vez de lo que hubiera querido el emperador, por el ala izquierda francesa sobre Hougomont. Al mismo tiempo atacó Napoleón el centro precipitando la brigada Quiot sobre la Haye-Sainte, mientras que Ney lanzó el ala derecha francesa contra el ala izquierda que se apoyaba en Papelotte.

Así empezó Waterloo.

El ataque sobre Hougomont era un tanto simulado con el fin de atraer hacia allí a Wellington, haciéndole inclinar a la izquierda; tal era el plan, el cual habría tenido feliz éxito si las cuatro compañías de la guardia inglesa y los denodados belgas de la división Perponcher no hubieran guardado sólidamente la posición; lo que hizo que Wellington, en vez de caer sobre aquel punto con el grueso de sus fuerzas, pudiera limitarse a enviar allí por todo refuerzo otras cuatro compañías de la guardia y un batallón de Brunswick.

Hougomont fué un lugar fúnebre; el principio del obstáculo; la primera resistencia que encontró en Waterloo aquel gran leñador de la Europa que se llamaba Napoleón; el primer nudo que halló bajo sus hachazos. Ese castillo había sido la residencia feudal de los Hougomonts.

Allí se atrincheraron los ingleses; los franceses penetraron en aquel recinto, pero no pudieron mantenerse en él.

Fué aquel un lugar de exterminio. Los franceses, ametrallados y acerbados por todas partes, por detrás de las murallas, desde lo alto de los graneros, del fondo de las cuevas, por todas las ventanas, por todos los respiraderos, por todas las hendiduras de las piedras, trajeron fajina y pusieron fuego a las paredes y a los hombres; la metralla tuvo por réplica el incendio.

En la capilla hubo una horrenda matanza. El interior, una vez que se halla tranquilo, parece extraño.

Desde la capilla que allí tuvo lugar no se volvió a decir misa.

Los franceses, tras aquella espantosa carga, fueron rechazados.

Tres mil hombres fueron acuchillados, degollados, destrozados, fusilados, quemados en aquel terrible castillo de Hougomont.

Las cuatro de la tarde

A eso de las cuatro la línea inglesa se replegó a retaguardia. De improviso no se vió ya sobre la cresta de la meseta de Mont-Saint-Jean sino la artillería y los tiradores; lo demás, todo había desaparecido; lanzados por las bombas y granadas francesas, los regimientos se replegaron en el fondo que aún hoy corta la vereda de servicio de la granja de Mont-Saint-Jean; hizo un movimiento de retirada, el frente de batalla inglés quedó borrado; Wellington retrocedió.

—¡Principio de retirada!—exclamó Napoleón.

Inquieto pero impasible, hallábase Wellington a caballo, permaneciendo todo el día en la misma actitud, bajo un cielo que días posteriores compró por doscientos francos Inglaterra.

PIANOS SCHWARZ Con poco dinero....

al contado y pagando el resto por mensualidades, le brindamos la oportunidad de adquirir este hermoso piano de marca alemana, reconocido como uno de los mejores para estudio.

En las mismas condiciones, le entregamos cualquiera de nuestras marcas de Pianos o Autopianos, famosas en todo el mundo y de celebridad indiscutible.

Tenemos existencia permanente de rollos de 88 notas con las últimas novedades.

UNICOS AGENTES

OBIGLIO & HIJOS
BOLIVAR 1215
BUENOS AIRES

ESPERANZA

¡Visión gloriosa que en mi ensueño canta como ave triste, misteriosa, santa!

¡Bella cisterna que en mi senda anida para abreviar mi sed incontentida!

¡Rubio embeleso, vívida ilusión, que agudizas y exultas mi razón!

¡Excelso nota que en mi pecho vibra como una lira de armoniosas fibras!

¡Oh, mágica visión, no me abandones, que sin ti morirán mis ilusiones!...

¡Y por el mundo marcharía incierta llevando el alma silenciosa, yerta!

Clarisa G. de DIEGO ARBÓ.



Wellington estuvo allí friamente heroico; las balas de cañón llovían en derredor suyo. El ayudante de campo Gordón acababa de caer a su lado. Lord Hill, enseñándole una granada que estaba a punto de reventar, le dijo:

—Milord, ¿cuáles son las instrucciones y órdenes que usted nos deja, si se hace matar?

—Que hagan lo mismo que yo—respondió Wellington.

A Clinton también le dijo lacónicamente:

—Mantenerse aquí hasta el último hombre.

Evidentemente la jornada se iba presentando mal. Wellington gritaba a sus antiguos camaradas de Talavera, de Vitoria y de Salamanca:

—¡Boys! (muchachos) ¡cuidado con echar ni un pie atrás siquiera! ¡pensad en la vieja Inglaterra!

Ya no quedaba sino acabar aquella reculada por medio de una completa derrota.

Napoleón entonces hizo un movimiento brusco y expidió una estafeta a París, a toda carrera, para anunciar que la batalla estaba ganada.

Luego dió orden a los coraceros de Milhand de que tomasen la meseta de Mont-Saint-Jean.

La carga de los coraceros

Eran tres mil quinientos y formaban un frente de un cuarto de legua.

Hombres gigantes sobre caballos colosales. Llevólos la orden del emperador el ayudante de campo Bertrand. Ney desenvainó su espada y se puso a la cabeza. Aquellos escuadrones enormes se pusieron en movimiento.

Vióse entonces un espectáculo formidable.

Toda aquella caballería, sable en mano, lanzando al viento trompetas y estandartes, formada en columnas por división, descendió con un solo movimiento, y como un solo hombre, con la precisión del ariete de bronce que abre una brecha, la colina de Belle-Alliance, se precipitó en el fondo terrible donde tantos hombres habían caído ya, desapareció allí entre el humo, y después saliendo de aquella sombra reapareció al otro lado del valle, siempre cerrado y compacto, subiendo a gran trote, al través de una nube de metralla que descargaba sobre ella, la horrible y fangosa pendiente de Mont-Saint-Jean.

Se siguió un silencio pavoroso, y después de improvisto, apareció sobre la cresta de la montaña una larga hilera de brazos levantados blandiendo los sables y los cascos, y los estandartes, y los clarines y tres mil cabezas, con sus bigotes grises gritando: ¡Viva el emperador! Toda aquella caballería desembocó en la meseta, y su aparición fué como la entrada de un temblor de tierra.

De improvisto ocurrió un suceso trágico; a la izquierda de los ingleses, la cabeza de columna de los coraceros se rompió con un clamor espantoso. Llegados al punto culminante de la cresta, desenfrenados, entregados a toda su furia, y a su carrera de exterminio sobre los cuadros y los cañones, los coraceros acababan de apercibir entre ellos y los ingleses un foso, más bien una fosa. Era el camino hondo de Clain.

El instante fué espantoso. El barranco estaba allí, inesperado, como una cuna, a pie, bajo los pies de los caballos, con dos toesas de profundidad entre su doble escarpa; la segunda fila empujó a la primera, y la tercera a la segunda; los caballos se levantaban de manos, reculaban, levantaban los cuatro pies al aire, derribando y moliendo a los jinetes, sin que hubiera medio de retroceder, pues toda la columna formaba un solo proyectil; y la fuerza adquirida para anonadar a los ingleses anonadó a los franceses, pues el barranco inexorable no podía rendirse sino colmado; jinetes y caballos rodaron allí en confusión triturándose los unos a los otros, no haciendo sino una sola carne en aquel precipicio, y cuando aquella fosa se llenó de hombres vivos, marcharon los restantes por en-

línea lejana de bayonetas se vió brillar sobre las alturas por el lado de Frischemont.

La vieja guardia

Wellington esperaba a Blucher

Napoleón esperaba a Grouchy para dar con ese refuerzo el golpe de gracia a Wellington acorralado. Tenía la ofensiva y casi la victoria.

De tiempo en tiempo Napoleón observaba con su anteojo el centro del combate, punto obscuro donde se agitaba en un estremecimiento la refriega como espantosa y viviente maleza. De tiempo en tiempo escudriñaba el horizonte, sombrío como el mar.

De pronto exclamó alegremente:

—¡Grouchy!

—¡Era Blucher!



La Fuente de Sangre

En el extremo sur del departamento de Gracias, cerca del pueblo de La Virtud, en Honduras, hay una gruta donde sale un líquido que tiene toda la apariencia de la sangre: "sale de la cueva en forma líquida, después se coagula y se corrompe como la sangre; los insectos depositan allí sus larvas y los perros y aves de rapina van a la caverna para comerlo".

No se sabe todavía qué da origen a tan extraño fenómeno. Desde hace muchos años se ha tratado de investigar lo que es en realidad la Fuente de Sangre, de modo que ya tiene su historia. Se sabe que el primero que trató de enviar una muestra del líquido para ser analizado en un laboratorio de Londres, fué don Rafael Osejo, quien no pudo llevar a cabo su idea, porque el líquido, después de veinticuatro horas, estaba corrompido y rompió las botellas que lo contenían. Poco después, Mr. E. G. Squier, fué quien por primera vez

hizo analizar el extraño líquido de la Fuente de Sangre. Diluido en agua pudo llevar dos botellas a los Estados Unidos, donde fué examinado; pero el líquido había sufrido gran descomposición y tenía un olor muy desagradable, pero si se le encontraron restos de materia organizada. Esto fué como por el año 1853. Mr. Squier suponía que la coloración se debe a bacterias infusorias que allí se desarrollan. Desde esa época nadie volvió a ocuparse de la Fuente de Sangre, hasta 1897, en que una comisión de europeos visitó nuevamente el lugar, llevando consigo microscopios y todo lo necesario para el estudio de bacterias. Dice un ciudadano que los acompañaba, que le daba risa ver las expresiones de descontento de los científicos cada vez que hacían un ensayo infructuoso; lo que él dice se justifica con el hecho de que nunca dieron a conocer el resultado de sus investigaciones.



cima y así pasó la caballería, después de haber sido enterrada casi la tercera parte de la brigada Dubois en aquel abismo.

Esto empezó la pérdida de la batalla.

La tarde de Waterloo

Sin embargo, en aquel momento, el ejército inglés no podía más. La hemorragia de aquel ejército era horrible. Los furiosos empujes de aquellos grandes escuadrones con corazas de hierro y pechos de acero, habían triturado la infantería.

Los carros, los bagajes, los furgones llenos de heridos, viendo a los franceses ganar terreno y aproximarse al bosque, se precipitaban allí. En una longitud de cerca de dos leguas en la dirección de Bruselas había un inmenso tropel de fugitivos. Wellington no tenía ya caballería. Numerosas baterías yacían por tierra desmontadas.

El duque de Hierro permanecía sereno, pero sus labios se pusieron cárdenos.

A las cinco sacó Wellington su reloj y murmuró:

—¡Blucher o la noche!

En este momento fué cuando una

La esperanza cambió de campo, el combate cambió de alma y la maleza viviente, aullando, se agrandó como una llamarada.

La batería inglesa aplastaba los cuadros imperiales; la llanura donde se agitaban banderas desgarradas se convirtió en una especie de hornalla deslumbrante, rojo como una fragua. Abismo en que los regimientos caían como muros que se desploman y se acostaban como espigas maduras los altos tambores mayores de enormes penachos.

El hombre, inquieto, sintió que la batalla se doblegaba entre sus manos. El pánico se pronunciaba en su ejército.

—¡La guardia!—gritó.

La guardia estaba formada tras una colina. Salíó. Y aquellos soberbios veteranos de doce batallas campales desfilaron ante Napoleón; comprendiendo que iban a morir, saludaron a su dios con un solo grito: "¡Viva el emperador!". Y, a paso regular, con sus músicas a la cabeza, tranquila, sonriendo a la metralla inglesa, la guardia imperial entró en la trágica hornalla.

Napoleón, inclinado sobre su guardia, miraba; y a medida que iban apareciendo ante los negros cañones

IMPOSIBLE VIVIR

tranquilo si usted padece de hemorroides, no sólo por los dolores y molestias que ocasionan, sino por sus posibles complicaciones, entre las cuales las más comunes son las fístulas y úlceras.

Usted sabe que en cada crisis de sus hemorroides no sólo se altera su salud general, sino que su carácter varía.

Y se concibe; un dolor intenso y continuo, con exacerbaciones a cada momento, es suficiente para modificar su carácter.

Pues bien; combata usted sus hemorroides y verá volver la calma a su espíritu. Recuerde que corre el peligro de una infección capaz de traer en pos de sí una fístula, de la cual no curará sin una operación quirúrgica, pues no se puede obtener su cicatrización sin la extirpación del trayecto.

Evite, pues, la formación de ellas recurriendo al Noridal, preparación que permite obtener ese resultado en poco tiempo, pues descongela inmediatamente la zona inflamada.

Dispuesto en pomos terminados en una cánula con orificios para la perfecta distribución de la pomada, el Noridal evita el peligro de adquirir infecciones, cosa que suele ocurrir con el empleo de específicos análogos, al ser aplicados con los dedos.

que vomitaban salivazos de fuego, vió fundirse uno tras otro en aquel espantoso horno sus regimientos de granito y de acero, como se funde la cera al contacto de una brasa.

El pánico

Después de esto, el desbande loco de aquel grande ejército. Una muchedumbre vertiginosa llenó los caminos, las sendas, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles, los bosques, henchidos y atestados por aquella evasión de cuarenta mil hombres.

Croft, para su cuadro en que presenta a Napoleón abandonando su carruaje, se ha inspirado en el siguiente pasaje de la Historia de la guerra de Francia y Bélgica de Liborne:

"En Genappe, durante la retirada del ejército francés, un inmenso número de carruajes y vagones de todas partes habían sido copados, lo que representaba un rico botín para los prusianos; pero el objeto más interesante y valioso fué el carruaje de viajar del propio Napoleón, que cayó con todo su contenido en manos del regimiento 15. El emperador hacía solamente unos cuantos minutos que había salido de él, tan de prisa que no tuvo tiempo de llevarse su sombrero, que fué hallado dentro."

Victor Hugo termina este episodio con el famoso párrafo:

"Al anochecer, Bernard y Bertrand, yendo por un campo cerca de Genappe, cogieron por la falda de la levita y detuvieron a un hombre pensativo, furioso, siniestro, que, arrastrado hasta allí por la corriente de la derrota, acababa de apearse y, echándose al brazo la rienda de su caballo, con la vista extraviada, se volvía solo hacia Waterloo. Era Napoleón, que aún probaba a marchar adelante, inmenso sonámbulo de aquel sueño desvanecido."



Los panes negros

Por ANATOLE FRANCE

En esos tiempos Nicolás Nerli era banquero en la noble ciudad de Florencia. A la hora prima, estaba sentado ya a su pupitre, y a la hora nona seguía sentado en él; se pasaba el día entero haciendo allí guarismos sobre sus tablillas. Prestaba dinero al Emperador y al Papa. Y si no fuera porque temía hacer un mal negocio se lo prestaría al Espíritu Maligno, que es diestro en mañas. Nicolás Nerli era audaz y desconfiado. Había adquirido grandes riquezas y había despojado a mucha gente. Por esto era honrado en la ciudad de Florencia. Habituaba un palacio, en el que la luz que Dios creó, no entraba más que por estrechas ventanas; y prudente era esto porque la morada del rico debe ser como una ciudadela, y los que poseen grandes bienes hacen muy bien en defender por la fuerza lo que han adquirido por la astucia.

De modo que el palacio de Nicolás Nerli se hallaba provisto de rejas y de cadenas. En su interior, los muros estaban pintados por hábiles obreros que habían representado en ellos a las Virtudes, bajo la apariencia de mujeres, a los patriarcas, a los profetas y a los reyes de Israel. Tapices colgados en los aposentos ofrecían a los ojos historias de Alejandro y de Tristán, tal como estas se leen en los romances. Nicolás Nerli hacía brillar su riqueza en la ciudad por medio de donaciones piadosas. Había levantado fuera de las murallas un hospital, cuyo friso, esculpido y pintado, representaba las acciones más honorables de su vida; en agradecimiento a las sumas de dinero que había dado para la terminación de Sta. María la Nueva, su retrato estaba suspendido en el coro de esta iglesia. So le veía en él arrodillado, y con las manos juntas, a los pies de la Santísima Virgen. Y era fácil reconocerlo por su bonete de lana roja, por su jubón forrado, por su rostro cubierto de grasa amarilla y por sus ojillos vivos. Su buena mujer, Mona Bismantova, de expresión honesta y triste, estaba del otro lado de la Virgen, en la humilde actitud de la plegaria. Nicolás Nerli era uno de los primeros ciudadanos de la República; como no había hablado nunca contras las leyes, y como no se preocupaba de los pobres ni de esos a quienes los poderosos del día condenan a la multa y al destierro, nada había aminorado, en la opinión de los magistrados, la estimación que el banquero había adquirido a los ojos de ellos por su gran riqueza.

Una noche de invierno al volver a su palacio más tarde que de costumbre, Nicolás Nerli se vió rodeado, delante de la puerta, por una tropa de mendigos semidesnudos que tendían la mano.

Los rechazó con duras palabras. Pero el hambre hace a los mendigos huraños y atrevidos como lobos. Se formaron en círculo alrededor de él, y le pidieron pan con voz plañidera y roncá. El banquero se agachaba ya para agarrar piedras y tirárselas, cuando vió venir a uno de sus servidores que traía sobre la cabeza una canasta de panes negros, destinados a los hombres de la caballeriza, de la cocina y de los jardines.

Le hizo señas para que se acercara; y sacando panes a manos llenas de la canasta, se los arrojó a los miserables.

Luego, una vez en su casa, se acostó y se durmió. Durante el sueño tuvo un ataque de apoplejía y murió tan repentinamente, que creía estar todavía en el lecho cuando vió, en un lugar "mudo de toda luz", a San Miguel iluminado por una claridad que salía de su propio cuerpo.

zas de oro muy hermosas que él sólo poseía, adquiridas por fraudes o por usura, Nicolás Nerli comprendió que era su vida, terminada ya, lo que San Miguel pesaba en esos momentos delante de él. Se quedó atento y preocupado.

—Míser San Miguel—dijo,—si po-

cio, ni un hospital fuera de los muros, que he edificado todo de mi peculio.

—No temas, Nicolás Nerli—respondió el Arcángel.—No olvidaré nada.

Y con sus manos gloriosas colocó en el platillo más liviano el domo de Santa María la Nueva y el hospital con su friso esculpido y pintado. Pero el platillo no bajó absolutamente nada.

El banquero sintió entonces una viva inquietud.

—Míser San Miguel—dijo,—buscad bien, por favor. No habéis puesto de este lado de la balanza, ni mi hermosa pila de agua bendita de San Juan, ni el púlpito de San Andrés en el que está representado al natural el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo. Es una obra que me ha costado bastante cara...

El Arcángel puso el púlpito y la pila de agua bendita encima del hospital, en el platillo, que tampoco bajó por eso. Nicolás Nerli empezó a sentir la frente bañada en sudor frío.

—Míser Arcángel—preguntó,—¿estáis seguro de que vuestra balanza es exacta?

San Miguel respondió sonriendo que aun cuando no era del mismo modelo de las que usan los lombardos de París y los cambistas de Venecia, no le faltaba absolutamente nada en cuestión de exactitud.

—¿Cómo!—exclamó Nicolás Nerli entristecido lívido;—¡este domo, este púlpito, esta pila, este hospital con todas sus camas no pesan entonces más que una paja, un plumón de avel!

—Lo estás viendo, Nicolás—dijo el Arcángel,—y, hasta ahora, el peso de tus iniquidades excede en mucho a la ligera carga de tus buenas obras.

—Voy a ir entonces al infierno—dijo el florentino.

Y sus dientes rechinaban de espanto.

—Paciencia, Nicolás Nerli—dijo el pesador celeste,—paciencia. No hemos concluido. Nos falta esto.

Y el bienaventurado San Miguel tomó los panes negros que el rico había arrojado el día antes a los pobres. Los puso en el platillo de las buenas obras, y éste bajó repentinamente, en tanto que subía el otro; y los dos quedaron a nivel. El balanceín no se inclinaba ya ni a la derecha ni a la izquierda, y el fiel marcaba la igualdad perfecta de los dos pesos.

El banquero no quería dar crédito a sus ojos.

El glorioso Arcángel le dijo:

—Como ves, Nicolás Nerli, tú no eres bueno ni para el cielo ni para el infierno. ¡Anda! ¡Vuelvete a Florencia! Multiplica en tu villa estos panes que has dado con tu mano, de noche, sin que nadie te viera, y te salvarás. Porque no basta que el cielo se abran para el ladrón que se arrepiente y para la mujer mala que llora. La misericordia de Dios es infinita; ha de salvar hasta un rico. Sé tú ese rico. Multiplica los panes cuyo peso yes en mi balanza. ¡Anda!

Nicolás Nerli se despertó en su lecho. Resolvió seguir el consejo del Arcángel y multiplicar el pan de los pobres, para entrar en el reino de los cielos.

Durante los tres años que pasó sobre la tierra después de su primera muerte, fué compasivo para con los desgraciados y gran limosnero.



INDICIO IMPORTANTE
que revela cuán delicioso y exquisito resulta al paladar el insuperable vino quinado

KALISAY

lo constituye el hecho de que, entre sus numerosos adeptos, figuran, en gran cantidad, las señoras y los niños. Bebida delicada y agradable, ofrece, a más de una exquisita sensación al gusto, el saludable beneficio de un excelente y eficaz aperitivo.
23 años de éxito.
LAGORIO y Cía

VINAGRE "OMEGA" DE PURO VINO DE PRODUCCION ARGENTINA. Es el más puro, aromático y mejor destilado que se conoce. Los manjares adquieren con él un sabor incomparable. Exija que sus ensaladas, escabeches y adobados sean condimentados con Vinagre "OMEGA". Por su pureza obtuvo el Primer Premio de la Municipalidad La botella de 1 litro vale \$ 1.20 en la Capital y \$ 1.30 en el Interior. **LAGORIO y Cía**

El Arcángel con la balanza en la mano, cargaba los platillos. Al reconocer en el más pesado de éstos las joyas de las viudas que él guardaba como prenda de sus préstamos, la multitud de recortes de escudos que había retenido indebidamente, y ciertas pie-

néis de un lado todas las ganancias que he hecho en mi vida, colocánd en el otro, si os place, las bellas donaciones con que he demostrado magníficamente mi piedad. No olvidéis ni el domo de Santa María la Nueva, al que he contribuido con un buen ter-



MI NOVIA, DEL ALMANAQUE

*Es rubia, de un rubio casi inconcebible, irreal.
De ojos de ópalo, húmedos en el nido lila de sus ojeras, boquita de sangre, hombros de nieve. Y toda ella una sonrisa...*
Una sonrisa de diosa y de diablesa, de cielo y de infierno...
La trajeron los Reyes Magos del nuevo año. Y se quedó aquí, frente a esta mi odiosa y bendecida máquina de escribir.
Me sonríe, incitante. Podría besarla...
¿Y por qué no?... Es mi novia. El artista que hizo su cromo, puso en esta mujer, la sonrisa, la mirada, el espíritu de su novia ideal. Y, sin quererlo dejó en cada uno de sus rasgos un poquito del ensueño de todos los tristes y adiviné a mi novia.
Besarla... Y sin embargo... Novia mía, novia imposible, novia de mis veinte años amargos, tendrás los labios fríos tras la sonrisa diabólica o divina.
Como aquella otra de mi amor en la tierra.
Era de carne y de alma. Y besaba... como besarías tú.

ANÍBAL RAVIOL GUIOT.



Mucho viene hablándose en estos últimos tiempos, en que las nuevas doctrinas de la India y de la Grecia resucitan, disputándose los dominios del pensamiento y de las conciencias, de lo que ha dado en llamarse "teosofía", sin que muchos sepan a punto fijo la significación de semejante palabra. León Clery, en la "Revue Bleu", dedica a su estudio un artículo de estructura novelesca y forma fantástica, pero de fondo substancioso, aunque un tanto desordenado, que despojado de retóricas galas, contiene elementos suficientes de información para poder formar juicio sobre lo que es la "teosofía".

"Teosofía"—y claro es que habla un iniciado, y que nosotros nos limitamos a reproducir sus conceptos—es una voz griega que significa "sabiduría divina", y es sencillamente "la ciencia", no esta o la otra ciencia, sino "la ciencia"; la ciencia cierta, absoluta y universal; la ciencia del pasado, del presente y del porvenir; la ciencia del origen, evoluciones y fin de los mundos. La teosofía es, además, "la luz"; la luz que penetra en todos los terrores y en todas las noches, iluminando todas las sombras y sustituyendo con la certeza a la duda.

Para la teosofía, el hombre no tiene edad, lo que quiere decir que el alma es eterna divinidad; el cuerpo que vemos, o cuerpo "físico", es una de las envolturas del alma, habiendo otras que no percibimos, como el "doble etéreo" al que sirve de envoltura inmediata el cuerpo físico, exactamente amoldado a él, y que está compuesto de sutilísima materia tan ligera e imponderable como el éter.

El fenómeno de la muerte puede compararse al acto del cómico cuando, terminado en la escena su papel, se quita el traje que ha vestido para tomar el que ordinariamente viste: el muerto deja también su cuerpo "físico", como el actor su traje y el "doble etéreo", que sobrevive algún tiempo, se disipa también a su vez, volviendo los elementos del primero a fundirse con sus similares, y desapareciendo el segundo en el medio etéreo, en el éter, de donde ha tomado su substancia.

Pero entonces... ¿no queda nada? Sí, queda lo esencial, queda el hombre, como en los bastidores queda el actor, dispuesto uno y otro a vestirse de nuevo para desempeñar otro papel. El hombre, despojado de sus dos vestiduras, física y etérea, conserva todavía otra, la vestidura "astral", mediante la cual realiza una nueva fase de su existencia en otra zona de vida con órganos y manifestaciones enteramente diferentes de los conocidos anteriormente. Ese cuerpo "astral" es el intermedio entre la inteligencia, cuyo asiento se halla en el "cuerpo mental" y el cuerpo "físico", siendo el que almacena todas las vibraciones sensoriales transmitiéndolas por la red nerviosa al cuerpo visible que las recibe.

El "cuerpo mental" a su vez, formado por materia más sutil y delicada que la del cuerpo astral, es el depositario de la voluntad y de la inteligencia: cuando más firme es la voluntad y más elevada la inteligencia, más claras, poderosas y elevadas son las vibraciones que engendra y que comunica a los demás cuerpos, no siendo posible confundir las vibraciones intelectuales de un Platón o un Moisés con la del vulgo de los hombres, ni las vibraciones de la voluntad de un César o un Napoleón con las de un simple labriego.

Después de la evolución más o menos prolongada en la zona astral, el cuerpo astral muere también, como antes han muerto el cuerpo físico y el doble etéreo en la zona material. Libre entonces de aquella ligadura, el "cuerpo mental" realiza a su vez

su evolución en la "zona mental", y muere también para dejar en libertad al "cuerpo causal". Este es el tabernáculo de lo que suele llamarse "el alma" y que el teósofo llama el "ego" o la "seconciencia". Pero, sin perderse en sutilezas, lo que importa saber es que el "cuerpo causal" es el único que sobrevive a todos los demás cuerpos, el único que dura eternamente y en cuyo provecho se realiza el trabajo de todos los demás. Despojados sucesivamente de los

el "devakan", vuelve a recorrer en sentido inverso el camino antes recorrido, pasando a la zona mental para reconstituirse el "cuerpo mental", de allí a la zona astral para revestirse del "cuerpo astral", y, por último, a la zona material para penetrar, por medio de la concepción humana, en el cuerpo físico que debe habitar materialmente su nueva personalidad.

Y aquí es donde interviene el "karma" de cada cual para determinar las condiciones de la nueva encarna-

Qué es la teosofía

EL ÉXITO, por Georges DOLLEY

En el Petit Guignol se estrenaba aquella noche el drama truculento titulado "El viudo de moda y la chica alegre", del joven dramaturgo Luciano Barbant.

Era su primera producción.

Luciano entró en el cuarto del primer actor. Mitry acababa de vestirse y componer el tipo.

—¡Bravo!—dijo el autor.—¡Qué silueta! ¡Ese traje negro, esa peluca, esos ojos hundidos, ese rostro demacrado, esas arrugas, esas lágrimas! Encarna usted verdaderamente la desesperación humana. El público se va a estremecer de espanto al verle y va a sentir el escalofrío de la tragedia. Jamás he visto un viudo más espantoso. Hasta ahora.

Desde allí se dirigió al cuarto de la primera actriz, que interpretaba el papel de la chica alegre. Lucía Daly estaba ya dispuesta.

—¡Bravo!—exclamó el autor.—¡Qué alegría emana de usted! ¡Qué tono regocijante el del vestido! ¡Qué rostro tan jovial! No en vano representa usted una mujer alegre. Se va a poner malo el público a fuerza de reír.

—Gracias.

—Voy a dar una vuelta por la sala del teatro.

Mitry está junto a un bastidor. Su aspecto es siniestro. El bombero de guardia no ha podido evitar un estremecimiento al verlo.

Un actor se acerca.

—¡Mitry!

—¿Qué pasa?

—¿Qué número juegas en la Lotería Nacional?

—El 555.

—Pues te ha tocado un millón. Mira la lista.

—¡Bravo!—exclama el viudo dando saltos de alegría.

—Mitry—le dice el traspuñe.—Tome el revólver para suicidarse. A escena.

Y alegre, esbozando un paso de baile, entra el viudo en escena en medio de la hilaridad general.

Ha llegado el momento de Lucía.

Para entrenarse ríe y ríe, enseñando la bella blancura de sus dientes. Su risa es fresca, contagiosa.

—¡Lucía!

—¿Qué pasa?

—Traen esta carta para ti.

—Gracias.

Lucía lee: "Querida Lucía: No puedo seguir viviendo contigo. Amo a otra mujer y me voy con ella a América. Adiós.—Jorge."

Lucía empieza a llorar con desconsuelo. ¡Jorge, a quien ella amaba con locura!

—Lucía, a escena.

Y la chica alegre, sollozante, entra en escena en medio del estupor general.

La obra tuvo un éxito extraordinario.

Luciano Barbant ha sido clasificado como autor dramático de primera línea y jefe de escuela, por haber acertado a pintar lo cómico inconsciente que se oculta en el dolor más verdadero y la tristeza latente que hay en el fondo de toda alegría.

cuerpos que componen su personalidad, el "ego" o "seconciencia" entra en un estado de reposo llamado en sánscrito "devakan" período de infinita beatitud, en el que se entra después de haber arrojado todos los malos pensamientos y malas acciones con los cuerpos que se han ido perdiendo.

Pero no se crea por esto que el hombre queda exculpado del mal cometido: cada uno de sus actos, bueno o malo, lleva consigo su recompensa o su castigo, con arreglo a su "karma", voz sánscrita equivalente a "fuerza, actividad", y que viene a ser como una cuenta corriente o registro de actos indestructible e imborrable. El "ego", después de una residencia más o menos prolongada en

ción, de tal manera, que la nueva vida no ha de ser sino la continuación de la vida precedente con la suma de pérdidas o ganancias realizadas en la misma: si la vida anterior ha sido noble, pura, inteligente y buena, la nueva existencia contará con un cuerpo sano, robusto y hermoso, y con firme y poderosa inteligencia, y podrá subir, si no decae, los escalones penosos que han de conducirle a la cima de la felicidad, que es la conquista de la inmortalidad en el amor de Dios.

Esa aparente desigualdad en la distribución de la belleza, la salud y las riquezas, es la retribución exacta del bien o el mal realizados en la existencia anterior, sin que haya en nada la menor sombra de injusticia.

Aparatos casi humanos encabezan la electrificación de ferrocarriles

Un sistema de ferrocarriles con inteligencia casi humana, es el término con que se ha designado al Ferrocarril Rapid Transit, de Staten Island, Nueva York, E. U. A., que recientemente inauguró su servicio eléctrico. En este sistema de ferrocarriles, todos operados eléctricamente y automáticos, los trenes pueden, si es necesario, operarse sin la manipulación humana.

"El sistema eléctrico con que los trenes del Ferrocarril Staten Island Rapid Transit son operados representa el más alto desarrollo del arte de ingeniería", declaró Frank H. Shepard, director de tracción pesada de la Westinghouse Electric and Manufacturing Co., cuyo equipo eléctrico fué usado en la electrificación. "Prácticamente toda la maquinaria compleja que abastece fuerza a los trenes es automática en su operación y todas las numerosas e intrincadas combinaciones que tienen que efectuarse en orden de soportar con las varias demandas de fuerza, son hechas sin la intervención humana.

"Hay cinco subestaciones en este sistema, cada una de las cuales está encargada de ciertas divisiones de la línea", dijo el señor Shepard. "Cada una de estas estaciones manda fuerza a su porción de línea en proporción directa a sus demandas". Si, por ejemplo, los trenes están corriendo, como pasa en las primeras horas de la mañana, la subestación está inactiva. Sin embargo, tan pronto como un tren entra en su división y requiere fuerza, la maquinaria en la subestación automáticamente empieza a trabajar y provee la fuerza necesaria, dejando de funcionar tan pronto como cesa la demanda".

"Constantemente la maquinaria en la subestación automática está completamente protegida contra cualquier emergencia, así como: una excesiva demanda de fuerza, calentamiento de algunos de los cojinetes, rompimiento de las conexiones, etc. Si esto ocurriera, la subestación automáticamente intenta allanar la dificultad. Si no es logrado, deja de funcionar y manda una señal a la estación central para atención inmediata".

"Aunque esta maquinaria es casi humana en su funcionamiento, no puede de cualquier manera reemplazar la inteligencia humana, así es que superpuesto sobre el sistema automático está el sistema de supervisión que reúne cada detalle del funcionamiento de cada subestación bajo control de un jefe de estación local, alojado en la estación St. George. En la oficina de éste, toda información concerniente a cada detalle del funcionamiento de cada estación está automáticamente señalizada así es que el jefe de estación sabe precisamente lo que está pasando en todas las partes del sistema. Natural que cuando las cosas van suavemente, él no interviene en lo absoluto, pero, en caso de dificultad o de un tráfico bastante recargado, o de otra condición anormal, él inmediatamente asume completo control del funcionamiento de todo el sistema y por medio de un sistema de botones de presión y switches él puede hacer los cambios necesarios en el funcionamiento de la maquinaria requeridas por las circunstancias".

"Así es que el completo sistema está bajo el control de una persona que, a pesar de todo, casi siempre sólo superviza y rara vez es forzado a tomar cargo del funcionamiento, puesto que la mayor parte de las cosas necesarias son llevadas a cabo automáticamente".

Las reliquias de Buda

Santo Tomás en la India.—Curiosa historia de un diente

Hace años se verificó con gran pompa, en la India inglesa, una ceremonia llamada a hacer época en la historia de aquellas remotas regiones: la traslación de las reliquias de Buda a Mandalay, capital de Birmania. La tal ceremonia tuvo gran importancia para los 149.900.000 personas que creen en las doctrinas predicadas por el hombre cuyos huesos se trasladaron. Esta enorme multitud de budistas constituye casi toda la población de Ceylán, Birmania, Siam y Japón, y gran parte de la de China y la India.

Buda vivió unos 500 o 600 años antes de nuestra Era, siendo opinión muy corriente que murió el año 482 a. de C. Su cadáver fué quemado, y los carbonizados restos de sus huesos fueron divididos en ocho porciones y distribuidos entre los jefes de sus discípulos, los cuales hicieron entrega de aquel preciado tesoro a ocho santuarios, que pasaron a ser otros tantos centros de adoración.

El más famoso de estos santuarios era la pagoda de Purushapura (hoy Peschavar), de la que hablan con gran encomio los viajeros chinos Hieung-Tsang, Fa-Hien y Sung-Yung, que en los primeros siglos de nuestra Era visitaron la India. Según dichos viajeros, la tal pagoda, con las reliquias de Buda que le habían tocado en suerte, se hallaba junto a un magnífico monasterio, construido por el emperador Kaniska. Ambos edificios fueron destruidos por los enemigos del budismo cuando las luchas religiosas que dieron por resultado el dominio del brahmanismo en la India, y a partir del siglo VII, no volvió a saberse nada, ni de la pagoda, ni de los venerandos huesos.

Guiándose, sin embargo, por las indicaciones de los antiguos viajeros chinos, el Departamento de Arqueología de la India procedió (en el año 1908) a buscar las ruinas de la pagoda del emperador Kaniska, y al fin se logró descubrirlas, excavando en unas colinas al este de Peschavar. El edificio, en su mayor parte de piedra, era inmenso, de cerca de cien metros de lado, y correspondía en todos sus detalles a la descripción que de él hicieron los autores chinos. En él, dentro de una pequeña cámara subterránea, se halló, a fines de 1909, la caja que contiene las reliquias del fundador del budismo. Es un estuche circular, que lleva en la tapa las figuras de Buda y de Kaniska; pero lo más curioso es que, a pesar de su ornamentación india, por su forma y su estilo recuerda los "pixis" o antiguos estuches de tocador griegos. El hecho se explica por una inscripción que hay en la caja misma, y en la que, además de la historia de las reliquias, se hace constar que aquélla es obra de un griego llamado Agesilao, esclavo en la corte de Kaniska, y a quien éste encargó la dirección de las obras de la pagoda y del monasterio.

Y aquí se da una coincidencia curiosa. Según una piadosa tradición, el apóstol Santo Tomás, tan famoso por su incredulidad, fué a predicar el Evangelio a la India, trabajando como arquitecto y escultor y haciéndose vender como esclavo para cumplir mejor su cometido. ¿No podrían ser Santo Tomás y este Agesilao, autor del relicario de Buda, una misma persona?

Sin detenernos a discutir esta hipótesis, añadiremos que dentro de dicho relicario había una segunda cajita, o más bien, un trozo exagonal de cristal de roca, con un hueco en un extremo, y en este hueco las reliquias, que no son, en suma, otra cosa que cuatro pedacitos de hueso cuidadosamente envueltos y sellados con el sello del emperador Kaniska.

No hay que decir que tan curioso hallazgo puso en conmoción a todo el mundo budista. El gobierno inglés, y en su nombre el virrey de la India, lord Minto, se apresuró a poner las reliquias a disposición de las autoridades indígenas de Birmania, por ser este el país que con mayor pureza conserva las creencias budistas, y una comisión de sacerdotes, con el indispensable acompañamiento de músicos y danzantes, fué hasta Itanung para recibir allí los sagrados huesos y trasladarlos a Mandalay.

Según parece, era de ritual que el trabajo se hiciese a lomos de un elefante blanco; pero, no habiéndose podido encontrar en Birmania ningún proboscideo que ofreciese el requerido grado de albinismo, se recurrió a construir uno de papel y bambú, montado sobre un carro triunfal. La ceremonia fué un acontecimiento, y no es de extrañar si se tiene en cuenta que hasta entonces la reliquia más famosa que de Buda se conservaba era, a todas luces, apócrifa. Nos referimos al diente que veneran en Kandy (Ceylán), y que no es sino un pedazo de colmillo de elefante. Su historia, sin embargo, es tan novelesca, que no queremos pasarla en silencio.

Cuando el cadáver de Buda fué quemado, tres de sus dientes fueron enviados a los reyes Naga, al rey de Peschavar y al de Kalinga (hoy Orissa). Cuando el reino de Kalinga fué invadido por los brahmanes, en el siglo IV de nuestra Era, el soberano reinante, temiendo por la reliquia, mandó a su hija que se le escondiese entre el pelo y huiese con ella a Ceylán. Hizo así la princesa, y el rey de Ceylán la recibió con grandes honores, y construyó un magnífico templo en Anuradja-

pura para albergar el sagrado tesoro. En 1319, los malabares invadieron Ceylán y se llevaron el diente, pero el rey Prakrama Bahú III lo rescató por una suma fabulosa, con lo cual vino a ser la reliquia más sagrada que nunca. Dos siglos más tarde, en 1560, los portugueses se apoderaron a su vez de ella, llevándola a Goa, y, aunque los cingaleses les ofrecieron un rescate nada despreciable, determinaron destruirla. Al efecto, pulverizaron el diente, quemáronlo luego en un brasero y arrojaron las cenizas al río.

Hasta aquí, la cosa, aunque romántica, no tiene nada de extraordinario. Lo notable fué cuando los sacerdotes cingaleses, decididos a no perder su reliquia, buscaron un expediente para ofrecerla de nuevo a la adoración de los fieles. El tal expediente consistió en declarar que el diente de Buda era inmortal, y que al caer sus cenizas en el agua, se había formado de nuevo, reapareciendo en el centro de una flor de loto de oro puro. En esta forma es como hoy se venera; es verdad que sus dimensiones son como diez o doce veces las del primitivo diente, pero, en opinión de los buenos budistas, esto no es más que una prueba del poder restaurador de Buda.

Modo de disecar plantas

Para conservar a las flores y a las plantas pequeñas, cuando se disecan, sus formas y sus colores, da muy buenos resultados el método que vamos a explicar. Se empieza por lavar muy bien cierta cantidad de arena de modo que no queden en ella cuerpos extraños, y luego se la deja secar bien y se pasa por tamiz de modo que no quede ni una sola partícula gruesa. En el fondo de una vasija de barro se dispone una capa de esta arena y se extiende la flor con las hojas y la parte de tallo que se quiera conservar; encima se va vertiendo arena poco a poco, pero teniendo cuidado de ir extendiendo a la vez los pétalos y las hojas de modo que la planta no se deforme lo más mínimo. Cuando la arena ha subido unos tres centímetros por encima de toda la planta, se lleva todo a un horno calentado a unos 45° y allí se deja un día, o dos, si la planta es muy carnosa.

Terminada la desecación hay que tener mucho cuidado de no romper la planta al sacarla y para ello se irá dejando escurrir la arena poco a poco.



El nuevo companero

Duerme tranquilo, y su profundo sueño, es la prueba más concluyente de que el seno materno le ha satisfecho plenamente.

Sería probable que no presenciáramos, habitualmente el mismo cuadro, si la mamá hubiera prescindido del valioso auxilio de la Malta Palermo, el gran reconstituyente natural, irremplazable para las madres que crían, pues no sólo favorece notablemente el aumento y calidad de la leche, sino que las mantiene a ellas rebosantes de vida y energías.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



¿Es usted joven?

Por el doctor COLAPINTO

En caso afirmativo, lea la crónica social o la deportiva; este artículo no le interesa, porque está dedicado a viejos y viejas, ansiosos de saber si Voronoff dió o no dió con la tecla.

Con este prudente prólogo salvo mi responsabilidad, aunque es probable que consiga estimular la curiosidad, especialmente de las lectoras.

La leyenda del fruto prohibido se repite cotidianamente. Basta prohibir una cosa para que se la desee locamente. Es una obsesión. Es la herencia que nos legó la bíblica Eva, y nacemos curiosos, como nacemos blancos o negros.

Dicen algunos: la vejez tiene sus encantos, y un poeta escribió:

"Tiene la vejez horas tan bellas,
como tiene la tarde sus celajes,
como tiene la noche sus estrellas."

¡Macanas! al autor, seguramente viejo, puedo dedicárselo el cuento antiguo del zorro y la uva verde.

Fausto vendió al diablo su alma, para volverse joven. ¡Cuántos harían lo mismo! No les parecería caro. Hubo un rey que cambiaba su reino por un caballo; Esaú cedió su herencia por un plato de lentejas, y muchos dan a su alma un valor no muy considerable, porque la tienen negra... Se explica el interés mundial por los experimentos de Voronoff, y lo caro que resulta hoy comprar monos.

Todos quieren saber si es un hecho comprobado el rejuvenecimiento de viejos y viejas, o una simple ilusión como otras.

Cagliostro, rey de los embusteros, conmovió toda Europa, vendiendo un elixir de larga vida, y todos recuerdan la emoción que produjo en el mundo, el año 1889, la comunicación de un gran médico francés, Brown Sequard, a la Academia de Medicina de París, afirmando que él mismo, a la edad de 70 años, había recuperado la energía de la juventud. Sin duda, él fué el precursor genial de los estudios actuales.

Hasta ayer había una profunda ignorancia sobre la función de algunas glándulas. Nadie sabía para qué servían la hipófisis, la suprarrenal, la tiroides, y las intersticiales. Recién se sabe la enorme importancia de sus secreciones para el organismo, y mucho más se descubrirá, continuando las investigaciones.

Síntomas molestos, que durante siglos se trata-

"Desaúgue"

¿Por qué no hago versos mesmo qu'esos "puetas" que a vos te divierten con sus lindos cantos? Porque a mí la vida me ha golpeado de firme y, a rigor, la suerte me supo hacer macho.

Yo no sabré nunca mesturar las frases pa darles colores al dolor y al yanto, po eso es que mis versos te irritan los ojos como humo e los talas y de los quebrachos.

Eyos no son hechos pa florear cantores; son pa ser sentidos como los chuzazos; y en vez de ser flores p'adornar los pechos son tan espinosos como tronco e cardo.

Y mesmo que el cardo canta cuando siente de los ventarrones los crudos lonjazos, así son mis versos suenan cuando siento la cruel lonjeadura de los desaúgos.

Eyos galopando sobre los panperos, se ayegan cerquita e la que quise tanto y entre las totoras que techan su nido, roncamente dicen mis penas y yantos...

No pueden ser nunca mesmo que los otros porque con cintitas yo no sé adornarlos; eyos no son quejas pa recrear los oídos, son gemidos rudos pa estremecer machos...

Pero a vos no pueden parecerse "lindos", toavía las penas tu alma no han arao. Estos cantos feos, mesmo que la vida, te irritan los ojos como humo e quebracho!

Epifanio OROZCO ZARATE.

ban con remedios ineficaces, se sabe hoy que son provocados por la deficiente actividad de algunas glándulas, y se curan con extractos de estas glándulas con éxito asombroso. Mujeres, por ejemplo, cuyo hogar era un infierno, por su carácter intratable, han recuperado la salud, y, con ésta, la alegría de vivir; madres, desesperadas de no poder amamantar sus criaturas por falta de secreción láctea; hombres que, viviendo de su trabajo intelectual, notaban que ya su cerebro no marchaba y que las ideas ya no fluían como antes, porque había herrumbre en el mecanismo de la memoria ¡todo porque faltaban algunas glándulas! Pueden hoy esos mejorar notable y rápidamente.

El método de Voronoff consiste en injertar glándulas en actividad en lugar de suministrar sus extractos.

Lo más interesante es que estos extractos tienen acción sobre órganos lejanos. Así, por ejemplo, la adrenalina, de la glándula suprarrenal, ejerce su ac-

ción sobre la tensión del pulso; la hipófisis influye sobre el crecimiento; las famosas glándulas intersticiales levantan las energías sexuales y fortalecen el sistema pilifero.

Estos estudios requieren, empero, tiempo, pruebas de laboratorio y clínicas; no pueden saberse los resultados definitivos sino después; sin embargo puede afirmarse que bastante se ha conseguido. Las pruebas de más valor las dan los animales, en los cuales no influye la autosugestión, que es responsable de tantos fracasos. Mas no crean los viejos, o los envejecidos, con taras antiguas, averiados, con los órganos nobles a la miseria, que podrán volver a la vida licenciosa de antes.

La vida humana puede parangonarse a una vela. Hay quien enciende un cabo solo; otro quiere iluminación más intensa; parte la vela y enciende los dos cabos. Como es lógico, muy pronto queda a oscuras.



Agobiado bajo un peso enorme

que sólo existe en su imaginación enfermiza

es ésta la sensación que experimenta el debilitado. Desde que se levanta, ya cansado, sigue todo el día con cansancio y va arrastrando penosamente su cuerpo, con un deseo único: el de acostarse. Su estado moral se deprime, tiene ideas negras, pierde la memoria, está aburrido. No hay que descuidarse, se impone una pequeña cura de

NUCLEODYNE

(El tónico que no engorda, pero da fuerza)

Bajo su acción vivificante, que se manifiesta desde las primeras dosis, el cuerpo revive; el cansancio desaparece; las ideas se aclaran; vuelve a tener ganas de vivir porque ve la vida color de rosa. En la Nucleodyne, que es probablemente el mejor medicamento tónico que existe hoy, entra: Fósforo fisiológico, alimento de las células; estricina, tónico por excelencia de los nervios y sumo vital de toros que favorece la acción de todas las glándulas del cuerpo.

FARMACIA FRANCO - INGLESA

La mayor del mundo

SARMIENTO y FLORIDA - Buenos Aires



EL MAYOR ZANNI EN FILADELFIA



De izquierda a derecha: doctor Rodolfo Unanue, señor Marcial E. Candiotti, cónsul argentino en Filadelfia, mayor Zanni y señor Murphy.

Recuerdo que hace apenas dos meses, los grandes diarios filadelfinos publicaron, en su página ilustrada, una fotografía acompañada de un pequeño comentario en el cual relataban, en forma sucinta, la caída de Zanni y el mecánico Beltrame, en el Japón, y el abandono del vuelo alrededor del mundo. Recuerdo perfectamente con cuánta pena leímos, en país extraño, aquellas líneas, en el mismo diario que recogiera, hace poco tiempo, los ecos del homenaje tributado en Filadelfia a los voladores norteamericanos que habían logrado dar la vuelta al mundo. A nadie como a nosotros, tan lejanos de la patria, le es dable apreciar y emocionarse ante un triunfo argentino. Sabíamos que la aventura de Zanni era poco menos que imposible; pero abrigábamos una íntima esperanza, confiábamos en la suerte, en el azar y en su valeroso corazón de soldado. Pero he aquí que la suerte le fué adversa, y, apenas iniciado el magno vuelo, desplomábase el aparato, como un pájaro herido, sobre las aguas cenagosas de una laguna, en Yokohama.

Contemplamos, tristemente, la fotografía:

del aeroplano semihundido en el agua, abatidas las alas como un gran pájaro muerto, después de haber surcado tantos cielos distintos y haber paseado sobre tantas tierras extrañas la bandera azul y blanca, obediente, dócil a la mano firme y segura de un militar argentino. Sobre uno de los costados del aparato se leía claramente su nombre: "Provincia de Buenos Aires".

Zanni ha llegado a Filadelfia, de regreso del alegre país de los crisantemos. En compañía de algunos argentinos residentes, hemos acudido a la estación de West Philadelphia. Al estrecharle la mano, en nombre de FRAY MOCHO, el valeroso aviador nos expresó conmovido: "Es el primer saludo de la prensa argentina que recibo en tierra extraña, después de mi regreso. Envíe a FRAY MOCHO y a sus lectores mis cariñosos recuerdos." Acompañan al mayor Zanni, el mecánico Beltrame y el señor Murphy. Egresarán a la Argentina por vía Pacífico, tomando en Valparaíso el transandino que los conducirá a Buenos Aires.

Octavio BERMÚDEZ COBIAN.

CARICATURAS DE SANGUINETTI



El nuevo ministro de Agricultura, ingeniero Emilio Mihura.

SEPELIO DE LOS RESTOS DE Mr. BRYAN



El entierro de William Jennings Bryan. — Los restos del popular político norteamericano, son colocados en su sepultura definitiva, en el cementerio nacional de Arlington

NOTAS DE ARTE PICTORICO



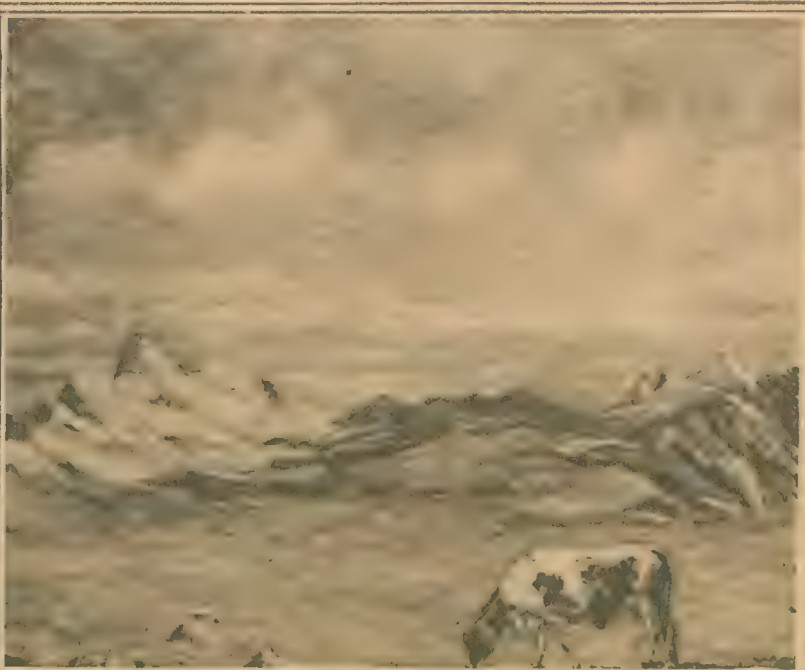
"Lago Frías".



Señor Federico Mascías (hijo), que actualmente exhibe en el salón Chandler, unas cuarenta telas de que es autor, y de las cuales reproducimos algunas.



"Después de la tempestad" (Mina Clavero).



"Quietud serrana" (Gigantes de Achala).



MENDOZA. — Señor Fidel De Lucía, pintor que acaba de inaugurar una exposición de sus cuadros en los salones del Banco de la Provincia.

Instrucción pública



Señorita Isabel Soriano, que recientemente se recibió de profesora de corte y confección.

Conciertos



El profesor señor Enrique M. Casella, director del Instituto Musical Tucumán, que ha dado, con éxito, una serie de conciertos en dicha ciudad.

Mar del Plata



Señor Armando J. Bonnin, clasificado campeón de billar de la 2.ª categoría, en el torneo realizado en Mar del Plata.



DE LA ESTADA DEL CELEBRE TENOR GIGLI EN BUENOS AIRES



Concurrentes al almuerzo que nuestro administrador, señor Ezio Bellelli, ofreciera, en su quinta de Burzaco, al tenor Benjamín Gigli, días antes de que el notable artista abandonara nuestro país.

Un simpático rasgo de Gigli. Conmovido por el recuerdo de su viejecita madre lejana, el cantante abraza a la señora María C. de Pomposi, de 78 años de edad, que evoca al artista la imagen de la autora de sus días.



EN LAS PLAYAS DE LIDO (VENEZIA)



Pijamas para la playa. Mary Lewis, cantante norteamericana, aplaudida protagonista de "La viuda alegre", en la playa de Lido, Venecia.

La señora Caruso de Ingram, viuda del famoso cantante, con sus dos hijas, Gloria Caruso y Jacqueline Ingram en la playa de Lido, Venecia.

FOOTBALL — Boca Juniors v. Porteño



Team de Boca Juniors, que, por 1 a 0 goals, ganó, a Porteño, el partido en que se disputara la Copa Competencia.

Una incidencia del juego, frente al arco de Porteño.



Interesante escena del partido ante la valla de Porteño. Santamarina, arquero de éste, se arroja al suelo para salvar un goal que parecía inevitable.



Parte de la tribuna popular de la cancha de Boca Juniors, mientras se efectuaba el match de éste contra Porteño.



Quadro de Porteño, a quien tocó perder por 1 a 0 goals, en su encuentro con Boca Juniors.

DE TODO UN POCO



1. Los recién llegados reconocen su nuevo domicilio. Cinco osos polares instalados recientemente en el Jardín Zoológico de Roma, donde se construyó una instalación especial para que estuviesen cómodos. — 2. Los grillos no la molestan. Dottie Wilson, de Los Angeles, notable bailarina que con los pies sujetos por unos grillos policiales, ha triunfado sobre todos los campeones del fox trot. — 3. Con un bastón en lugar de espada. El ex príncipe heredero de Alemania, en unión del escritor norteamericano Jaime Oliver Curwood, quien lo visitó en su retiro de Oels. — 4. La última moda en trajes de baño. Taylor King, dispuesto a tomar parte en el desfile infantil que anualmente se realiza en Ocean City. — 5. El estado del campeón mundial. Última fotografía de Jack Dempsey tomada a su regreso de Europa a Estados Unidos, en unión de Joe Stecher. Se ve en ella el admirable estado del boxeador de las piernas finas y los puños fuertes. — 6. Gilda Gray, la bailarina norteamericana y estrella de cinematógrafo, retratada durante su visita a la Exposición de Arte Decorativo, realizada en París. — 7. ¡Oh, las norteamericanas! La dama que se ve en el grabado es norteamericana, aun cuando su traje no pueda decirse que sea la moda nacional. El nombre de arte es Nadja, y se afirma que ha conquistado al público de París, tanto por su modo de bailar como por sus formas.



B I B L I O G R A F I A



Señorita Alicia Porro Freire, autora del libro de versos "Savia nueva", recientemente editado en Montevideo.



Señor José Ramiro Podetti, autor de la obra "De estirpe nativa", acabada de aparecer.



Señor Carlos María Podestá, autor del libro "Versos del crepúsculo", recientemente aparecido.



Señor Alfredo D. Ferreyra, autor del volumen de versos "Glosario lírico".

El presidente Coolidge y Tom Mix



Mr. Coolidge, presidente de los Estados Unidos de Norte América, y su esposa, en compañía de Tom Mix y señora, en los jardines de la Casa Blanca, donde se celebró un "garden party" a beneficio de los "Heridos Veteranos de la Guerra".

A bordo del "Repulse"



MAR DEL PLATA. Las señoras Luisa, Victoria y Amelia Fagnani acompañadas del piloto aviador Alfonso Sabatini, después de su visita al acorazado "Repulse".



Angelita Sismundi.



Miguel Parola.

GENTE MENUDA



Maria Elena, Susana Elvira, Ana Sara y Esther Lina, Moras Oyhenart.

Necrología



Señor Pedro Gastell, cuyo reciente fallecimiento, ocurrido en la capital montevideana, ha sido muy lamentado en los círculos sociales de dicha ciudad.



Juan Luis Spósito.



Irene Celia y Noemí Beatriz Monti Buchholz.



Ana María Josefina Flores.

Fallecimiento de René Viviani



Con la lamentada muerte del ex presidente del Consejo de Ministros de Francia, Mr. René Viviani, recientemente ocurrida, aquella República ha perdido una de sus más destacadas y prestigiosas figuras políticas.

EL FOOTBALL EN SAN FERNANDO



Equipo de Nacional Tigre, que venció, por 2 a 0 goals, a River Plate Paraná, en el partido jugado en Paraná de las Palmas.



Cuadro de River Plate Paraná, que fué derrotado en su encuentro con Nacional Tigre

Fots. J. González.

DE SANTA ROSA (Pampa)



La procesión de Santa Rosa, recorriendo las calles circundantes a la iglesia local.



Uno de los padres salesianos que pronunció una brillante plática en el acto religioso.



Durante la realización de las fiestas patronales, a las cuales concurrió numeroso público.

Fots. Quiroga

De la Rusia soviética



El nuevo embajador japonés ante el gobierno de los Soviets. — Tanaka, después de presentar sus credenciales, en unión del presidente Kalinine y de Tchicherin (a la izquierda), comisario de los asuntos extranjeros.



La Neglinny Proyesd, convertida en un río después de una fuerte lluvia que duró cuarenta minutos, el día 13 de julio pasado.



Actualidad cinematográfica



Mary Astor, como protagonista de "Cuando la mujer provoca el hombre a su pumbe", película que la Corporación distribuye desde el sábado último.



Escena del cine drama "Garra feroces", que tiene por intérpretes a Alma Rubens, Jack Mulhall, Harry Miers, Judy King y Diana Miller, que la Fox estrenará pasado mañana.



Escena de "Juventud mimada", producción Vitagraph interpretada por Cullen Landis, Allan Forrest, Ben Alexander, Alice Calhoun y Charlotte Merriam, que la New York Film estrenará pasado mañana.



Escena de "Las tinieblas de la justicia", cine drama que tiene a George Beban por protagonista y que la General estrenó anteayer.



Betty Compson, como protagonista de "El suave crujir de la seda", cinecomedia que Glücksmann distribuye desde el viernes pasado.

Diversas escenas de la gran película "El camino hacia la belleza", que acaba de estrenar Juan Probst.



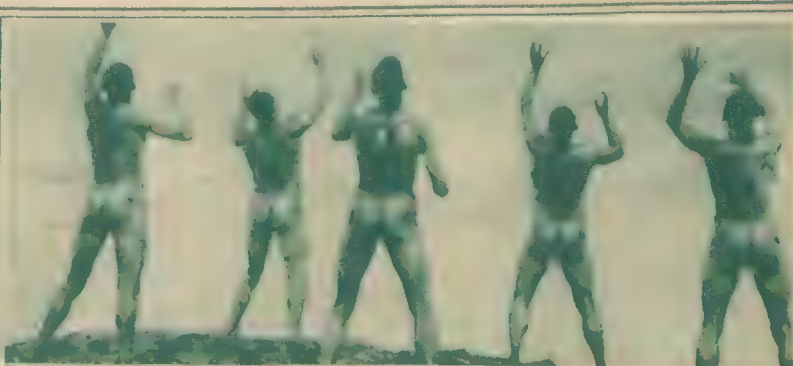
Thamar Karsávina, la célebre danzarina rusa.



La artista que personifica a Minerva.



Un director artístico convirtiendo en estatua de mármol a una niña de carne y hueso.



Mujeres y hombres en el "traje natural": dicha del crepúsculo de primavera.



El juicio de París.



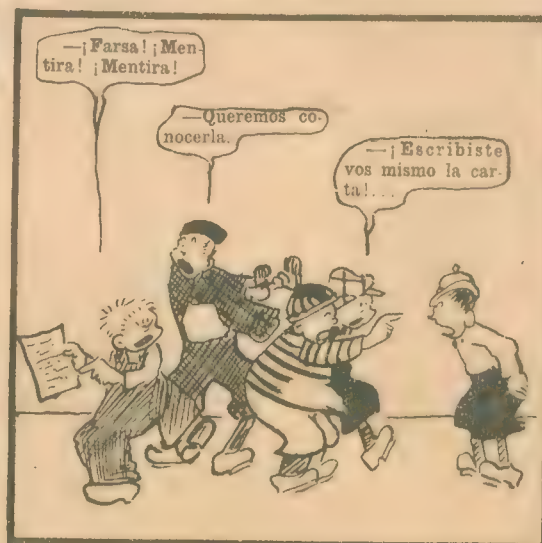
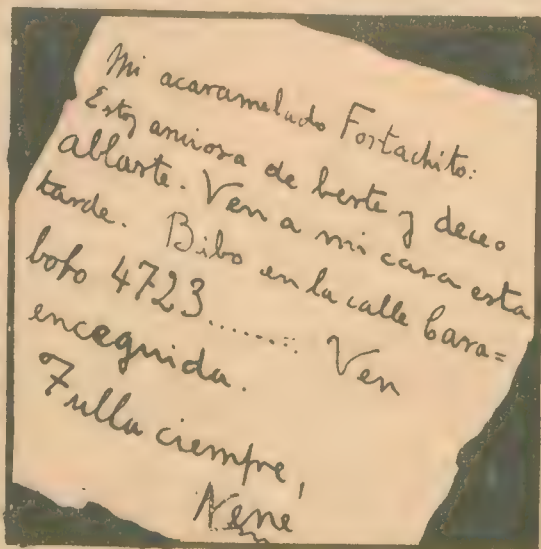
El circo romano.



El baño y la higiene en las altas clases de Roma.

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí





De la Compañía Mejicana del Teatro Avenida
LUISA AROZAMENA

junto a LUPE RIVAS CACHO, destaca en la compañía mejicana que actúa en el teatro Avenida, la primera bailarina y profesora de evoluciones, a quien presentamos en esta página, en varias poses.



En la "tapatia" (foto de la parte superior, derecha) y en la danza azteca (fotos restantes), Luisa Arozamena muestra toda la arrogancia, la vida y la alegría extraordinarias que comunican a la excelente artista esa profunda simpatía, en presencia de la cual, el público la aplaude y la distingue como una de esas danzarinas que triunfan plenamente, no bien aparece en escena.

INFORMACION GRAFICA DE ROSARIO



Un aspecto de la sala del teatro Colón, mientras se realizaba el cotillon, que alcanzó lucidas proporciones por la selecta concurrencia que asistió al mismo.



El team de Newell's Old Boys que derrotó a Puerto Belgrano por un score de 7 a 2 goals. Dicho cuadro se perfila para obtener una brillante clasificación.



El premio clásico "Jockey Club Rosario", en el hipódromo Independencia. — A la izquierda: el jockey H. Mansilla que dirigió a "Camandulero", caballo vencedor de la prueba. En el centro: la llegada de los competidores: 1.º "Camandulero"; 2.º "Amílcar"; 3.º "Palmito"; 4.º "Sagitario". A la derecha: señor M. S. Acosta, propietario del caballo ganador.



Un grupo de alumnos de la Escuela Seguí, durante la realización de la fiesta del árbol.



Carrera ciclista organizada por el Club Ciclista Independiente. — José Peralta y Vicente Clavaglia, que integraron el equipo clasificado 2.º en el recorrido Rosario-Arroyo Seco-Rosario, cubierto en 2 horas, 16 minutos y 10 segundos.



El equipo ganador de la carrera, compuesto por Eugenio Verduna y Domingo Cotala, quienes emplearon 2 horas, 3 minutos y 15 segundos.



Concurrentes a los oficios religiosos organizados por la colectividad sirio-libanense y oficiados en la iglesia Santa Rosa, en sufragio del señor Habbib Feres. Fot. Flores Toledo.

BARRIOS PORTEÑOS

Villa Devoto

Este pintoresco "faubourg" de la metrópoli era hasta hace poco tiempo, puede decirse, desconocido, y por más que nos pese fué un extranjero quien lo ha descubierto, como fué otro extranjero quien lo fundó dándole su nombre. En efecto, el ingeniero francés Forestier confesó al intendente municipal, doctor Noël, después de varias jiras que efectuó por los distintos barrios de la capital, que Villa Devoto constituye el punto más atrayente para residencia de familias acomodadas, por su altura, sus calles bien trazadas, su frondosa arboleda y sus hermosas casas-quintas, necesitando tan sólo un poco de buena voluntad de parte de las autoridades edilicias para subsanar las deficiencias provenientes de la falta de buenos pavimentos.

La comisión de fomento que presidió el señor Martín González logró varias mejoras de importancia, entre ellas el alumbrado profuso de la plaza Arenales una de las más bellas del municipio; la comisión actual que preside el señor Adolfo Gómez trabaja empeñosamente por el adelanto de esa zona y cuenta para



Una vista del "cottage" propiedad de la señora Juana González de Devoto, situado en las calles Pareja Blanca, Habana y Chivilcoy.



Un detalle del parque del "cottage" de la señora de Devoto.



El palacio Devoto construido sobre la Avenida Nacional y las calles Nueva York, San Nicolás y Esperanza, perteneciente a la sucesión de la señora E. Pombo de Devoto.



Otro aspecto del "cottage" de la señora González de Devoto.



Señor Martín González, presidente saliente de la comisión de fomento de Villa Devoto.

ello con el apoyo decidido del señor intendente que realizó pocos días ha una visita interesante a esa villa que fué honrada también la semana pasada con la presencia de S. A. el Príncipe de Gales y del señor presidente de la República.

En este número y los sucesivos daremos una nota gráfica de Villa Devoto para que nuestros lectores puedan apreciar las bellezas de esa localidad y sus alrededores.



Sociales



Señorita Celina Williams Hurtado.



RCSARIO. — La señorita Micaela Picabea y el señor Nicolás Rosés, después de la bendición de su enlace.



Señorita María Concepción Stucchi y Bavio.

Asociación Mutual del Personal del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública



Componentes que integran las Comisiones Directiva y de Fiestas, de la Asociación Mutual del Personal del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, de reciente fundación.

En el Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires

Un grupo de alumnas del colegio "Casa del Niño Jesús", de Lobos, durante la visita que hicieron a Luján y al Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires.



VENECIA DE FIESTA



El gran canal de Venecia, lleno de góndolas, durante una fiesta realizada últimamente.

El dibujante Morey



El dibujante señor Leopoldo Morey, nacido en Perú, desde donde salió, siendo niño, con destino a Nueva York, ciudad en la que cursó sus estudios. Graduóse de ingeniero agrónomo en la Universidad de Louisiana, en 1923. Ha trabajado en los principales magazines de Estados Unidos y en las más importantes agencias de publicidad. Sus obras se destacan por su brillante color, su original concepción y cierto sello de modernismo.—A él pertenece la carátula de este número.



PALABRAS CRUZADAS

Cruce de palabras.

La solución.

Dib. de Morey.

A J E D R E Z



El señor Molina, de la Federación de Ajedrez, jugando varias partidas simultáneas en el "Club La Paternal" con algunos socios de dicha institución.

CLUB ATLETICO SOUBERAIN



Aficionados que interpretaron "El último gaucho", obra original del señor Alberto Vaccarezza, representada en el festival organizado por los socios del Club Atlético Souberain.

Fray Mocho en Mendoza



El interventor federal y altas autoridades, en el acto con el cual se conmemoró el centenario del nacimiento de Aristides Villanneva.

Señor Aristides Villanneva, gran mendocino y propulsor infatigable de la enseñanza primaria en la provincia de Mendoza, cuyo centenario acaba de ser dignamente celebrado.



El director general de escuelas acompañado del personal docente que actuó en la conmemoración del centenario de Aristides Villanneva, realizada en la escuela de su nombre.



CACHEUTA. — Excursión del doctor Mosca. El interventor nacional y personas que le acompañaron, en la visita efectuada a las obras que una empresa provincial realiza para la instalación de una gran usina eléctrica.



Los primeros viajeros llegados a las termas, que inician la temporada veraniega.



El interventor doctor Mosca, inspeccionando las obras de la usina eléctrica.



El señor Savasta, uno de los grandes administradores de Cacheuta.



El doctor Mosca y un grupo de las personas que le acompañaron en su viaje a Cacheuta.

El arte de evadirse

La energía, el ingenio, la audacia del hombre que intenta entrar en lucha, sólo, contra todo un conjunto de obstáculos casi invisibles, y que arriesga la vida para recobrar su libertad, es sin duda uno de los espectáculos más conmovedores que pueden imaginarse. La historia de las evasiones célebres es una especie de largo drama, de peripecias renovadas incesantemente, de incidentes de una temeridad loca, que raya en lo inverosímil. Si algunos de estos medios ingeniosos han sido realizados por aventureros poco recomendables, también los encontramos frecuentemente, en las aventuras pasionales de los hombres de gran carácter, víctimas de las revoluciones, o héroes del patriotismo. Al interés que exitan entonces sus audaces empresas, se agrega el que nos inspira la nobleza de su causa a la cual se han consagrado.

Uno de los espectáculos más dramáticos y conmovedores, por sí mismos, es en efecto, el de un hombre incapaz de resignarse a sufrir la cautividad, y que se expone a perder la vida para recuperar su libertad. Sucede, es verdad, que los héroes de evasiones célebres sean personajes poco honorables, que no merecen, por lo común de su vida y el conjunto de sus acciones, sino una mediocre estimación; pero, en el momento preciso en que dan pruebas de valor, de iniciativa, de perseverancia, se imponen a nuestra atención y se hacen interesantes haciéndonos ver bellos ejemplos de la energía humana. Por otra parte, no han sido solamente presos por delitos comunes los que han llenado las cárceles y fortalezas, a través de la historia. La guerra, las revoluciones políticas, las persecuciones, la arbitrariedad, las han llenado muchas veces de víctimas, a las cuales no se les puede rehusar un tributo de simpatía y de admiración.

La antigüedad y la Edad Media nos hacen conocer algunos ejemplos de evasiones célebres. Una de ellas es la de Attale, sobrino de Gregorio, obispo de Langres que, apresado como rehén por Childeberto, fué vendido a un bárbaro del país de Freves. Con la complicidad de un sirviente de su tío, consiguió evadirse, y atravesando a nado el Mosela, llegó a Langres. Pero es preciso elegir, y nos encaminaremos directamente a una época particularmente fecunda en acontecimientos dramáticos, la del Renacimiento, en que la historia nos presenta una larga serie de querollas, de venganzas y de asesinatos. Los calabozos se llenaban pronto; pero los prisioneros no eran gentes de aceptar su suerte.

Júzguese, por el ejemplo de Benvenuto Cellini. Artista de raro mérito, es admirado y pensionado por todos los príncipes de su época que se disputaban sus obras; pero como era un hombre que tenía siempre la inventiva en sus labios y el puñal en la mano, fué encarcelado en el Castillo de San Angel, y juró escaparse, lo que consiguió de la manera siguiente: cortó en tiras sus sábanas y ocultó éstas en su colchón, así como unas tenazas y un puñal de regular tamaño; después habiendo elegido una noche favorable, y ayudado por sus tiras de género, llega al techo, "tomando, dice él mismo, uno de los extremos de las tiras, lo enganché en

un trozo de teja que sobresalía en la pared de la torrecilla, y deslizándome suavemente llegué a tierra; contemplaba esta gran altura de donde tan atrevidamente había descendido, y me retiraba satisfecho, creyéndome libre"; pero no lo estaba todavía, faltábale franquear dos muros y un foso. Al escalar el último de aquéllos, largó la sogá antes de tiempo y cayó, quedando dos horas sin conocimiento. Por fin volvió del desmayo y se levantó con la pierna derecha rota en

cebir y realizar solo su audaz proyecto. Otros fueron ayudados por un medio ingenioso, como el escritor holandés Grotius, que en 1621 se evadió merced a la cooperación de su esposa, en una caja donde guardaba su ropa.

Basta algunas veces una feliz inspiración, un instante de presencia de ánimo; esto fué lo que sucedió el día de la San Bartolomé al joven Cau-

ocupado en perseguir a un fugitivo, que no era otro que él.

Después de todo, es preciso dar a Latude el puesto de honor, porque lo merece.

Latude es el tipo de los aventureros más curiosos. Llegó a París resuelto a hacer carrera, haciéndose llamar el vizconde Masers de Latude. Su novelesco talento le hizo concebir un plan asombroso: enviar a Mme. Pompadour una caja de polvos inofensivos, y denunciarle, al mismo tiempo, un supuesto complot para envenenarla. Lo menos que esperaba como recompensa, por haber salvado a la marquesa, era un empleo en la corte; pero lo que obtuvo fué una celda en la Bastilla, por haberse descubierto, que tanto el rótulo de la caja como la letra en que iba escrita la denuncia eran de la misma mano. Encerrado allí con otro, había sólo que pensar en evadirse, pero no por las puertas. Concibió pues, la idea de escaparse por la chimenea, y lo efectuó con su compañero Allegre, haciendo una escala de 20 pies, con los vestidos de éste y los suyos, cuerdas de varias dimensiones, y después de un trabajo de cinco años lograron evadirse.

El barón de Frenck era un gentil-hombre prusiano, oficial de las guardias de Federico II, que fué encerrado en la ciudadela de Glatz, en Silisia, de donde se escapó la primera vez por las alcantarillas, y aprisionado nuevamente, ocho días después por un acto de audacia, le quitó la espada al mayor de la plaza que fué a visitarlo a su celda, se abrió paso entre los oficiales y soldados, dió tajos a derecha e izquierda, derribó a un centinela, hirió a otro y escaló la última empalizada; pero detenido de un pie por un soldado, logró, sin embargo, escaparse con la espada en la mano, sin sombrero, sus vestidos hechos jirones, en un caballo en pelo.

Pero de todas las evasiones, las que más simpatías atraen son las militares. En 1689, Juan Bart y Forbin fueron hechos prisioneros por los ingleses. Encerrados en Plymouth, se ganaron al cirujano que los cuidaba. Divisaron un día en el muelle una chalupa noruega, cuyo patrón en completa embriaguez, dormía profundamente. Transportaron al borracho a otra barca, fueron a la prisión, dieron aviso a sus compañeros, que se dejaron caer por una cuerda, se embarcaron y se dirigieron a San Malo.

En 1870, muchos oficiales y soldados franceses lograron escaparse. El general Ducrot, que fué hecho prisionero en Sedán, no encontró lugar en el tren que debía conducirlo de Part Monsson a Alemania, y se consideró desligado de sus compromisos, creyéndose, como todo prisionero, con derecho a recobrar su libertad, aun a riesgo de peligros. Se dirigió, desde luego, a la estación que estaba llena de soldados, y después con los oficia-

"QUILMES BOCK"

La mejor
cerveza
negra.

tres partes. Arrastrándose, de rodillas, hasta las puertas de Roma, tuvo aún que defenderse contra los perros que lo mordieron cruelmente y al fin fué recogido por un amigo.

El caballero de Pontgibaud fué encerrado a los 16 años en una fortaleza, en virtud de una orden secreta y debió a la loca temeridad de sus cortos años el escaparse bajo los fuegos de los soldados de la guarnición. Alcanzudo por éstos, su energía y su valor los maravilló de tal modo, que lo dejaron libre.

Pontgibaud, como Cellini, pudo con-

mont de La Force, perteneciente a una ilustre familia protestante, quien se dejó caer en tierra como un muerto, entre éstos, y permaneció allí hasta que pudo alejarse sin peligro.

Otras veces, una circunstancia fortuita sirve maravillosamente al prisionero. Encerrado Latude en Vincennes, aprovechó la ocasión de un día de neblina: emprendió la carrera, los soldados se lanzan en su persecución, gritando: "¡atájenlo, atájenlo!"; y el gritaba más fuerte: "¡atájenlo!", consiguiendo así despistar a los que lo creían concienzudamente

les de ordenanza, llegaron a la casa del alcalde; allí se hizo cortar la barba y cambió sus vestidos. Provisto de algunos alimentos salió de la ciudad, a favor de la noche, atravesando por entre regimientos enemigos que desfilaban por el camino, y franqueó por fin las líneas prusianas.

El príncipe Luis Napoleón había intentado dos veces sublevar las tropas, y fué confinado en 1840 en el castillo de Ham, cerca de San Quintín, donde permaneció seis años, y su amigo de la infancia, el doctor Comenau, y su criado Carlos Thelin permanecieron a su lado, aunque libres para ayudar a salvarlo.

La casualidad les ofreció la ocasión. Hacia mediados de mayo de 1846 se ordenó la refacción inmediata de la escalera y del corredor, y esta circunstancia hizo concebir al príncipe la idea de evadirse, aprovechando la presencia de los obreros, a favor de un disfraz.

Thelin, que tenía libertad de ir y venir, alquiló un cabriolé en Ham, se provió de pasaportes, y esperó hasta el lunes 25 de mayo. A las 6 de la mañana llegaban los operarios y eran objeto de la inspección establecida, desfilando en medio de una escolta de soldados.

El príncipe se afeitó los bigotes, y debajo de sus vestidos ordinarios se puso una camisa corta, hasta la cintura, de tela burda, una corbata azul, una blusa limpia y un pantalón azul, usado y sucio, aparente, de un trabajador. Debajo de la primera blusa se puso otra en mal estado y toda manchada. El resto de su traje se componía de un delantal azul, de una peluca negra con larga cabellera, y una gorra inservible. Así vestido, con las manos y el rostro embadurnado por la pintura, calzado con zuecos, con una pipa en la boca, y una tabla en el hombro, se preparó para salir. Thelin lo precedía, con un paletó bajo el brazo y conduciendo el perro del príncipe, como si fuera de paseo. Varias veces, los soldados, guardianes y porteros, trataron de desconocer al falso albañil, pero no podían verificarlo por la tabla que llevaba al hombro.

Ya fuera de la puerta, le esperaba otra emoción: dos obreros que venían se encararon con él, del lado opuesto en que tenía la tabla, pero lo examinaban aún, como desconociendo al nuevo compañero, hasta que al fin oyó que uno decía: "¡ah, es Berthon!"

El éxito fué completo, porque algunos minutos después, el prisionero franqueaba el último recinto de la fortaleza, tomaba el cabriolé alquilado el día anterior, pasaba por San Quintín, Valenciennes, y tomaba el tren para Bruselas.

Ironías de la política! Dos años más tarde, el que había vestido la blusa del albañil para escaparse, era elegido presidente de la república por una abrumadora mayoría.

Las últimas evasiones políticas son, sobre todo, notables por su facilidad siempre en aumento.

Para fugarse de Lambessa (Argelia) en 1856, M. Roue no tuvo sino que escalar una muralla y atravesar tranquilamente la provincia de Constantina y la Tunicia.

M. Henri Rochefort, en 1874, se apoderó de un bote y se trasladó a bordo de un buque americano que estaba anclado en el puerto de Numea, cuyo capitán había sido comprado de alemán.

Henos, pues, ya lejos de las galerías subterráneas y de las escalas de cuerda.

La mar ha favorecido también estas audaces evasiones. En 1809, durante la guerra con España, los soldados franceses fueron enviados, unos a las horribles rocas de Cabrera, una de las islas Baleares, y otros a Cádiz, a los pontones, desgraciados que sucumbían en masas, bajo la tortura de la sed y el hambre. En agosto del mismo año, un buque español vino a traer agua potable a los cautivos de Cabrera.

La cañonera que custodiaba a éstos se había alejado por casualidad a una distancia de más de seis mi-

los marineros, izaron las velas y cortaron las amarras; y, no obstante una nutrida descarga de fusilería que les hizo un buque inglés, el barco fugitivo llegó a las costas de Andalucía, ocupadas por el ejército francés.

El conde de Lavalette había sido administrador de correos bajo el primer imperio, y durante los cien días, al volver los Borbones al poder, fué condenado a muerte.

Su evasión es notablemente célebre porque es, además, dramática y conmovedora. Es la esposa del prisionero quien habiendo solicitado inútilmente el perdón de su marido, va a hacerlo evadir, ocupando su lugar.

Después de la faena

Después de la faena, cuando la tarde cae
y el céfiro callado suaves perfumes trae
¡qué grato es descansar!
¡Qué grato es a esa hora buscar la compañía
de seres cariñosos, radiantes de alegría
que llenan nuestro hogar!

¿No vais? A paso lento, de la feraz labranza
cantando chacareras, radiante de esperanza
ya torna el labrador.
Las aves a su paso saludando con cantos
y vívidos celajes extendiendo ya sus mantos
de fulgido color.

Las auras vespertinas que pasan temblorosas
acariciando nardos, acariciando rosas
circulan sin rumor,
meciendo mansamente los tembladores nidos
donde se escuchan quejas, gorjeos y latidos
y músicas de amor.

Haciendo ruido extraño, las hojas de los talas
los pájaros sacuden con sus ligeras alas
sus nidos al buscar;
y el labrador en tanto, las notas postrimeras
modula vigoroso de alegres chacareras
ya próximo a su hogar.

Llega por fin. Su esposa henchida de ternura
la cena de los pobres con alegría procura,
sintiendo en su interior
la dicha de los buenos, la dicha del creyente
que con el alma casta y el corazón ardiente
se entregan al amor.

Después viene la cena. Después el sueño llega
en cuyos dulces brazos el labrador se entrega
tranquilo a descansar...
La dicha de los justos arrulla sus ensueños;
olvida sus faenas, olvida sus empeños;
la paz reina en su hogar.

Y en tanto que en el bosque las aves en sus nidos
dejan sentir arrullos, gorjeos y latidos
y música de amor,
las auras de la noche que pasan temblorosas
acariciando nardos, acariciando rosas
circulan sin rumor.

Higinio RIZO.

¿Puede darse un ejemplo más admirable de amor conyugal?

La señora de Lavalette había ido a comer con su esposo en la prisión, y viendo que no había esperanzas de salvarlo, le propuso que saliera disfrazado con sus vestiduras de mujer, para lo cual había ido ella provista de otras. Así lo hizo, sin ser reconocido por los guardianes, pues salió acompañado de sus hijas, que habían entrado con la señora.

El esposo escapó, y la señora fué puesta en libertad, al saberse la fuga de aquél; pero el trámite a que fué sometida su acción le hizo perder el juicio.

El encanto de Sevilla

Los balcones floridos

Por J. MUÑOZ SAN ROMAN

Como una sonrisa de la ciudad,
es esta palanura de las flores en
el basamento y el antepecho del
balcón.

No fuera Sevilla famosa y alabada
sin el primoroso adorno de
las flores en los huecos de las
moradas, por donde el sol entra
para hacer morenos los rostros de
las reinas de Andalucía.

Porque sin esa gracia primaveral,
de perenne abril, la ciudad luminosa
sería como los nidos sin pájaros,
los cielos sin el arrebol de los amaneceres,
y los ríos sin las frondas de sus orillas.

La mujer sevillana atesora dos
grandes cariños: los pájaros y las
flores, los canarios y las palomas,
los azahares y los claveles. Y es
inadmitido que su corazón moruno
y su alma gitana no se enciendan con
la belleza y el encanto de sus rivales.
Ella siente un tierno amor por los canarios, que gorjean como ella
gorjea cuando canta, y por las palomas,
que arrullan con la gracia que ella arrulla
cuando dice al oído de su gentil amador las
dulces palabras de sus hondos que-
reres, y se ufana y maravilla con las rosas
y las violetas que nacieron al cuidado de sus manos.

De todo lo útil se encontraría
empobrecida la casa, y no habrían
de faltar macetas en el balcón.

En el verano, ellos lucen las
manchas verdes y frescas de la albahaca,
que trasciende y llena la calle de perfume,
y las llamaradas de los claveles rojos,
y las varitas de nardos con aromas orientales.
Y en la primavera la pompa de las
enredaderas de campanillas azules,
y los alfileres rosados y purpúreos,
y las verbenas multicolores... Y en todo tiempo
el geranio de tornasol, la siempre florida diminuta
y la rosa lunaria.

En todo balcón luce el trozo de
jardín predilecto de la mujer ingenua
que lo mimó, con la misma tierna
solicitud con que a un hijo se mimó,
con la misma delicadeza con que a una joya se guarda.

La dichosa poseedora no se precia,
sin embargo, avara de su tesoro,
y lo tiene mostrado a la gente,
y con la gente lo comparte.

No estarían los tiestos a gusto de la dueña en el retiro del jardín,
ni en el misterioso apartamiento de la galería: ella los quiere a la vista
del mozo que pasa, comparando con la hermosura de las rosas
el arrebol de su cara encendida, en saladísimo piropo, y a la contemplación de la otra muchacha
sandunguera que se los envidia.

Mujer de Sevilla, tú no eres, asomándote a tu balcón, entre las
flores que lo engalanan, sino un manojo de todas las flores: rosa,
la más bella; jazmín, el más aromado. Ya quisieran las más soberanas
reinas del Oriente, para sus tronos, el trono de flores del jardín de tu balcón
florido, y para sus solios el enredado de campanillas azules, de jazmines moriscos o de
rosas de pitimín, con que tu balcón se ensolia.

¿Quién, como tú, de reina y soberana, mujer augusta de Sevilla,
si eres la reina de los pensamientos y de los claveles?

"Volverán las oscuras golondrinas de tu balcón sus nidos a colgar..."

¿Cómo no habrán de volver ellas a ese pequeño reino en donde tú imperas,
y contigo la hermosura y el donaire de Andalucía?

¡Ay, cuántos enamorados corazones colgarían sus nidos de tu balcón primaveral y se cortarían las alas antes de sentirse tentados de levantar el vuelo como las oscuras golondrinas que cantó el poeta!

¡Balcones floridos, sonrisa de la ciudad, cómo sois regalo para los ojos y fragancia y hermosura para los corazones!

La mujer de luto

Por Pío BAROJA

Era un poeta, amigo de la soledad y de la tristeza.

En los días grises de la vida, su afán por encontrarse solo se exacerbaba, y como la contemplación de los alrededores madrileños anegaba su espíritu de punzante melancolía, iba al Retiro en busca de impresiones más dulces, y allá, en una plazuela redonda, en medio de la cual se veía una hermosa fuente con amorcillos montados sobre tristesones, se sentaba en un banco y miraba al cielo y las nubes, y los árboles y los chorros de agua que salían de la boca de cuatro tortugas de bronce; para caer en el interior de unas conchas.

Un día alegre de primavera se sentó en el sitio de costumbre. El viento era fuerte y tosco; los árboles todavía sin hojas, mostraban ramas llenas de brotes hinchados; las violetas esmaltaban sus pétalos aterciopelados, en los cuales, de lejos, parecían adivinarse caras humanas...

Una jovencita acompañada de su aya, pasó junto al poeta y se sentó en un banco cercano. Era una niña; tenía algo de la claridad de la aurora, lo indefinible del misterio de la inocencia que pugna por desaparecer...

Por curiosidad y por infantil coquetería, la niña dirigió al poeta una dulce y animadora sonrisa y al elevarse con los ojos le dijo que la siguiera.

La siguió... Llegaron a la puerta del Retiro; él entonces comenzó a vacilar, se decidió por fin, y en vez de marchar tras de la hermosa niña que le sonreía con dulzura, tomó otra dirección y se alejó sombrío hasta perderse de vista.

En los comienzos del verano, en la misma plazuela en cuyo centro se veía la fuente adornada con amorcillos, el poeta admiró varias veces a una muchacha hermosa, exuberante de salud y de vida. Horas enteras pasó mirándola, sin atreverse a decirle una palabra, con el corazón turbado por intensas sensaciones.

Un día aprovechando una ocasión, venciendo sus timideces, la habló con entusiasmo. Era una mañana húmeda, tibina, bañada por el rocío; el suelo brillante de árboles y caía en manchas amarillentas el sol sobre el obscuro césped.

—¿No podré esperar?—le preguntó el poeta.

Ella callaba: dibujaba rayas y rayas en la arena con la sombrilla y sonreía.

Pasaban por su lado turbas de chiquillos traviesos: alguno que otro vago solitario les contemplaba con algo de curiosidad y de envidia.

Los gorriones saltaban en la hierba y pisaban en los árboles; las hojas tenían al ser movidas por el viento, un dulce murmullo suave.

—¿No podré esperar?—volvió a preguntar el poeta.

Ella callaba, levantaba sus ojos hacia él y sonriendo volvía a mirar al suelo.

De lejos, llegaba, lento y melancó-

lico un rumor, en el cual se mezclaba a los gritos de vendedores de claveles, el ruido amortiguado de coches y tranvías, el tañido de una campana y el silbido de un tren, pasaban como fle-

chas, lanzando destellos el sol, moscardones negruzcos y mariposas de tortuoso vuelo y de variados colores; el aire arrastraba por el suelo pedacitos de hojas; en los árboles chirria-



LOS HEROES
DE LA FANTASIA

SYLOCK

Es privilegio de los verdaderos artistas crear espíritus. Y nadie ha creado tantos como este inagotable Guillermo Shakespeare, que ha dejado por lo menos uno, si no dos, en cada drama suyo.

Sylock, el famoso judío a quien recurre Antonio, mercader de Venecia, era entonces, como hoy, el desconfiado creyente de los hombres y el firme adorador de los contratos. Los judíos vivían en esta época en Venecia como luego han vivido en Amsterdam, en Hamburgo, en Londres. Arrojadlos del templo por profanarle con los cambios, los descendientes de aquellos mercaderes han colocado el escabel y la banqueta cerca de los traficantes para continuar su obra.

Por alguna excepción, el judío llega a experimentar ternura, pero no quiere caer en ella, porque teme comprometer sus negocios si alguien sabe dónde tiene sus afectos. Escondido el dinero y alejado el corazón, el anciano del ghetto se cree seguro y libre de los asaltos humanos, viviendo con un pensamiento y con una letra de cambio.

Lo que hace menos resignante al judío de Venecia es el amor por su hija; pero lo que más le caracteriza es la idea de un Derecho inmutable, fijo, paralizado por encima de los hombres y de la vida.

El rico mercader Antonio ha asegurado un barco en el que va toda

su fortuna. Las crueldades del destino le sumen en la desgracia por el naufragio de todos sus bienes, y desconfiado de sí cifra toda su esperanza en la piedad del judío, que le presta una cantidad a cambio de otra mayor, más una libra de carne de su propio cuerpo.

¿Habrá quien pueda exigir el cumplimiento de ese pacto? Sí. Sylock, que lleva el alza y baja de los negocios mercantes de la república, que con los ojos en el futuro y en el esfuerzo de los demás, sabe hasta dónde puede aceptarse el desesperado auxilio que se le pide: Sylock, que no quiere conocer las condiciones modificativas de los contratos; que se atiene a las letras de todo abonaré que guarda, se alza ante sus deudores como ante ellos podría alzarse la sombra de un árbitro, y les pide lo que han firmado. Nada más que lo que han firmado. Ante todo es un hombre justo. Por lo menos así lo cree y así debe hacerse creer para que sienta la injusticia de una justicia sin tiempo.

—Perfectamente; aquí tienes este cuerpo, Sylock, toma de él una libra de carne; pero sin derramar una gota de sangre.

Y el judío chasqueada, no tiene para sí más pensamiento que las dos palabras que a otro Sylock en nuestro tiempo le hace decir un hijo de Shakespeare: "¡Mi dinero!" "¡Mi dinero!"

ban las cigarras; un lamento lejano, intenso, rítmico como el latido de un corazón, llegado no sé de dónde, vibraba en el aire y embolaba los sentidos, produciendo una extraña y lánguida angustia. La brisa vestía en sus ráfagas gérmenes de amores y de vida.

—¿Podré esperar?—volvió a decir tímidamente el poeta.

Mañana le dará una contestación contestó ella sonriendo.

Al día siguiente el poeta no fué al Retiro.

Una tarde, perseguido por su tristeza, volvió a su paseo predilecto y se dirigió a los sitios de costumbre.

Era tarde de otoño; la tierra estaba mojada por las lluvias de los días anteriores; el cielo de un azul pálido estaba lleno de nubes blancas. Los troncos de los árboles se alineaban oscuros sobre la alfombra amarilla de las hojas caídas que cubría la hierba; aquí y allá brillaban claridades blancas del sol de reflejarse en la arena de los paseos. En el banco de la plazuela vió a dos mujeres, seguramente madre e hija, las dos vestidas de negro; la madre afligida; la hija pálida, llorosa y triste.

El cielo se nublaba a cada momento; luego el sol salía sin fuerza dibujando en el suelo sombras sin contornos. El mismo lamento lejano, intenso, rítmico como el latido de un corazón, venía en el viento; pero lleno de quejidos de otoño, de voces, de decadencia que hablaban al alma de la muerte. Una locomotora silbaba a lo lejos, tañía una campana y las hojas secas jugueteaban en el aire.

La madre trataba de consolar a su hija, la hija lloraba amargamente; hermosa, más hermosa que nunca, porque las lágrimas y la tristeza dan un encanto misterioso a las mujeres, como las lluvias y las nieblas a los paisajes del norte.

El poeta la siguió anhelante, loco, súbitamente enamorado de ella, sabiendo que era lo imposible y la arcano.

Y la buscaba siempre, siempre; a la única amada; porque es imposible y porque es triste, y la buscaba siempre. Con la mirada extraviada y loca, la buscaba siempre y no la ve nunca, porque quizá no es más que un reflejo de su espíritu.

Para que no queme el yodo

Hay un detalle que importa conocer. Según dice el doctor Dunbar Brunton, la piel no se oscurece ni se despelleja, si para darse el yodo se mete el paciente en un cuarto obscuro o alumbrado solamente por una linterna roja, como hacen los fotógrafos cuando van a revelar placas.

El referido doctor añade que viene empleando este procedimiento desde hace diez años, y que no falla, aunque se use el yodo continuamente.

Su consejo es fácil de ponerlo en práctica y no ofrece ningún inconveniente.

**INMUNICESE
CONTRA LA TOS**
TOME
PASTILLAS RIN-RIN
NO ADMITA
Precio de la 1.ª caja 0.45

**¿QUIERE usted
VENDER su
casa, terreno o campo,
rápido? Diríjase a C.
A. Figueroa, Córdo-
ba 3582.**

Unión Telef. 7723, Mitro.

El espárrago (*asparagus officinalis*) es una excelente legumbre que pertenece a la familia de las liliáceas.

En el estado salvaje, los retoños o tallos anuales, son puntiagudos y deshilachados terminando en escamas. Se usan generalmente, después de lavados, en la confección de tortillas o en la preparación de huevos revueltos.

El cultivo ha modificado profundamente la planta primitiva. Su raíz se ha hecho más carnosa y de mayor volumen; los tallos, sobre todo, que constituyen la parte comestible se han desarrollado enormemente. El aroma y el sabor especial muy concentrados en la planta salvaje, se ha atenuado y difundido en la masa de los tejidos.

Por el cuidado y la selección se han obtenido dos variedades bien distintas: 1.º El espárrago verde o común que se asemeja al espárrago salvaje, del que ha conservado los principales caracteres; la cabeza puntiaguda y sus tallos de mediano grosor teñidos ligeramente de verdes, y 2.º el espárrago grueso color violáceo, o de Holanda, que tiene tallos más voluminosos, la cabeza redondeada, cuya extremidad generalmente está teñida de rosado. Como la anterior, esta es una variedad común que se cultiva para proveer los mercados. En esta variedad se distingue notablemente el espárrago de Argenteuil que a su vez se subdivide en dos variedades: tempranos y tardíos. Los primeros tienen la cabeza un poco menos redonda, con escamas muy apretadas unas contra otras y de tallos muy gruesos; esta variedad se cultiva por los especialistas para preparar esos magníficos mazos que se ven en los mercados y en los escaparates de los restaurantes.

Los tardíos, que nada tienen que envidiar a los anteriores en belleza y tamaño, se distinguen por las escamas de la cabeza que son menos apretadas y que se entreabren ligeramente.

A pesar de llamarse tardíos se producen al mismo tiempo que el espárrago de Holanda, de modo que el retardo, comparados con los tempranos, es de pocos días, retardo que es aprovechado en beneficio de los grandes esparragicultores.

Por regla general los mejores espárragos se producen al principio de la temporada; a medida que brotan nuevos tallos estos son más delgados, por lo cual es de gran ventaja, cuando la variedad temprana comienza a dar sus productos menos bellos tener a mano para preparar los mazos, los magníficos tallos de la clase tardía, que durante toda la estación conservan el mismo tamaño.

Las clases de Holanda y de Argenteuil se presentan ordinariamente en el mercado en mazos que varían entre 0.250 y 3 kilogramos, según las regiones. El espárrago es una legumbre agradable, de primavera, sara, ligera, de digestión fácil y con algunas condiciones diuréticas, aperitivas y calmantes, que lo hacen especialmente recomendable a las personas débiles, convalecientes y de estómago delicado. El cultivo del espárrago, tan extenso, hace que, a pesar de sus condiciones, se le pueda encontrar en la mesa del rico lo mismo que en la del proletario.

El espárrago se cultiva bien en cualquier terreno, pero en las tierras húmedas sufre grandemente y comúnmente no produce. Los terrenos demasiado arcillosos le incomodan un poco en su libre desarrollo, siendo preferibles los terrenos arenosos y las tierras flojas; pero esta legumbre no alcanza su máximo de grosor y de belleza sino en aquellos terrenos que sin ser muy gruesos, son sin embargo, algo removidos y bien expuestos al sol.

El espárrago se multiplica por siembra, hecha de ordinario en almácigos; después de un año se distribuyen las plantas en los canteros. Oiertos esparragicultores recomiendan la planta-

El cultivo del espárrago y su conservación

ción de matitas de 18 meses, otros prefieren las de dos años, pero se ha probado que las plantaciones hechas con matas de un año, bien elegidas y convenientemente tratadas, dan siempre el mejor de los resultados.

Las semillas del espárrago son negras, triangulares y conservan su facultad germinativa durante 5 ó 6 años; las que se destinan para la siembra deben ser recogidas entre las plantas que han producido los más hermosos espárragos.

La siembra se hace en septiembre por esparcimiento al vuelo o mejor en surcos espaciados de mts. 0.15 a 0.20 entre sí; los granos deben cubrirse con una capa de tierra que varía entre 15 y 20 centímetros de espesor, según sea la tierra más o menos ligera; es indispensable apisonar el terreno y esparcir sobre él paja, y en caso de sequía mantener el terreno húmedo a fin de provocar y asegurar la germinación de este cultivo, no se consigue sino una temporada, a lo sumo, de tres meses, para obtener el espárrago fresco.

Si las plantaciones son recientes y nuevas, bien hechas y en terrenos convenientemente preparados no es raro que al principio la producción exceda al consumo y en ese caso se debe ver con pena la inutilización de gran cantidad de espárragos por falta de salida. Esto sucede principalmente en las huertas particulares, donde no se cultiva la deliciosa legumbre sino para el consumo del propietario. En este caso conviene saber que nada más práctico que seleccionar los más tiernos y opulentos espárragos para conservarlos y poder comerlos en pleno invierno, siguiendo el procedimiento que indicamos.

Aun cuando no se posea huerta propia se pueden comprar algunos mazos de espárragos de las clases adecuadas y nos resultará siempre un plato delicioso.

La popularidad se compone de dos bajezas: de la bajeza de quien la posee y de la de quienes la otorgan.

PENSAMIENTOS

La ironía es un genio que exime de poseer todos los demás, incluso aquellos dones de que nadie está dispensado, es decir: corazón y sentido común.

El juego es una gran cosa en la sociedad provinciana; es una verdadera defensa, no tanto por lo que a uno le distraiga como porque le libra de los demás.

No hay desgracia como la de no tener talento, sobre todo, cuando se ve el que tienen otros.

Cuando oigo sustentar opiniones corrientes, las dejo correr.

Un retoque en una obra de arte, es casi siempre, como dice la enérgica expresión popular, "poner el remiendo junto al agujero". Si no se había visto el agujero, se ve el remiendo, y a menudo es el remiendo mismo quien hace ver el agujero.

En una época que tiene periódicos a cinco céntimos, se fabrica un idioma de cinco céntimos para escribirlos.

Barbey D'AUREVILLY.

nación y el brote que se produce un mes después.

Tres semanas más o menos, después del brote se procede a una limpieza de la plantación, de modo que entre planta y planta quede una distancia de ocho a diez centímetros; hay que hacer esta operación con tiempo húmedo o previo riego del terreno.

Si el terreno de que se dispone es muy arenoso, conviene antes de la traslación de los almácigos reforzarlo con tierra arcillosa, y por el contrario si es muy compacto se le mezclará con un poco de arena y tierra floja a fin de facilitar su remoción.

Si el terreno es frío y húmedo conviene salubrificarlo con un drenaje de 80 centímetros de profundidad y en surcos aproximados, a fin de evitar toda humedad en el subsuelo.

Así preparado el suelo para la plantación, se procederá como sigue: Se disponen las plantas en montículos separados por zanjitas de 40 centímetros y equidistantes como un metro o un metro y veinte centímetros.

Las matas se colocan con las raíces bien extendidas recubriéndolas con unos diez centímetros de tierra y cada año se aumenta en los primeros días de primavera esta cubierta hasta el tercer año en que pueden ya recogerse ricos espárragos.

La cosecha en una plantación no dura en rigor sino unos cuarenta días, y con el escalonamiento por regiones

lativamente barato para cuando haya pasado la estación.

La época que debe elegirse para ponerlos en conserva tiene alguna influencia sobre el resultado. Es conveniente hacerlo al principio de la cosecha, es decir, en la primera quincena de noviembre. Si se tarda un poco y se procede a la preparación de la conserva en diciembre, el resultado no será del todo malo, pero nos exponemos a tener poco que elegir en las plantaciones o en los mercados y los que queden se exponen a quebrarse o afibrarse durante las diversas manipulaciones para su conservación.

Conocida la forma de cultivo de los espárragos, vamos a indicar el procedimiento de su conservación durante todo un año o más, a fin de que, concluida la estación, podamos sorprender a nuestros comensales con un plato de esta deliciosa legumbre tan grata al paladar del "gourmet", y que de plato de lujo, poco accesible a la mayoría de las mesas puede convertirse en manjar corriente en cualquier mes del año.

Pasada la época, nada más sencillo que procurárselos, ya que no recién cogidos de la esparraguera, al menos conservados con tal arte y maña que su gusto no desdiga en nada de los otros.

Basta para esto, seguir las sencillas indicaciones que nos permitimos formular en beneficio de las dueñas de

EL WISKY
de los aristócratas
"YE MONKS"

casa y de los aficionados a uno de los platos más apetecibles del vasto repertorio de la buena gastronomía.

La época elegida para la conservación de los espárragos influye bastante en el resultado de la prueba.

El tiempo más favorable es el de la primavera.

Deben recogerse los espárragos no ya muy en sazón, sino tiernos, de manera que vengan después a suplir en parte esa lozanía que desaparece con la maceración.

Es preferible el espárrago largo, aunque no mucho.

Elíjase unos frascos de 2 centímetros de altura y 9 de diámetro, en los que se puede colocar de 13 a 17 espárragos.

Entre las variedades, debe preferirse la de Argenteuil de puntas violáceas, que son más estimadas por su sabor especial.

A fin de economizar tiempo y dinero, pónganse a cocer de una sola vez seis o siete frascos con espárragos.

Después de elegir los espárragos más gruesos deben lavarse cuidadosamente, aligerando cada pieza de toda escoriación o escamas que pudieran influir en su sana conservación.

Sobre todo, quítense las partes coriáceas, valiéndose para ello de un cuchillo afilado, raspando suave pero eficazmente.

Conviene no tocar con el cuchillo la parte blanca del espárrago, es decir la mitad superior, pues ésta constituye la porción más sabrosa de la legumbre.

Después se igualan dándoles una altura de 13 centímetros, a fin de dejar espacio entre el fondo del frasco y las puntas de los espárragos.

Después de esta operación es necesario volver a lavarlos, e insistimos mucho en esta operación, porque es de mucha trascendencia.

Hecho lo anterior, se sumergen los espárragos en agua hirviendo, muy poco salada, dejándolos después en remojo unos ocho minutos.

Es menester que para esta operación los espárragos estén atados en mazos, pues de otra suerte se exponen a quebrarse y desfilarse en el agua caliente.

Sáquense después con la espumadera, y pónganse a enfriar en un tintero con agua fría, la cual debe renovarse frecuentemente, prefiriéndose para este objeto el agua corriente, pero no a gran chorro, sino lentamente.

Una vez completamente fríos, se sacan, se dejan gotear para que escurran el agua y se procede en seguida a conservarlos en frascos especiales.

En ellos deben colocarse no de cualquier manera, sino procurando no oprimir unos contra otros, para evitar así que los tejidos se destruyan y se expongan a perderse sus jugos vitales.

Colóquense los espárragos uno a uno, teniendo cuidado que todas las puntas queden a un mismo nivel.

Los últimos a colocar son los que requieren más cuidado, a fin de evitar algo muy importante, que puedan ir un tanto oprimidos y expuestos a ser previonados por los demás.

Las puntas descansarán sobre la parte inferior del borde del envase.

Cuando el depósito está listo, viértase en él agua salada a razón de 16 a 20 gramos por litro, dejando sin

llenar sólo unos dos centímetros de los rebordes superiores del gollete.

Ahora le toca su turno a una de las operaciones más delicadas e importante de todo el proceso. Se trata de afianzar perfectamente el taponaje de los envases, a fin de evitar en lo posible el contacto del aire.

Para esto es conveniente asegurar fuertemente las tapas del envase, y no tolerar que los golletes o bocales de éste contengan ranuras o algo en que puedan quedar burbujas.

Una vez así preparadas las conservas, se procederá a la cocción definitiva.

En ésta no hay gran cuidado, salvo el requisito indispensable de empezar con agua fría y dejar subir la temperatura por la acción misma del fuego, a fin de que el vidrio del envase pueda resistir a la ebullición, dilatándose poco a poco.

Se necesitan unos tres cuartos de hora para llegar a la ebullición, y después basta con mantener el hervor durante una hora y media, sin estar destapando la marmita a cada rato.

Transcurrido ese tiempo, se retira del fuego y se destapa, dejándola unos diez minutos en la misma agua de la cocción. Hay que evitar poner los frascos inmediatamente en algo demasiado frío, como el mármol o la piedra, por cuanto el cambio brusco de medio radiante podría contribuir a destrozarse el vidrio.

Después, debe dejarse enfriar el todo lentamente, hasta el día siguiente.

Este procedimiento basta para asegurar una esterilización completa, garantizando la conservación de los espárragos durante un buen tiempo.

Sólo nos resta hablar ahora de la manera de preparar los espárragos ya conservados, para el acto solemne de llevarlos a la mesa de los invitados.

Pónganse los frascos con espárragos destinados a consumirse en un tiesto lleno de agua. Procédase a la ebullición, sáquense después, envuélvase el frasco en un trapo para evitar las quemaduras y procédase a destaparlo.

Este procedimiento de calentar las legumbres al bañomaria, tiene gran ventaja sobre la ebullición directa: se conservan de este modo el sabor y la carnosidad jugosa, mientras que por la ebullición perderían sus cualidades, endureciéndose irremediablemente.

Estas recomendaciones no son, como parece, complicadas. Ensáyense y se verá qué prácticas y fáciles resultan, y sobre todo qué provechosas.

Viene después la cuestión de la salsa y la condimentación de la deliciosa legumbre.

Aquí del arte culinario y del buen gusto de la dueña de casa.

En los buenos libros de cocina, para los que ignoran cómo se presenta en la mesa un buen plato de espárragos, se encontrarán fórmulas apetitosas.

Es bueno recordar que el espárrago no es plato de "gourmet", sino de paladares delicados.

Por eso es conveniente cuidarse de presentar el plato en la mesa de modo que agrade su vista, pensando en aquel aforismo de que los manjares entran antes por los ojos que por la boca.

Consideran los entendidos que son de mal gusto las fuentes y platos con espárragos en relieve que se suelen ver en ciertas mesas. Siguiendo la costumbre implantada por fabricantes de gusto burgués, tendríamos que servir las cotelettes en platos con chuletas en relieve, las papas lo mismo y así sucesivamente.

Lo mejor y más práctico es presentar el espárrago sobre servilletas a fin que absorban el agua y la salsa en salsera aparte.

Historiadores españoles en la época romana

Durante el imperio romano, florecieron los siguientes historiadores españoles:

Lucio Cornelio Balbo, el mayor, natural de Cádiz, "escritor purísimo y elegante".

Cayo Julio Higino, historiador doctísimo que, lo mismo que el anterior, floreció en tiempo del emperador Octavio Augusto.

Lucio Floro, del tiempo de Vespasiano.

El emperador español Trajano, que escribió la Historia de su guerra de Dacia.

El emperador español Adriano, que, entre otras obras, escribió en griego su propia vida.

Antonio Juliano, historiador de las guerras judaicas de su tiempo.

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

NOUNICHE

Nouniche, aprendiz en un taller de modistas de la calle de Rívoli, tenía grandes ambiciones. Aunque se pasaba el día trotando por las calles con los tacones torcidos y las medias surcadas, estaba segura de que al fin se presentaría el príncipe que se enamorase de sus ojos como cabeza de alfiler y de su pelo crespo. No era, en verdad, bonita. Por muy indulgente que fuese el espejo, no podía por menos de decirse cada vez que se miraba:

—¡Qué lombra!

A los diez y siete años representaba apenas quince, con su cuerpo liso de adolescente, en el cual podían contarse fácilmente los huecos del descote. Delgadez inexplicable, porque Nouniche no dejaba en todo el día de atracarse de bombones, caramelos, pasteles, bocadillos, fritos...

—Debo de tener la solitaria—decía.

Pero nada lograba disminuir su buen humor. Estaba segura de su porvenir, al cual sonreía a todas horas con su boca grande, en la que apuntaban unos dientecillos de ratón.

Una mañana que iba por la calle de la Paix con su caja en la mano y comiendo un pastelillo relleno de manzana, tropezó violentamente con un transeúnte distraído que estuvo a punto de derribarla.

—¿Para qué le sirven los ojos, hijo del alma?

El caballero se detuvo y la miró sonriendo.

—Tienes tanto apetito como mal genio.

—Le prohíbo que me tutee. Me parece que no hemos comido nunca juntos.

—No te enfades. ¿Quieres beber algo para pasar mejor el pastel?

—Yo no bebo con cualquiera. Conque... ¡plargol!

Ninouche tenía sus principios; pero se olvidó de ellos al leer la tarjeta que le alargó el desconocido:

"Fred Orval, Director de los 'films' Boreal."

—¿Está usted en el "cine"?

—¡Ah! ¿Eso te interesa?

Se dejó conducir a un bar y ofrecer un vaso de Porto.

—Es una pena que esté tan flacucha. A mí el "cine" me entusiasma.

—Vete una mañana a verme a mi despacho.

—¿Y el taller?

—Si te contrato lo tendrás que dejar de todos modos. Conque ánimo.

Al segundo vaso de Porto prometió no faltar a la cita.

Contó a su madre una historia fantástica: un empleo en que ganaría doble que en el taller, y mucho más con el tiempo. Se puso sus trepitos domingueros, sus zapatitos nuevos, y se presentó en el despacho de Fred Orval.

Este le censuró su manera de vestirse.

—Hubiera preferido que vinieses vestida como estabas el otro día. Vamos a probarte.

El director de escena daba sus órdenes:

—Sonríe. Ríete. Llor. Te han robado el portamonedas. ¿Qué cara pondrás? Has encontrado a tu madre, a la que no veías desde hacía cinco años. Tu padre está borracho y te goltea...

—¡Uf! ¡Qué complicado es todo esto!

—Toma veinte francos y vuelve pasado mañana.

Estuvo dos noches sin dormir. Cuando volvió a ver a Orval tenía en su rostro las huellas de una gran fatiga.

—Así estás mejor—dijo Orval.—La prueba del otro día ha resultado. Ahora iré a hablar con tu madre.

—¿Y qué le va usted a decir?

—Que vas a impresionar una película y que ganarás tres mil francos.

—¿Y cómo se va a titular la película?

—"La fea".

—¿Y la fea soy yo?

—Sí.

Nouniche palideció.

—No trabajo.

—¡Pero, si concluyes casándote con un banquero americano!

—No importa. Reconozco que soy fea; pero no quiero que me lo llamen en los carteles.

—Pero, idiota, ¿no comprendes que en el cinematógrafo puedes hacer una brillante carrera? ¿Y si dentro de diez años eres millonaria y puedes gastar automóvil? ¿Crees que sólo la hermosura puede llevar a la riqueza?

Nouniche se había dejado caer en una silla y lloraba con gran desconsuelo.

—Entonces... ¿no?

Sollozando contestó:

—Bueno, trabajaré. Pero nunca creí que pudiera tenerse tanta pena.

Y sacando un marrón glacé de su bolso se lo metió en la boca, mezclándolo con sus lágrimas, para consolarse de toda la amargura de su nueva existencia.

Robert DIEUDONNE.

COMPANÍA ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

651 - CORRIENTES - 659

Para vuestra cocina, preferid siempre un aparato eléctrico, más práctico, más higiénico y más económico que los antiguos sistemas a leña, carbón o gas. La Compañía tiene abierto durante las horas de oficina un Salón especial con un surtido completo de aparatos eléctricos de uso doméstico, sobre cuya utilización proporciona al público los informes más completos.

TELÉFONOS:

U. T. 5940 al 45, 2765, 4225, 4790 al 94 y 5780, Avenida.
C. T. 1254 y 1387, Central.

Y desde Constantino a Teodosio, aparecen como historiadores españoles:

San Gregorio Bético, obispo de Granada, historiador y teólogo.

El barcelonés Flavio Dextro, "ciceroniano en su estilo y doctísimo en las historias".

San Filastrio, español, obispo de Brescia en Italia y autor de una historia de las herejías.

Sobre todos brilla Paulo Orosio, autor de una historia universal según la escuela providencialista de su amigo San Agustín; pero Paulo Orosio, más bien pertenece a principios de la Edad Media.

Los castores, ingenieros de aguas y bosques

Durante una reciente visita de inspección en el bosque de Cochetopa (Colorado), Mr. Freed Agee, guardián principal de Aguas y Bosques de los Estados Unidos, descubrió cerca del valle de San Luis, una serie de lagos, era de más o menos 500 hectáreas, sobre una profundidad de 30 centímetros: una cantidad de agua suficiente para irrigar una extensión de 1.200 hectáreas.

Mr. Agee, halló además, en el valle de Silver Creek, 40 otros diques, construidos igualmente por los castores y extendiéndose sobre un largo total de unos 8 kilómetros.

Si esos diques hubieran sido construidos por la mano del hombre, en cemento armado, y que se habría calculado el precio del cemento en 6 dólares el metro cúbico, precio muy modesto, el monto total de esa obra hubiérase elevado a 10.000 dólares, únicamente para el valle de Silver Creek.

Calculando el trabajo efectuado en el bosque íntegro de Cochetopa, el precio global de los diques construidos por los castores se puede valorar en cerca de 200.000 dólares.

Los norteamericanos comprendieron en seguida todo el provecho que podían sacar de la ingeniosidad de esos pequeños trabajadores peludos. En las partes donde las colonias de castores eran más numerosas, los capturaban individualmente por medio de redes de alambre y los transportaron en otras secciones del bosque.

En esas secciones, los roedores anfíbios no tardaron en poner en práctica sus maravillosos instintos. Se hizo lo posible para guardar una reserva de agua hasta el pleno verano, época en la cual las tierras sienten mayor necesidad de humedad. En el momento dado, se practica una brecha en los diques y el agua acumulada corre en los canales de irrigación preparados anteriormente.

En el transcurso de las 24 horas, los castores vuelven a cerrar la brecha abierta y constituyen así una nueva provisión de agua de la cual se hace uso cuando las necesidades obligan a ello.

L. KUENTZ.

PAPEL Y TINTA

Glosario lírico, poesías de Alfredo D. Ferreira, Buenos Aires.

Aunar el fondo y la forma en una obra literaria, ya sea en prosa o en verso, es algo que raramente se ofrece en nuestro mundo intelectual, pues cuando no flaquea el uno, es la otra la que desmerece. Ferreira ha logrado elevar a un equilibrio loable esta dificultad, con su libro "Glosario lírico".

Si los versos de este poeta, perdieran algo en espontaneidad, es indudable que ganarían en perfección, pues Ferreira, poseyendo cualidades notorias en este sentido, es de los que prefieren sacrificar el afán de meticulosidad en aras del fondo y del ritmo natural.

Así en algunas de sus poesías, se desprecia de conseguir un acabado burlamiento, pero ello se ve compensado, con creces, por su idealidad esencial y por su lenguaje rico y fluido.

En su "Canto a España", es donde más se ponen de manifiesto sus cualidades de versificador, llegando a un grado realmente avanzado de perfectibilidad.

Un hábito de tristeza y de pesimismo, crasa por el libro, realizando aún más, si cabe, sus facetas dignas de atención, pues Ferreira no cae con facilidad en el mal. Por otra parte, es bien sabido, que gusto de los decadentes y de los llorosos el dolor el tema eterno, siempre idéntico y siempre renovado, de donde los poetas han extraído sus más sinceras composiciones.

Bellos pensamientos en bellos versos, es lo que nos ha ofrecido en "Glosario lírico", don Alfredo D. Ferreira, poeta argentino que se ha incorporado a nuestra falange intelectual, muy bien dotado para el abrupto sendero elegido, en el cual ya ha brindado, anteriormente, dos frutos no menos dignos, como los libros "Guillermo Sullivan" y "Miscelánea", que fueran tan bien recibidos por la crítica.

R. de C. B.

"Nativa"

Esta interesante revista criolla, contiene, en su último número, el siguiente resumen:

Luis Cordiviola, portada: Ternero; Ricardo Tamassi, Los negritos de doña Patricia Ocampo; Julio Díaz Usandivaras, Nuestros pájaros solitarios; Alberto G. Ocampo, La campeada; Paulina Arculli, El pastorello; Martín Bernal, la disculpa; Segundo Fernández, Paisaje; Juan de Dios Mena, A mi perro; Carlos Stutz, Jardín silencioso; Emilio C. Agrelo, Relicario; José Ramiro Podetti, "Los enterrados"; María Marchi, El ombú; Félix San Martín, Villatón; Lorenzá Amaya,

INTERESA SOLO A LAS SOLTERAS

Maruja está de novia

POR

CARLOS C. SANGUINETTI

Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573, Bs. Aires, y en las principales librerías.

Precio \$ 2.00

Arie argentino: Luis Cordiviola; Carlos Acuña, ¿Pa qué?; Martiniano Leguizamón, El primer poeta criollo; Berta Elena Vidal, El Crespín; Dolores Kader, Desde San Ignacio; Ramón Rafael Capdevila, Argentina; María Martínez del Río, Aires serranos; J. Balach, Evocaciones tradicionales; Juan A. Beauvain Barreto, Motivos de mi odio; Atilano Ortega Sanz, Una visita a la estancia La Josefita; J. Córdoba, Don Severino Gordillo; Busilis, Bibliografía.

De redacción: Adherentes de "Nativa". La fiesta realizada en honor de "Nativa". La prensa rosarina y nuestra revista. Nuestra propaganda. Nuestros hogares tradicionales: señorita Lía Munilla; Damas argentinas: señora P. Romero de Oribe; El gobernador de Jujuy y "Nativa"; Homenaje a un poeta; De la casa: señor José Gahn; Doctor José Ramiro Podetti; Correo; Adivinanzas criollas. Dibujos de Agrelo, Hohmann, Usandivaras, etc.

"Pinocho"

Llega a nuestra mesa el número 23 de este semanario infantil, correspondiente al 29 de agosto.

El contenido literario, artístico y recreativo de este número es tan atractivo como siempre, y leyéndolo se comprende la sugestión, cada día mayor, que "Pinocho" ejerce sobre los pequeños lectores.

EL FOOTBALL

EN EL RÍO DE LA PLATA

POR ERNESTO ESCOBAR BAVIO

Antiguo cronista de deporte de "La Nación"

En 360 páginas, la historia completa del popular sport en el continente, desde el año 1893, hasta la actualidad.

Adquiera un ejemplar en: Editorial Sports, Bolívar 879; Gath y Chaves, Cangallo y Florida; Jorge G. Brown y Cia., Cangallo 684; Librería Peuser, San Martín y Cangallo; Barbera, Matorzi y Cia., Esmeralda 332; Librería Moen Balder, Florida 431.

Precio del volumen: 3 pesos

Los pedidos del interior deben ser acompañados, además, de 0.30 para el franqueo certificado.

Por la cultura nacional, por F. Julio Picarel.

¡Bienvenido sea este libro que tan nobles ideas atesora! El magisterio encontrará en él atinadas direcciones para realizar su importante gestión educativa en consonancia con los adelantos y conquistas del espíritu.

El señor Picarel, que ha consagrado su vida a la enseñanza, dando a la escuela argentina lo mejor de sus ideas y el caudal de sus entusiasmos, reúne en el volumen que comentamos, sus mejores conferencias y artículos sobre diversos temas de índole pedagógica y social.

En lenguaje sencillo, aunque no exento de glóses elegantes, analiza con serenidad e independencia de criterio los problemas que actualmente preocupan la atención de los directores de la enseñanza, y aporta indicaciones de alto valor abonadas por una larga experiencia y por estudios metódicos y profundos.

Nacionalista de buen sentido, defiende su tesis sin que el amor a la patria le conduzca por senderos torcidos que llevan a la hostil intolerancia; ideas sensatas le

adocinan, y sus consejos patrióticos están inspirados en el bien del país. Lejos está de aquellos que predicán el amor patrio basándose en el odio a los demás; lejos, también, está de aquellos otros que, mediocres y falsos, agitan el ambiente contra lo más sagrado de los pueblos, que es el sentimiento de la patria, con el único propósito de que sus gritos y sus actitudes hurrañas, les sirvan de pedestal para un encumbramiento efímero y ocasional, que, fatalmente, debe desaparecer cuando los que los escucharon equilibren su pensamiento y contemplen serenamente la realidad.

Como maestro, el señor Picarel revela un conocimiento profundo de su ministerio y demuestra que hasta él han llegado las últimas conquistas de la ciencia pedagógica. Grato sería a nuestro espíritu el poder comprobar que el autor de estos estudios tiene imitadores entre los educacionistas del país; la divulgación de las ideas respecto a la educación de la niñez tiene un valor inmenso, ya que mediante ellas se hace posible la reforma y el mejoramiento de los planes, métodos y procedimientos escolares nunca tan ajustados y eficaces como para no ser susceptibles de cambios y alteraciones benéficas.

I. M.

¿Quiere usted pasar unas horas divertidamente sin necesidad de ir al teatro?

LEA

PEDRÍN

BROCHAZOS PORTEÑOS

POR

FÉLIX LIMA

Se encuentra en venta en las librerías del centro, en Gath y Chaves, en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar, 879, y en todos los quioscos de las estaciones de ferrocarril de la República.

Precio: \$ 2.50

Hemos recibido

"Espíritu y materia". Fragmentos sintéticos de algunos de los juicios obtenidos por Ramón de Castro Estévez.

"Revista de América". Número 4. Buenos Aires.

"El soldado desconocido. Tragedia fantástico-religiosa en un acto", por José M. de Pinho Henriques.

"Guía del lector". Edición Calpe. Año II. Número 16. Buenos Aires.

"Nativa". Año II. Número 10. Buenos Aires.

"El Arte Tipográfico". Año XXII. Número 12. Nueva York.

"Inter-América". Volumen IX. Número 2. Nueva York.

"Tierra y Roca". Tomo 2. Número 8.

"Boletín de la Unión Panamericana". Volumen LIX. Número 8. Washington.

"Nosotros". Año XIX. Número 194. Buenos Aires.

"Sistema de marcas y señales para ganado mayor y menor", por Juan José de la Cavañá San Luis.

"Colonia de Monte Grande. Primera y única colonia formada por escoceses en la Argentina", por la doctora Cecilia Grierzon. Edición Peuser, Buenos Aires. 1925.

"Salvador María del Carril y el pensamiento de la unidad nacional", por Pacífico Rodríguez Villar. Edición De Martino, Buenos Aires. 1925.

"El Cine". por Benjamín Constant. Traducción de S. Brizio. Buenos Aires.

"Lo desconocido" en las ideas y en las instituciones", por el doctor Arturo Orgaz. Publicación de la Universidad Nacional de Córdoba. 1925.

Divagando, poesías por Mario Rebus. Edición A. García Santos. Buenos Aires. 1925.

Los misterios del mar indiano, por el capitán L. Molta. Edición Maucci. Barcelona. 1925.

Olas..., poesías por Roberto Ibáñez. Edición "El Crisol". Montevideo. 1925.

OBRAS DE
Carlos Correa Luna

Historia de la Sociedad de Beneficencia

(1823-1852)

\$ 3.50

Don Baltasar de Arandia
\$ 2.50

LA INICIACION REVOLUCIONARIA. EL CASO DEL DOCTOR AGRELO—UN CASAMIENTO EN 1805 —LAVILLADELUJAN EN EL SIGLO XVIII— ANTECEDENTES PORTEÑOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN.

A \$ 1.— el ejemplar

En todas las librerías y en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar 879. Buenos Aires.

"El general José María Paz, sus campañas y su doctrina de guerra", por el teniente coronel Juan Beverina. Edición de la Biblioteca del Oficial. Buenos Aires. 1925.

"La patria grande", por Manuel Ugarte. Editora Internacional. Buenos Aires. 1925.

"Pobre Cristo", por Mario Mariani. Versión castellana de Enzo Aloisi. Edición Biblioteca de "Crítica". Buenos Aires. 1925.

"Alberto M. Candiotti. Su actuación como cónsul argentino en Berlín", por Alberto Guride Bazerque, cónsul argentino en Trieste.

"El libro de Angel Luis", por González Carbalho. Edición "Librería Porteña". Buenos Aires. 1925.

"Los pobres", cuentos por Leonidas Barletta. Editorial Claridad. Buenos Aires. 1925.

"Versos a Dorita", por Santiago P. Scherini, Rosario. 1925.

Origen del grito guerrero

"Santiago y cierra España"

Cuenta la tradición, que hallándose el rey Ramiro en Oviedo recibió un embajador moro, que enviaba desde Córdoba Abderramán II y el cual reclamó en nombre del califa, el tributo de cien doncellas cristianas, que, según dijo, había prometido entregar el rey Mauregato.

No reconoce—le contestó el rey—tributos que de tal manera humillan, ni creo posible que tal tributo haya sido ofrecido pagar un rey cristiano.

Esta negativa enfureció al embajador, el que, con altivez, recogió el guante de desafío que con la misma se le había arrojado.

Organizadas sus huestes, se dirigió Ramiro al encuentro del moro por tierras de Burgos, avistándose los dos ejércitos en las inmediaciones de Albelde, no lejos de la Rioja. Trabajó ruda y descomunal batalla, que, manteniéndose indecisa todo el día, acabó por pronunciarse la victoria a favor de los mahometanos y teniendo que retirarse Ramiro al monte de Olavio.

Triste, muy triste fué aquella noche para el rey Ramiro, el que, una vez dormido, soñó que postrado de hinojos rogaba al Altísimo la salvación de su pueblo, y que apenas terminado su ruego, descendió hasta él en vaporosa nube el apóstol Santiago, jinete sobre blanco caballo, y le dijo:

—El Señor no abandona a su pueblo y está contigo, ataca al moro en cuanto amanezca y tuya será la victoria; yo, por orden de Dios, combatiré en tus filas.

Convencido el rey de que aquello había sido una revelación divina, llamó a sus candillos y refiriéndoles la aparición logró infundir en todos su fe y su entusiasmo.

—Nuestro grito de guerra—les dijo— será de hoy en adelante, "Santiago y cierra España".

Esto influyó tanto en el ejército cristiano, que todos creyeron ver al apóstol Santiago pelear con ellos, y a ello se debe, pues, que en la batalla de Clavijo obtuvo la victoria el ejército cristiano, a pesar de ser muy inferior a la hueste agarená.

El principio de Edison

Por J. H. Rosny

—Edison tiene razón—dijo el coronel Rample.—El hombre que lleva algo dentro sale siempre del paso.

—Pues está equivocado—exclamó el gran químico Grandfield.—Hay hombres que, a pesar de sus excelentes aptitudes, están perdidos si la casualidad no viene en su ayuda.

—¿Entonces quiere decir que un hombre de sus cualidades, un químico eminente, un gran inventor como usted?...

Seguiría siendo un modesto telegrafista si la Providencia no hubiera venido en mi ayuda, sí, señor. Sí. En 1911 estaba empleado en la Compañía Submarina, sin ver el medio de salir de allí. ¿Otro empleo? ¿Para qué? Este, al menos, tenía la ventaja de ser algo científico. Dotado de una voluntad perezosa, privado de sentido práctico, me había resignado a mi suerte modesta. Me consolaba pensando en mis teorías científicas, sin pensar que pudieran servirme nunca para nada. Había un gran vacío en mi existencia; pero no sólo no hacía ningún esfuerzo para llenarlo, sino que lo creía imposible. ¡Y tenía entonces veintiocho años! Estaba resignado. Era un miércoles, día de fiesta. Compré un poco de jamón, queso, pan y una botella de vino, y decidí ir a comer mis provisiones al bosque de Epping. El tren me dejó en la estación inmediata. El tiempo estaba inseguro. Me senté a comer bajo la copa de un árbol, sin pensar que en aquel momento el Destino velaba por mi suerte.

—Sí, señores; el Destino. Me disponía a almorzar cuando surgió bruscamente un hombre ante mí. Ni joven, ni viejo; unos cincuenta años. Sus ojos, azul de acero, eran terriblemente energéticos. Sus mandíbulas, fuertes.

—¡Ah, juventud, juventud!—exclamó.—Estoy seguro que es usted más feliz con su modesto almuerzo que Rockefeller con todos sus millones.

—No lo sé—le contesté, dominado por su mirada.

—¿Le molestaría que almorzase con usted?—

—No.

Se sentó frente a mí murmurando:—Esto me recuerda cosas que nadie puede devolvernos.

Hablando, comió y bebió con apetito. Tenía el arte de interrogar. Poco a poco me lancé a hablarle de las ideas que bullían en mi mente.

—¡Caramba! ¿Y no se ha decidido usted a abrirse camino?—

—¿Cómo?—

—Con la centésima parte de sus ideas millares de hombres han triunfado. ¿No tiene usted ninguna iniciativa?—

—Creo que ninguna.

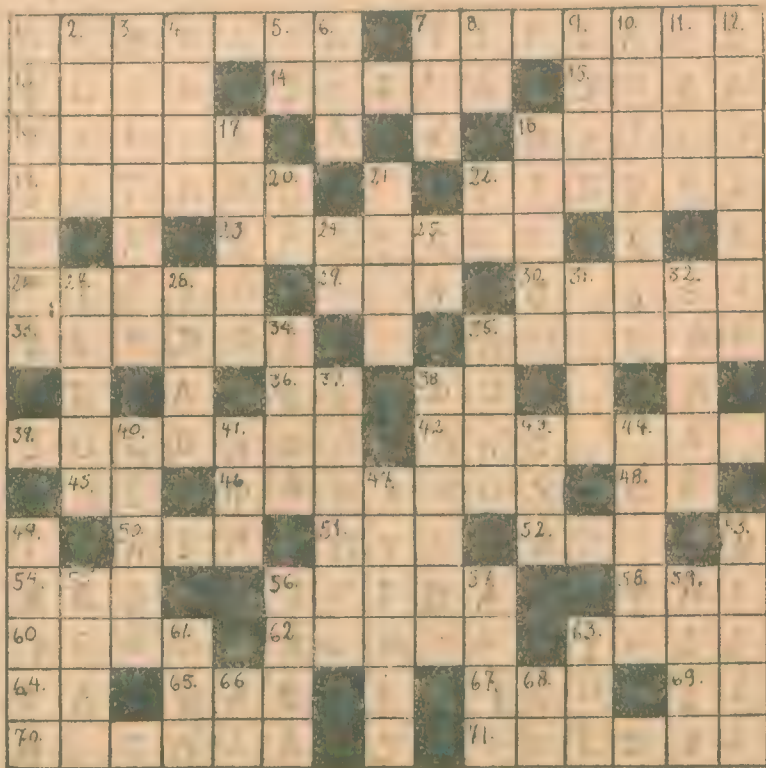
—¿Ni energía?—

—Menos aún.

—Cierta que pensando así no se va a ninguna parte. Y, sin embargo, algo puede hacerse por usted. ¿Por qué no se coloca usted en algún laboratorio? Yo tengo varios. Si se conviene le daré el mismo sueldo que gana usted en la Sociedad Submarina. Es posible que haya un porvenir para usted.

Acepté complacido, pero sin entusiasmo, pues desconfiaba de mí. Al día

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

- 1 Que sucede o se repite cada semana.
- 7 Reptiles venenosos en algunos casos.
- 13 Lo que impresiona al olfato.
- 14 Apaciguar, sosegar, calmar.
- 15 Nombre de mujer.
- 16 Fruta.
- 18 Del verbo matar.
- 19 Lugar donde se crían las ostras.
- 22 Troje o cámara donde se guarda el trigo.
- 23 Dícese de las personas que gustan mucho quedarse en su casa.
- 26 Entrelazar hilos, para formar tren, cillas, etc.
- 29 Fruta.
- 30 Metalóide gaseoso de color verde amarillento, su sabor es áspero.
- 33 Que tienen alas.
- 35 Figura de hombre embutida de paja y vestida de armas.
- 36 Artículo.
- 38 Nota musical.
- 39 Lo que deben ser los hombres a los 20 años.
- 42 Cosa de malla.
- 43 Afirmación.
- 46 Insecto díptero.
- 48 Interjección.
- 50 Pronombre posesivo.
- 51 Artículo indeterminado.
- 52 Adverbio.
- 54 Pieza de hierro o de otra materia rígida, en figura de circunferencia.
- 56 Del verbo andar.
- 58 Artículo (en inglés).
- 60 Especie de ciervo.
- 62 Los de nariz corta y poco puntiaguda.
- 63 Región, reino, provincia o territorio.
- 64 Interjección.
- 65 Del verbo rasc.
- 67 Pronombre demostrativo.
- 69 Dativo de pronombre personal.
- 70 Sitio lleno de algas.
- 71 Los que no oyen.
- 20 Nota musical.
- 21 Partida de las embarcaciones del puerto.
- 22 Río del norte de Italia. Nace en el monte Viso; desemboca en el Adriático.
- 24 Preposición inseparable.
- 25 República Argentina, iniciales.
- 27 Nominativo del pronombre personal en número plural.
- 28 Tiempo que una persona ha vivido.
- 31 Brilla, resplandee.
- 32 Enfermedad común en los perros.
- 34 Tela.
- 35 Título de renta.
- 37 Pertenciente o relativo al lobo.
- 38 Regalado.
- 40 Fruta.
- 41 Liga.
- 43 Club Sportivo Argentino, iniciales.
- 44 Hierbabuena.
- 47 Almas que penan en el purgatorio, antes de ir a la gloria.
- 49 Viento blando y suave que sopla del mar.
- 53 División del año.
- 55 Lo que existe.
- 56 Espacio de tierra que ocupa un edificio.
- 57 En la baraja.
- 59 Para coser.
- 61 Metal.
- 63 Preposición.
- 66 En los naipes.
- 68 Interjección que se emplea para hacer que se detengan las caballerías.

Solución del problema anterior



VERTICALES

- 1 Sufrir, tolerar.
- 2 Consonantes.
- 3 Vestidura de un cadáver.
- 4 Labrar la tierra.
- 5 En los naipes.
- 6 Entresaca de un escrito.
- 7 Se trasladan a otro lugar.
- 8 Para poder volver.
- 9 Se atreven.
- 10 Ladrones.
- 11 Preparar la tierra para la siembra.
- 12 Se atreven.
- 13 Sagrado.
- 14 Del verbo mascar.

De donde menos pudiera sospecharse

proviene los malestares y dolencias que sufren infinidad de señoras, y, sin duda, casi todas éstas quedarían sorprendidas si, investigando las causas, llegaran a descubrir que dichos estados anormales obedecen, en la mayor parte de los casos, a la falta o insuficiencia de la higiene personal íntima.

En efecto, basta el menor abandono en el indicado sentido para favorecer grandemente la invasión de las bacterias, y una vez infectada el organismo, los flujos, hemorragias, congestiones, fibromas, ovaritis, y hasta el cáncer pueden constituir las posibles consecuencias de la negligencia observada en la higiene individual de la mujer.

El empleo cotidiano de un buen bactericida como el Lysoform que puede adquirirse en cualquier farmacia, envasado en frascos de 100, 250, 500 y 1.000 gramos, y entre cuyos excelentes cualidades se destacan las de ser inodoro y completamente inofensivo, es previsión suficiente para destruir en germen semejantes enfermedades.

Si las señoras y las jóvenes supieran todo lo que significa para el organismo el hábito de una esmerada antisepsia íntima, basada en lavajes diarios con soluciones tibias de Lysoform, es seguro que habrían de convertirse en esclavas de una sencilla costumbre que asegura la posesión de una perfecta salud general.

Use usted el Jabón Lysoform, para tocadador, fabricado a base de Lysoform. Precio al público: \$ 0.15 la pastilla. Pida usted una muestra gratis y comprobará su excelencia.—Mendel y Cia., Guardia Vieja, 4439. Buenos Aires.

siguiente trabajaba a las órdenes de un tal Edward Redearl, sabio mediocre, pero honrado, que dirigía un laboratorio propiedad de William Maillar Mac Pherson, uno de los reyes del cobre y del estaño, y mi convidado del bosque. Edward Redearl me hizo trabajar como un forzado y me trató duramente. Al principio no marché, aquello bien. Yo tenía ideas, pero manejaba mal los aparatos.

La rudeza de Redearl me prestó grandes servicios, pues me obligó a vencer cierta indolencia física y mis frecuentes distracciones. No tardó, sin embargo, en desanimarme. No acertaba en ninguna de mis tentativas. Pero un día, haciendo un experimento, tuve una inspiración que transformó un fracaso en un éxito.

—¡Ya está!—gritó Redearl.

Nuevas experiencias tuvieron un resultado satisfactorio, hasta que un día vi aparecer al hombre del bosque, el cual, poniéndome la mano en el hombro, me dijo:

—Ahora voy a pagarte su merienda... Cuatro mil libras anuales y una participación en los beneficios de la explotación.

—Me ha sacado usted de un abismo—le contesté.

—En efecto. Entregado a sus propias fuerzas no hubiera usted sido nada. Y aun sin la rudeza de Redearl no hubiera usted valido gran cosa. Esto ha hecho que cambien mis ideas sobre los hombres. Creí que bastaba llevar algo dentro. Ahora creo que hay grandes hombres—usted es uno de ellos—que no llegan a realizar nada si una fuerza superior no los obliga.

—Esa es mi historia—dijo Grandfield—que destruye totalmente el principio de Edison.

El principio de Edison—interrompió el general Boulton—es una tontería. ¿No conocemos muchos campeones de boxeo que no hubieran sido nada sin sus entrenadores?

COLABORACION ESPONTANEA

La florista

La chica, la pobre florista del centro que vende sus ramos con gracia y afán, ofrece las flores que lleva en el cesto a todo el que pasa por casualidad. Sus rulos, sus moños, su delantal viejo, sus lánguidos ojos, su pálida faz, presienten la pena del padre que enfermo está, de hace tiempo, en el hospital.

La madre trabaja buscando el remedio después de una huelga que hundió el capital... La máquina sigue de noche tejiendo la horrenda tragedia de aquel pobre hogar. Y está, pobrecita, rendida de sueño; transita en las calles con ingenuidad. Hoy todo lo que hace, lo hará sin saberlo; mañana de grande, quizás lo que hará.

La tarde es de fiesta. Y va de paseo en coche una niña de la sociedad, llevando un perrito, con mimos y besos encima sus faldas, por el roscadal. Le ofrece un ramito con mucho respeto mirando al perrito que empieza a ladrar. La niña la insulta. Y azota el cochero la fusta en su cuerpo, con toda maldad.

La pobre se queda llorando en el suelo el pan que le niega la rica al pasar, en tanto la niña prosigue el paseo llevando en las faldas su felicidad. Por ser un perrito tendrá mucho aprecio con mil golosinas y mucha piedad, y, naturalmente, no es tal el derecho de pobres que piden un poco de pan.

Victor J. MUSCHIETTI.

Rebelde

No me pidáis, señora, que sumiso guarde mi voz rebelde y soñadora. Yo a los traidores sin piedad los piso, yo a los cobardes, los maldigo ahora.

No me pidáis que eleve dulcemente un canto henchido de serenidad, no podré hacerlo; porque ya consciente sé de la humana y singular maldad.

Inútil es pedir a estas mis manos que dejen de escribir con odio atroz. Inútil es rogar que llame hermanos a los que quieren apagar mi voz.

Santiago P. SCHERINI.

¡No llores, corazón!

¡No llores, corazón! Te pido en serio por este amor que es último y que es todo lo que en la vida acrisole a mi modo, lo que a mi modo sonsaque el misterio.

Te suplico con ansias de beodo por este amor que es flor, miel y sahumerio: ¡No llores, corazón! Es un cautiverio el llanto y... torna lo más puro en todo.

Bien sé que esta pasión sin desengaños —oh, clara ciencia de los treinta años!— florecerá, seguro, una alborada.

Mas precisa estar libre de tu llanto porque con lágrimas que queman tanto no puedo ni soñar, no puedo nada!

Syro HOZ.

EL CHOCOLATE DE LA VENGANZA

Algo me contaron en París durante mi último viaje, y algo encontré yo en los periódicos: Henri Béraud, el autor de la novela premiada —¿injustamente?— por la Academia Goncourt, "El martirio del obeso" (obeso él mismo), no contento con esta notoriedad, se arriesga en busca de otra; y, desde los diarios, con malas razones y gesto espeso, se lanza contra André Gide, maestro de la juventud en las letras. Gide es un personaje raro, torcido. Los libros de Gide son ya otra cosa. No sé cuál será el mejor; pero, entre los mejores, sin duda, "La puerta estrecha". Y la frase picante se vino a formar casi sola:

—¿Béraud contra Gide? ¡Claro está! ¡El martirio del obeso frente a la puerta estrecha!

Pero Gide, no en vano es maestro. Para atacar, cualquiera. ¿Para saquear? No sonríe todo el que quiere. Y Gide optó por sonreír. El mismo día en que Henri Béraud y otros jóvenes escritores se reunían para cierto festejo en Montmartre, Béraud recibió, de parte de Gide —muy obligado al polemista que había atraído sobre sus libros la atención de algunos lectores más,— una caja de bombones de chocolate. Francis Carco, aunque aparenta vivir terriblemente y pinta vidas y costumbres de apaches, tuvo miedo: no quiso probar los bombones, por cautela. Pero Mac-Orlan, más obligado por haber escrito el "Manual del aventurero" (un libro que vale menos que el título, y menos que otros, excelentes, del mismo autor), alargó la mano gravemente, aceptó la golosina, y continuó la conversación.

...Pero ¡oh, Némesis implacable: sonría Gide desde su mefistofélica grandezza!— todo París supo que, bajo la silla de Mac-Orlan, apareció después del almuerzo el bombón intacto, escamoteado.

ALFONSO REYES.

Elegía de otoño

Pierrot

(A Enrique Jonge).

Tiemblan las flores del jardín caído y al soplo alado de las brisas vuelan. Gimen las brisas, muda está la fuente, y honda tristeza, en la hojarasca del jardín silente, trágicamente, como rama seca, cruje en la tarde. Sobre el viento vago, las hojas vuelan. Pierrot, callado, pasa entre las frondas: Sus ojos tristes, tienen dos ojeras color violeta. Crujen a su paso las hojas secas.

El llanto corre sobre sus mejillas; lágrimas tristes, silenciosas ruedan. Pierrot inclina la cabeza amada; gime y recuerda.

Recuerda cómo, bajo el cierzo frío se ha marchitado su ilusión primera, desprendiéndose dulces ilusiones, y al viento vuelan.

Pierrot, callado, pasa entre las frondas: Sus ojos tristes, tienen dos ojeras color violeta. Crujen a su paso las hojas muertas...

José A. MICHELLI.

Amada...

Cuando voy a tu lado, dulce Amada, envuelto en el perfume que destilas de tan suave fragancia delicada y el intenso mirar de tus pupilas.

Mientras mi paso ajusto al tuyo breve, y deje al corazón decir sus cosas, porque tu amor lo anima y lo conmueve con sus revelaciones silenciosas!...

Yo dejo, Amada, que sus puertas abra en toda su amplitud resueltamente, y te diga al oído su palabra todo cuanto te ama y cuanto siente!

Juan Carlos KIRCHNER.

Corrección británica

Aquella luminosa mañana me encontraba en Niza, en el paseo de los Ingleses, con mi amigo Félix. Todos sabéis que el elemento británico domina en Niza, donde mi amigo es muy conocido por sus cualidades de hombre mundano.

Durante el paseo saludaba a tanta gente, que temí cogiese una insolación a fuerza de quitarse el sombrero.

De pronto le vi detenerse estupefacto. Acababa de saludar a un mocetón que no se había dignado quitarse el sombrero.

—¡Esto es demasiado!—exclamó.

—¿Conoces a lord Prick?—le pregunté.

—¿Es lord Prick? Ayer estuve con él y con varios amigos míos. Estuvimos juntos cerca de una hora, y hoy no me saluda.

—¿Te lo presentaron?

—No.

—Entonces no tiene nada de particular. Un inglés no habla ni saluda sino a las personas a quienes ha sido presentado.

—¿Sí?

—Figúrosamente cierto. Escucha. Un amigo mío, John Andrews, era un inglés muy parisien. Pasaba seis meses del año en París. Un día, en la calle de la Paix, vió a una adorable chiquilla que salía de una tienda de confecciones, en donde trabajaba. La siguió...

—Comprendido.

—No; no es lo que supones. A los seis meses la gentil "midinette" era la señora de Prick.

—¿Se casó con ella?

—Sí.

—Pues no veo la corrección británica.

—Escucha. Lord Prick tuvo que volver a su país. El matrimonio atravesó el Canal, y al llegar a Londres, lord Prick no volvió a dirigir la palabra a su mujer. No la conocía ya. La desgraciada lloró y fué a contar sus culpas a una prima suya, solterona inglesa, la cual, después de recibir la confesión de su parienta, le dijo:

—Comprendo.

Y llamando a lord Prick ceremoniosamente:

—Lord Prick—le dijo, y le presentó a su prima:

—La señora de Prick.

El marido suspiró satisfecho y abrazó conmovido a su mujer, a quien dice estrechándola contra su pecho:

—¡Amor mío!

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 422, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre " \$ 2.50	Trimestre " \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre " " 5.00	Semestre " " 6.00	Semestre " " 4.00
Año " " 9.00	Año " " 11.00	Año " " 8.00
N.º suelto " 20 cts.	N.º suelto " 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas " " chico. " " "	8.—	3.—
" " " " grande. " " "	9.—	2.—
" " " " chico. " " "	6.—	1.50

¿Cuál de las dos?

Por ELSA JACOBSEN

—¿Se puede amar dos mujeres a la vez?

Esta extraña pregunta fué hecha por Raúl Varela, el miembro más joven del "Club Continental", a su amigo y consocio Henri Fontaine, que en el hall del club, leía distraídamente cuando el primero entró. Henri alzó la cabeza, al oír la voz del amigo. Miró al recién entrado con una expresión mezcla de sorpresa, burla e ironía, pero sobre todo, de extrañeza, por su curiosa pregunta. Sin embargo, con su flama habitual, volvió a su lectura sin averiguar a qué se debía tan raro saludo y se limitó a contestar cínicamente:

—Sí, amigo, se puede, siempre que ellas no lo sepan.

Sin quitarse el sombrero ni el sobretodo se echó Raúl en el sillón más cercano.

—Déjate de bromas y escuchame—dijo malhumorado, y al ver que su amigo seguía leyendo con una imperturbabilidad que acabó por ponerlo fuera de sí, se acercó de un salto y de una manotada le quitó el diario.

—¿Sabes que a mí me pasa una cosa muy rara?—exclamó con acento extremadamente irritado.

—Sí—contestó secamente Henri,—me doy cuenta de que así ha de ser. Hace más de un mes que no se te ve el pelo y cuando, por fin, te presentas, usas unos modales que hacen sospechar que hayas estado estudiando la vida de ciertas tabernas de la Boca. Hombre, explicate, ¿acaso sos tú el desgraciado que se ha enamorado en dos mujeres?

—Sí, lo soy, lo soy, pero vámonos de aquí, acompañame a un café cualquiera; necesito hablarte.

Henri iba a protestar, pues era tarde, pero una ligera ojeada a la fisonomía de su joven amigo, hizo que, sin más preguntas, agarrara su sombrero y, juntos, dejaron el club.

Entraron en "La Cosechera", en Avenida de Mayo. Henri pidió unas bebidas y después de haber preparado los dos vasos, dijo medio bromeando:

—Bueno, muchacho, cuéntame tus penas.

Raúl llevó su vaso a la boca mirando su contenido, como si fuese un veneno benéfico, que iba a poner fin a sus desdichas y de un trago lo hizo deslizarse en la garganta. A duras penas Henri pudo mantenerse serio. Tenía 16 años más que Raúl, y hacía buen rato que, para él, el amor había perdido su perfume. Lo consideraba como un hermoso biombo tras del cual, se unían los sexos. Fuera de eso le parecía cómico y por tanto le movía a risa, las muecas trágicas de su joven amigo.

—Ah—exclamó,—no me cuentes nada, ya veo; estás enamorado hasta por encima de las dos orejas, dichoso de ti, ¿quién tuviera tu edad!

Raúl, que tenía aún, el vaso vacío en la mano, pareció absorto en sus propios pensamientos.

Volvió su atención a Henri.

—Sí, acertaste—dijo,—estoy loco por las dos muchachas más lindas del mundo.

Henri encendió un cigarrillo y después de ofrecer otro al joven.

—Caramba, chico, nada menos que dos, eso ya es glotonería... pero, por favor, quitate esa máscara fúnebre, ¿acaso no te quieren las pibas?

—Sí, que me quieren, las dos me quieren y yo quiero a las dos.—Se perdió de nuevo en sus pensamientos.

—Un "bel" trébol.

Henri se reía entre dientes.

—Escucha mi consejo: cástate con las dos.

Miró de soslayo a Raúl que, aparentemente, no quería dejarse contagiar por el buen humor del otro, pues la expresión preocupada con la cual había llegado al club, no desapareció de su semblante.

—Buen consejo para el que vive en Turquía—contestó secamente.

Pero como si temiera que su penoso asunto quedara sin resolución, prosiguió apresuradamente.

—No, Henri, no te burles de mí, pues, el caso no es para eso; te voy a contar las cosas como son, y si puedes darme un consejo, una idea, que

de su amigo,—nada menos que las dos muchachas más bonitas del Circulo Francés; pero, muchacho, ¿cómo te prendaste de dos que son tan distintas como el día y la noche? ¿Cómo hiciste para que te llevaran el apunte?

—¿Cómo?—replicó Raúl encogiéndose de hombros,—en el amor no hay "cómo", me quieren y yo las quiero y si no haz pronto algún cambio en estos líos en los cuales estoy envuelto, acabaré por volverme loco. Sí, riete si quieres, pero, aunque te parezca raro, si mañana se casara una de las dos me sentiría el hombre más feliz de la tierra, porque así terminaría mis dudas, pues, al no poder elegir adquiriría un

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. AMADEO NATALE

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 785—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. GARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 9819

Dr. VICTOR MORASCHI

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO "SANTA LUCÍA"
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4733, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oídos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sehlican (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375—U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal.—Señoras y Partos.
Bm6. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Circulo de
la Frensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

me haga salir de esta insostenible situación, tendrás en mí un devoto amigo.—Llamó al mozo para pedir cigarrillos. Quedóse vacilando un momento, sin saber por cuál lado empezar el relato de lo que le sucedía. Henri vino en su ayuda diciendo:

—Antes, déjame saber quiénes son las muchachas.—Paseó su mirada sobre la fisonomía varonil de su joven amigo, la cual, a decir verdad, con su fresca y saludable apariencia, parecía querer desmentir las manifestaciones del malestar espiritual que le invadía.

—Conoces a las dos—empezó Raúl,—una es Olga Martínez y la otra Lili Laborde, creo que también la conoces, o, por lo menos, de vista.

—Caramba—exclamó Henri, visiblemente maravillado de las conquistas

compromiso formal con la que quedará; muy extraño, ¿verdad?—terminó irónicamente.

Henri se sonreía con diablura, mientras llenaba su vaso a medio con pipermint.

—Chico, tienes ocurrencias muy raras; no lo puedo negar, sin embargo, me comprometo a ayudarte a salir de ese pantano en que te has metido, pero no vayas a esperar que mi compromiso llegue hasta llevar una de tus novias al altar.

Acompañó su última frase con una carejada estrepitosa, que afortunadamente fué absorbida por el "jazz-band" que tocaba animadamente.

—¿Cuándo empezó el idilio?—preguntó Henri, vuelto de nuevo a su calma.

Raúl humedecía los labios con su bebida. Aparentemente se esforzaba en arreglar, mentalmente, los hechos por el orden en que habían sucedido. Después empezó a contar con afectada tranquilidad:

—Hace más de medio año, que encontré a Olga en una academia de baile. La conocía ya, pues, en distintas ocasiones, la había visto acompañada de sus hermanos y un conocido mío, pero nunca tuve oportunidad de hablarla. Me extrañó verla en una academia de baile, pues en una fiesta que dió "El Circulo Francés" se destacó como una de las mejores bailarinas y hasta apareció su retrato en una revista alabando la gracia con que había ejecutado las danzas clásicas que hubo en dicha fiesta. Bueno, naturalmente, las oportunidades de conocerla eran abundantes en este lugar. Bailábamos juntos y charlábamos de todo y de todos. La pregunté para qué venía ella a aprender, si ella podría enseñar a los mismos profesores. Se rió con una picardía encantadora, puso los ojos en blanco y suspiró con un aire tragicómico: "¡Ay!, deliro por el baile. Por el miento y hasta hago una comedia descarada delante de mis padres. Para que me dejen ir, tengo que mentirles diciendo que estoy aprendiendo unos bailes nuevos que han llegado de París, pero lo malo es que quieren ver lo que aprendo, de manera que tengo que inventar toda clase de piruetas, ¿sabes?, lo que se me ocurre en el momento, es feo, verdad, pero"... y se abandonó en las cadencias de un tango melancólico. La invité a tomar té y a ir al cine. Ella aceptaba todo; cómo se arreglaba en su casa para salir, no sé, ni me preocupaba. Estaba ya perdidamente enamorado, pues, aparte de ser una preciosísima morocha, es a la vez gentil y graciosa como pocas. Todo lo gustaba y en todo encontraba diversión y agrado. Es una deliciosa compañera. Sí, realmente, me parecía demasiado perfecta para un ser de carne y hueso. Me hizo pensar en la heroína de una linda novela de amor y me fué muy difícil creer que aquella encantadora criatura me había tomado afecto y cariño. Pero, así fué. Casi un mes habíamos flirteado y las cosas se habían puesto tan serias que ya iba a hablar con mi padre para que pidiera a los de Olga, el consentimiento de nuestras relaciones. Pero, entonces sucedió algo fenomenal. Había convenido una tarde con Olga que nos viéramos en el cine "Select". Ella llegó como de costumbre, a la hora, pero acompañada por Lili. ¡Tú has visto a Lili Heimann! ¿Es una belleza! ¿Qué mujer más hermosa! Con sus cabellos dorados y ojos azules me hace pensar en una linda joya de oro adornada de zafiros. Me fué imposible sacar mis ojos de su adorable personita y, desde entonces, pensaba constantemente en ella. Sonríes. Seguramente es muy común, que un hombre, queriendo a una mujer, vea otra y se enamore en ella, pero, se olvida de la primera y se deshace de ella. Mas yo no puedo hacer esto, porque no quiero menos a Olga, después de haber conocido a Lili. No. Quiero a las dos y sobre todo me gusta verlas juntas. Necesitan estar juntas, pues una sirve de complemento a la otra. No puedes comprender ni admirar la belleza de Olga, si no ves a Lili y viceversa. Quiso una rara coincidencia que desde entonces viniera Olga siempre acompañada por Lili, y era a Lili a quien yo esperaba, aunque me había citado con la otra. Para empeorar el mal quiso la casualidad,



que por cualquier camino que tomara encontrarla a Lili. Parecía imposible el evitarla. Caminábamos unas enredas juntos; pues iba al conservatorio de música y la esperaba a la salida para llevarla a una confitería a tomar te. Como Olga, en esa época se fué al campo, me cité así diariamente con Lili. Hablábamos de Olga, de quien un día por medio recibía cartas cariñosas, pidiéndome llevara a Lili a pasear para que no se aburriera. Con toda franqueza; la contesté que así lo hacía y la devolví sus cariños pensando en la otra. Cuando volvió Olga a la ciudad, tenía yo la conciencia cargada con media docena de besos tímidos que la encantadora Lili de su propia voluntad, me había dado. Al ver de nuevo a Olga me emocioné tanto que por poco se me subieron las lágrimas a los ojos. ¡La había extrañado muchísimo! Sí, te veo reír con incredulidad, pero eso es lo desesperante de mi aventura: pienso siempre en aquella de las dos que está ausente. Fuera de mí, y para terminar de una vez esa ridícula situación, me decidí a pedir perdón a Lili y hablar seriamente con mi padre respecto a Olga. Así, una mañana, dije al viejo que iría a la tarde a su oficina para hablarle de algo muy importante. Desde el momento que había dicho esto y hasta que me encontré, frente a frente, con mi padre, no salió de mi mente la imagen de Lili. Por consiguiente, me fué imposible nombrar la otra. El viejo me recibió con un aire muy solemne, lo cual me hizo comprender, que estaba dispuesto a escuchar algo extraordinario, por lo tanto, no podía escaparme con cualquier tontería. Pensé, primero, en pedirle mil pesos, pero en mi aturdimiento empecé a murmurar algo sobre mi deseo de que me diera un puesto en la oficina, pues pensaba casarme. Debías haber visto la cara del viejo: radiaba de alegría. Se hubiera dicho que acababa de liquidar todos los neumáticos podridos, que, desde hace tiempo, le tienen preocupado. Tú conoces las antiguas ideas de mi padre: "Trabajar y crear hijos es la nobleza del hombre", ese es el lema de él. Me dió un formidable golpe de hombros, diciéndome: "Me alegro, hijo mío, me alegro mucho, Raúl, ¿cuál es la chica de tu elección?" Iba a decir que no sabía, pero me contuve a tiempo. Le contesté con una estúpida sonrisa: "todavía es un secreto, papá". Y había dicho la verdad. Era un secreto para él, pero también lo era para mí, pues cuál de las dos elegir, yo no lo sabía. Desde entonces han seguido así las cosas. Salgo con las dos, "beso a las dos, las hablo de amor y ambas me devuelven mis cariños con una ternura que me desespera, sí, pues, porque nunca pienso en la a quien me dirijo, sino a la otra que no está presente. Es cosa de volverse loco, ¿verdad? Y lo curioso del caso es que, aunque estoy bien seguro de que nunca han hablado de esto, cada una de ellas sabe que quiero a la otra y que la otra me corresponde, pero lejos de enemistarse por los celos se han hecho más estrechamente amigas. Se tratan entre sí con una gentileza que da gusto de verlas. No conocen ni envidia ni doblez. Parece empeñarse cada una para hacerme ver la superioridad de la otra. Realmente, Henri, pocas veces en mi vida, me he enternecido tanto como cuando estoy junto con las dos y descuidado me dirijo a una de ellas con excesivo cariño. Al instante, e involuntariamente, miro a la otra. Y... sean los suaves ojos azules de Lili o los de color del ciervo, de Olga, la expresión, infinitamente dulce, es la misma. Miren a la amiga con una discreción encantadora. Parecen decir "hermana, ¿serás tú o será yo?"

Raúl se calló bruscamente. Clavó su mirada en la superficie de la mesa, y, aunque pasó inadvertido para su ami-

go, cualquier otro hubiese notado que luchaba para vencer la emoción que le causaba su relato y situación, los cuales se presentaban delante de sus ojos veintefiales con un negror desesperante. Pero el cinismo y los diez y seis años de experiencia de Henri no conocían compasión y se habían ya olvidado de los dolorosos flechazos de Cupido. Se chanceaba.

—¿Qué te parece—dijo—si siguiéramos el ejemplo del sabio Salomón? Pretendemos cortarte en dos pedazos delante de las pibas, y la que grite: ¡alto! se llevará la torta de pascua, que en este caso será vos.

Soltó una carejada, pero viendo la expresión de su joven amigo, que de

ses o más y verás cuando vuelvas cómo encuentras todo a pedir de boca. No te despidas de las muchachas. Les mandas una carta a cada una, les dices que tu salud está mala y que irás al campo para recobrar fuerzas. Añadís, que no se olviden de ti, aunque no las escribes, pues el médico te ha prohibido terminantemente fatigar tu mente con correspondencia, etc., en fin, tú sabes más o menos cómo hacerlo; mientras tanto, me pondré yo a la caza de un marido para una de tus novias, y creo que no me será difícil, pues, por lo visto, hay todavía muchos zonzos. Bueno, ¿qué te parece? ¿Trás?

Raúl tardaba un poco en contestar. —Y creeme, muchacho —arguyó

sado en dejar la ciudad por un corto tiempo, no pensé, precisamente, en irme a Santa Fe, pero, ¿y si vuelvo y encuentro las cosas como antes, o que ya no me recuerdan más?

Este pensamiento pareció inquietarlo. Sus ojos, enal si todo dependiera de la contestación de Henri, no se apartaban de los labios de éste.

—Hijo, si tan poca constancia tienen, podrás felicitarte de haberlo sabido a tiempo, pero ¿harás lo que te he dicho?

—Sí, lo haré, lo haré, tomaré el tren mañana a las cinco y diez y dejo lo demás en tus manos.

Se levantó decidido, firme.

—¡Bravo!—dijo Henri, siguiendo su ejemplo. Miró a su reloj pulsera.

—Recogete, chico, que es tardísimo y prepara tus maletas, pues espero tener pasado mañana una tarjeta tuya con los sellos del correo de Rosario.

Se separaron fuera del café y tomaron cada uno un coche que los llevó a sus respectivos domicilios.

Habían pasado más de cuatro meses. Entre la multitud que esperaba pasajeros de los trenes de F. C. C. A. estaba también Henri Fontaine. Llegó en el mismo segundo que la locomotora del F. C. C. A. con un impaciente silbido entraba en la estación Retiro. Era pleno verano. Buseó entre la masa multicolor, que cual un torrente vivo moviase hacia él, la silueta juvenil de su amigo Raúl. En su busca ansiosa, no vió al joven, quien, aunque con mucha dificultad, se hizo paso, dirigiéndose directamente hacia él. Su cara, muy tostada por el sol, resplandecía de un bienestar general. Ya cerca, dió un traspie que casi le hizo perder el equilibrio. Con un grito:

—¡Vejeje, comprate un par de anteojos, hace media hora que te hago señas—alcanzó a Henri. Se confundieron en un sincero abrazo.

—Chico, pareces un africano importado y qué gordo estás.—Se miraron uno al otro, cambiaron dos o tres frases yéndose hacia la salida del andén. Cada uno estaba poseído de un molesto embarazo el cual en vano trataron de dominar. Por pedido de Raúl fueron a la confitería de la estación para tomar un refresco. Una vez acomodados no pudo contenerse más el joven. —"¿Y?"... preguntó, mirando a la cara de su amigo Henri bajó la vista.

—Y... las cosas van tan mal que hasta tengo miedo de referírtelas, pero como no hay que dar vueltas te ruego te prepares para lo peor y perdóname si he obrado torpemente. Bien sabes que mi intención ha sido todo lo contrario.

Henri hablaba muy quedamente y sin alzar los ojos.

—¿Y?—repitió Raúl, un poco duro y visiblemente inquieto.

—Pues—prosiguió Henri más y más inseguro y con la vista clavada en el suelo—a los dos meses de haber dejado tú la ciudad, corrían rumores del próximo enlace de Lili con un fabricante alemán de máquinas y poco después apareció en la Crónica Social el día y fecha de su boda y... con voz apenas perceptible continuó y... a estas horas ya he hablado yo con los padres de Olga, pues ella me quiere y yo..., como tú me decías, que si una de las dos se casaba..., y yo no sabía del...

Una alegre carejada le interrumpió. Miró estupefacto a Raúl quien, cordialmente y entusiasmado, le alargó la mano felicitándolo calurosamente.

—Me alegro que lo tomes de esa manera—dijo Henri, que no volvía en sí de asombro—pero... no te comprendo.

Esta vez fué Raúl quien bajó la vista a la vez que un subido color rojo se extendía sobre su cutis llegando hasta quemarle la piel de sus orejas.

—¿Es que... ¿sabes? allá en Santa Fe conocí una chica que...



Las maravillas de la técnica en la antigüedad

No hay nada de que la generalidad de los hombres se desvanezca tanto como de los progresos de su técnica. Pero, sería un desatino creer que los adelantos técnicos sean un privilegio de nuestra época y que en la antigüedad la vida fuese lastimosamente primitiva. Las más recientes investigaciones y excavaciones han suministrado numerosas pruebas de que en aquellos países que consideramos la cuna de nuestra civilización, en India, Asiria, Babilonia, Grecia y la antigua Roma, existía varios milenios antes del nacimiento del Señor una técnica que iguala y hasta supera muchas de las maravillas de nuestra cultura actual.

Nos enorgullecemos sobremedra de la comodidad y lujo de nuestras viviendas, ignorando u olvidando que las casas de las urbes griegas y romanas no carecían de ninguna de las comodidades que exigimos hoy de una habitación bien adornada. Las antiguas representaciones romanas en el Museo Provincial de Tréveris demuestran que los modernos muebles de mimbre no eran desconocidos a los habitantes de la ciudad eterna. Evacuatorios con limpieza por agua como los que se han descubierto en Onosos, bañeras de asiento y duchas, que se han encontrado en Micenas y Pérgamo, atestiguan paladinamente ya que en la antigüedad se dedicaba a la higiene la necesaria atención.

¿Qué sorpresa cuando el "templo" que los excavadores creían haber hallado en las cercanías de Nápoles resultó no ser más que un gran retrete público! Y que no sólo se atendía a la higiene sino también a la cosmética, eso lo evidencian las manufacturas de afetes, polvos y jabones que menudeaban en la antigua Roma. Hasta el empaque de los dientes les fué familiar.

Tampoco en la industria estaban atrasados aquellos inteligentes pue-

blos. En el Indostán se han encontrado escoriales de una extensión de muchas leguas cuadradas, lo que permite la conclusión de que en tiempos remotísimos florecía aquí una importante metalurgia. En la proximidad de Delhi se halla una columna hecha de hierro químicamente puro. Su peso es de 340 quintales, y en ningún punto se ve siquiera un rastro de alguna soldadura. Hoy sabemos que los antiguos indios estaban versados también en la fabricación de acero fundido. Muy conocido es además el llamado "coloso de Rodas", una estatua a Helio de 32 metros de altura, que en el año 232 ante de J. C. fué destruida por un terremoto. Para la colada de sus estatuas se servían los griegos y romanos del llamado procedimiento de la fusión por cera, y eso con una habilidad que hasta el día no han vuelto a alcanzar los técnicos. Las figuras que hoy manufacturamos con este procedimiento tienen un peso diez veces mayor que el de las estatuas antiguas. Valga un ejemplo: en Munich hay una figura antigua de mujer que a pesar de tener una altura de 177 cms. no pesa más que 100 libras, y el niño orante que se halla en el Museo de Berlín tiene un peso de sólo 60 libras. Eso quiere decir que los antiguos han poseído un secreto técnico que les permitía hacer coladas de una delgadez que hoy no se consigue ya.

Tampoco es posible pasar por alto las tradiciones legendarias sobre estupendas proezas técnicas de la antigüedad, aunque no es posible verificar si la fama no ha exagerado la magnitud de la obra. Lo que se ha conservado basta para sacar de ello conclusiones sobre lo desconocido que muy bien puede haber existido.

Las pirámides de Egipto nos dan la mejor medida de la asombrosa potencialidad técnica de la antigüedad.



agitado se había vuelto triste, casi apenado, por no ser comprendido, se puso serio y con ademanes de hombre que se dispone a entrar en actividad, dijo:

—Vamos, muchacho; no tomes las cosas tan trágicamente, yo te ayudaré, pero a condición de que sigas al pie de la letra lo que te mande hacer. Ante todo, lárgate al campo. Toma aire, sol, búscate distracciones y mira un poco a las demás pebetas y verás que en este globo hay otras bellezas que tus amiguitas. Sí, hombre, tienes una hermana en Santa Fe, ¿verdad?, bueno, allá te vas, tomas el tren mañana mismo, te quedas dos o tres me-

Henri con voz penetrante en la que, al mismo tiempo puso toda la convicción que creyó necesaria para hacer que se decidiera el joven,—nada tan bueno para el malestar, sea del cuerpo o del alma, que cambiar de ambiente, ¿sabes?, caras nuevas, ideas nuevas, un horizonte más amplio; anda, chico, verás, el aire de las pampas santafesinas te refrescará los pulmones y llegarás a ver las cosas con un optimismo que echará por tierra todas tus dudas.

Raúl le escuchaba. Algo sorprendido contempló a su amigo, cuyas palabras no dejaron de animarlo.

—Sí—dijo por fin,—había ya pen-

Siempre al rojo

Transecurre el año 1793 y sobre la aterciopelada Pampa extendida hasta confundirse allá a lo lejos con el horizonte, no se oye ni un rumor; inmensa, amplia, con promesas y con interrogantes, imponiéndose siempre por razón geográfica sobre el carácter de los nativos permanece en ese instante muda ante la incógnita de un destino.

En una de las estancias de ese enorme campo se desarrolla un triste drama. Una mujer cuyos rasgos enérgicos se acentúan por lo intenso del dolor, arroja entre sus brazos un niño que presenta los síntomas fatales de la terrible enfermedad que victimaba tantos inocentes: era el mal de los siete días.

De pie delante de ella un hombre de belleza varonil y distinción peculiar observa el cuadro y en su rostro, donde se trasluce una gran bondad, márcase de pronto una decisión.

Sale al campo donde empieza a quebrarse el sosiego con los primeros albos del día y el aire húmedo de la mañana se satura de áspero perfume de la tierra. Emitiendo un largo silbido queda inmóvil, clavados los ojos en la lejanía que le atrae y absorbe hasta sustraerlo a lo real.

Pasa un instante, cuando de pronto se estremece al "Buen día, patrón" que le da su capataz ocurriendo al llamado.

—Ve corriendo—le dice,—y arréame al corral los cincuenta mejores carneros.

El gaucho vuela en el flete que es su lujo, y a lo lejos ya se oyen los confusos balidos de la majada revuelta por el aparte, que en tumulto marcha atropellándose con ese rum-rum particular que se asemeja al ruido anunciador de las mangas de piedra.

Ya están acorralados los cincuenta elegidos y empieza a practicarse un sistema curativo original. El capataz con un golpe del talero aturde a un carnero y cuando cae le abre el vientre con un certero golpe de su facón que hunde hasta la ese. El patrón sumerge en la entraña caliente el cuerpecito desnutrido de la criatura, cubriendo la cabeza con una piel de oveja.

Se mantiene el procedimiento hasta que la agonía del animal termina y comienza a enfriarse. Repítese esto hasta cuarenta veces y ahí cesa porque la vida del enfermo ya está salva.

El caballero, doblemente triunfante, entrega a la madre el pequeño ser ensangrentado que ha resurgido a la vida por ese contacto de muerte, adquiriendo sus rudimentarias percepciones, en medio bien extraño.

El cielo azul límpido y profundo de los días serenos tapiza como impenetrable manto, la vida así iniciada.

Corrobórase lo dicho en la correspondencia recibida el año 1862 por la señora doña Josefa Gómez de Olivera. Rosas le refiere que durante la visita que le hicieron en Southampton la señora de Sáenz Valiente, esposa de don Lorenzo Torres, recordaban la pericia médica del doctor León Ortiz de Rosas, calificándola de genial.

Dicha señora contaba su caso, semejante al que antecede, sin saber que por el mismo procedimiento del baño animal, aplicado por su señor padre, el general Juan Manuel de Rosas, había vuelto a la vida.

¿Qué no hubiese dado el autor de las tablas de sangre por conocer el amanecer de esa existencia entre la púrpura de la recua sacrificada, para presentar al personaje nacional que mantuvo el tono bermejo que exigía la acción política de sus partidarios y de sus propias ideas, como un destino? Así como demuestra la aparición de un cometa en la superficie de los cielos, al prejuicio de la humanidad, un siniestro futuro.

Difficil tarea la de quien se dedica

Los libros de la semana

De la interesante obra titulada "De otra época", original de la señorita Concepción Soneyra, entresacamos el siguiente capítulo

a investigaciones históricas con el fin de utilizar los hechos para colaborar al bien presente y del futuro, muy especialmente cuando acciones culminantes atraen o rechazan la simpatía, que resta al juicio imparcial, porque es humano sancionar siempre lo que más agrada.

Al alejarse se podrá apreciar mejor

el conjunto, y el estudioso que puntualice en él cualquier situación, elevará a experiencias las circunstancias, marcando cada análisis con nuevas fuerzas surgidas al dolor de los errores.

El tiempo es un arca cargada de sabiduría que recorre camino desde los orígenes del mundo, dejando en

S o n e t o

(Del volumen "Versos del crepúsculo", recientemente aparecido)

Yo quisiera, viejo abad, soberano
de los éxtasis mudos y divinos,
poseer el misticismo de los finos
y blancos dedos de tu suave mano

al elevar tu pensamiento sano
hasta Cristo, que es rey de los caminos
y amante de cansados peregrinos,
ante Él postrado sobre el suelo plano

de la capilla que se yergue altiva.
¡Ah!, viejo abad de cabellera cana,
de corazón que lleva fe cautiva,

¡yo quisiera, como tú, en la ventana,
alzar la honda mirada pensativa
y adorar al Señor en la mañana!...

Carlos María PODESTÁ.

MUJER SOLTERA

Experimento una compasión infinita, un hondo malestar ante todas las cosas que se marchitan, ante todas las glorias que se frustran. Y una mujer que, al doblar la cumbre de la treintena, pierde las esperanzas de ser madre, es un ser digno de piedad y respeto. Sobre su alma ha ido goteando sus amarguras la górgola del tiempo; de su frente ha ido borrándose para siempre el nimbo de la promesa maternal. Es algo inútil, fracasado, anormal, enojoso. Y ella lo sabe y lo llora en silencio; y aunque en público finge estar satisfecha de su destino, se siente sola en medio de la muchedumbre y abandonada allí donde todos la oprimen. Nunca sus brazos mecieran a un hijo salido de sus propias entrañas; jamás un hombre la besará en la frente con ese respeto, esa unión, esa intensidad de gratitud y cariño con que sólo se besa a las madres o a las esposas dignificadas por la virtud y por el sacrificio.

¡Podrecillas! Tal vez enfermarán de despecho y de pesadumbre, acaso se harán egoístas, malvadas, monstruos de rencor y venganza. Y todo hubiera podido evitarse si hubiera en el mundo un egoísta menos, y al frente de nuestras oficinas de Hacienda un estadista más.

Porque es el impuesto el que, encareciendo la vida, hace cada vez más difícil el matrimonio, y es el egoísmo de los solteros el que deja en el abandono y soledad a muchas

mujeres que hubieran podido ceñir la diadema de madres, y que ahora se ven obligadas a tolerar la injuria de los necios.

Es vieja; en su frente ha labrado el tiempo esos surcos en que no hay florecencia. Es fea, tal vez. Se lo ha dicho el alejamiento de los hombres. Ha caminado sola siempre, delante de los padres, primero vigorosos, luego caducos, más tarde decrepitos. Y ha esperado siempre. ¿Qué digo? Espera aún.

Ella sería capaz de bañarse en la fuente de Juvencio, a la evocación de una voz vibrante y cariñosa, ella desplegaría secretos, encantos, delicadezas inesperadas al mandato de un alma redentora. Tomarían gracia sus movimientos, frescura sus mejillas, brillo sus ojos hoy apagados. Pero el mago, el redentor no llega. Nadie sabe las exquisiteces, las abnegaciones de que es capaz. Todos ignoran que se embellece a la mujer, que todos tenemos en nuestras manos el cincel prodigioso de Fidias, y que sólo nos falta, para hacer surgir de cualquier figura dolorida la mujer ideal, algo que no todos podemos prodigar: ternura y amor.

¿Para qué reír? No se ríe ante las imágenes rotas, ni ante los capiteles caídos, ni ante las ruinas alfombradas de musgo, ni ante las solitarias arcadas, ni ante los frutos arrebatados en promesa o los campos agostados en flor.

Antonio ZOZAYA.

el su estela, van los hechos estrellándose constantemente contra su fianco inquebrantable, y al dejarlos atrás ya sabe de ellos, y recordándolos con sus merecidos valores acumula enseñanzas para los que vendrán.

La sucesión de los acontecimientos va trazando la línea recorrida, y las memorias, los anales, las anécdotas mantienenla visible al lado de sus coeficientes colaboradores geográficos y geológicos.

Comparados, agrupados, generalizados, sometidos a un justo criterio darán una moral capaz de llevar a un éxito en su más alto grado de cultura, encerrando en el precepto divino de amarse los unos a los otros.

Demostrada ya por experiencia la influencia geográfica ejercida en el terreno ambiente, cabe preguntar si no deberá también tenerse en cuenta las primeras sensaciones y percepciones en la estructura compleja de un carácter.

Tal vez más adelante se desmenuce y explique la persistencia de la gama enrojecida que envolviera a este pueblo que se agitaba en trabajo constructivo, oprimido por torturantes dolores pero siempre cobijado por el símbolo que sintetiza toda una libertad flameando bajo el cielo que la bendice.

Concepción SONEYRA.

Un terrible veneno africano

El doctor Bolton, de Londres, analizó, hace tiempo, un nuevo veneno para armas arrojadizas, empleado por los indígenas del alto Níger, y de efectos mucho más activos que el curare. Cuando dicho veneno se halla en estado fresco es casi líquido, pegajoso y de color negro. Probablemente entra en su composición el jugo de cierta higuera africana muy venenosa. Los indígenas, una vez obtenida la mortal substancia, embadurnan con ella varias estacas, de las que toman en caso necesario la cantidad requerida para la preparación de las flechas, raspándola y calentándola al fuego.

La porción que fué analizada en Londres, había sido remitida desde el país de origen, extendida sobre el extremo de dos cañas y recubierta por un polvillo protector. Una de las particularidades que primero chocaron al doctor Bolton fué el agradable olor despedido por el veneno. Una vez que se sometió a éste a la acción del agua, advirtiéndose que se disolvía con facilidad salvo una parte compuesta principalmente de grumillos de almidón. Filtrada la solución, dejando separada ya la parte insoluble, ofrecía aquella completa transparencia y un color moreno obscuro, teniendo como característica química una ligera reacción ácida.

No afectando en lo más mínimo a esta substancia venenosa el hervido, dedujo el experimentador que no se trataba de una verdadera toxina. Sus efectos, al ser mezclada con la sangre en el organismo, se manifestaban en el tejido muscular; el sistema nervioso, ya en los centros o en la periferia, no parece sufrir la influencia del tósigo. La persona herida por una flecha impregnada de esta substancia muere por asfixia, debido a paralizarse los movimientos de los músculos que favorecen la respiración. Tan activo es el veneno, que según el doctor Alexander, quien ha tenido ocasión de presenciar sus efectos en África, los indígenas heridos con flechas así emponzoñadas morían a los veinticinco minutos de recibir la lesión.

EL TEATRO

CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

'EL CURITA DE LOS MILAGROS', DE ADRIANO DIAZ OLAZABAL, EN EL SARMIENTO

La pieza estrenada con el título del rubro por la compañía de César y Pepe Ratti, está hecha de medida para el público que frecuenta esa sala y le queda irreprochable, sin una arruga ni una falla. Es una obra en la que con todo comedimiento se mezclan la ingenua picardía, el chiste sin complicaciones y las escenas reideras, todo dentro de un marco de discreción correcta y familiar que divierte con esa gracia bonachona y complaciente que tienen los chistes de un profesor para sus alumnos o de un jefe de oficina para sus subalternos. De la obra no puede decirse más de lo dicho, porque penetrando más hondamente en su fondo y examinando con mayor detenimiento su contenido artístico, nos encontraríamos en la comprometedor situación en que nos colocaría una persona que pretendiera obligarnos a emitir un juicio razonado acerca de la caligrafía de una página en blanco.

Pero 'El curita de los milagros' hizo reír al público del Sarmiento. Esto no cabe duda. Una obra que hace reír al público que la presencia tiene todos los requisitos indispensables para que se la considere como un éxito y, en este sentido, sería injusto no declarar que 'El curita de los milagros' ha sido un éxito.

El héroe de la jornada fue Pepe Ratti, quien con su habitual vis cómica mantuvo en continua hilaridad a su auditorio, arrancándole frecuentes y clamorosos aplausos. Los demás elementos de la compañía se desempeñaron discretamente, en especial la Cordero y la Martínez, y en el sexo fuerte Mariño y Genovesi.

'MONSEÑOR', EN EL APOLO

No es por cierto con obras como esta que se acredita buenas condiciones de autor teatral, ni una empresa puede justificar el recurso de explotar un asunto que tuvo, en su hora, su actualidad popular, si se nos permite la expresión.

Querer atraer público explotando el sonado asunto del arzobispado, prueba, más que nada, la lista de los autores. Si el asunto aún apasionase y la temporada del Apolo anduviera barranca abajo, quedaría explicado el estreno. Pero es el caso que la provisión de aquel cargo eclesiástico ha pasado a la categoría de cosa enterrada y, por otra parte, la marcha de la 'season' en el Apolo parece haberse encarrilado definitivamente después del estreno de 'Conventillo nacional'.

Así debió pensarlo allá en sus 'misteriosas intimidades', para usar de la literatura radical, la gente que recibió sin emoción la pieza de los señores Ballester y Schaeffer Gallo, cuyo mayor pecado está en el asunto, pues por lo demás ha sido discretamente realizada y sirvió el protagonista para destacar la labor del actor Juan Bono.

'SOL DE SEVILLA', DE ANDRÉS DE LA PEADA Y EL MAESTRO PADILLA, EN EL ARGENTINO

Constituye esta obra, tanto desde el punto de vista del libreto como del de la partitura, una afortunada y brillante exposición de motivos netamente sevillanos, con todo el calor y la gracia peculiares de los hijos de aquella alegre tierra. Con verdadera fortuna el libretista y el músico hacen desfilar por la escena una serie de cuadros en los que resplandece la jubilosa luz de Andalucía y el fervor apasionado de sus majas y majos que unas veces se entregan plenamente al amor de vehemencias y celos incontenibles y, otras, a la mística exaltación de las devociones religiosas.

Se mantiene toda la pieza en un término medio de acción y de valores, en tal forma que de igual manera que las pasiones no se desencadenan por los rumbos cálidos del drama, la música tampoco busca en las superiores expresiones del arte el modo de lograr su finalidad emotiva. Ligera como el habla de sus personajes y brillante como sus ocurrencias, es toda la pieza, en la que abundan las muestras de ingenio y los números musicales que cautivan y emocionan, recordándose luego con facilidad y agrado. La música retzona y popular del maestro Padilla ha estado esta vez muy inspirada, aunque debemos dejar sentado que toda la partitura se resiente un poco de esa trivialidad en que parece complacerse la producción del conocido maestro español.

El conjunto que actúa en el Argentino dio a 'El sol de Sevilla' una interpretación muy estimable, mereciendo singular aplauso la labor del tenor Casenave y de la tiple Clotilde Rovira, que rayaron a gran altura. Eficaz en su papel cómico el tenor Hernández, discreta la Aliaga y muy buena la presentación escénica, no habiendo nada que reprochar a la orquesta y los coros.

ME GUSTAN TODAS CIENTO VECES

Así como lo hemos escrito o "Me gustan todas" 100 veces, de ambas maneras decimos la verdad. La revista a que nos referimos sigue dándose en el Maipo tres veces por día de labor y aún más labor los días que no lo son, de modo que con tan frénético tren no ha tardado en llegar a la primer centena que seguramente no será la última. Se trata de un éxito perfecto y la compañía, aunque al paso de vieja que por su edad en el cartel le corresponde las jóvenes y "alegres chicas del Maipo" que van camino de las 300 representaciones.

SE MANTIENE 'NATACHA'

La favorable acogida dispensada por el público a la obra de Armando Moock, estrenada últimamente por la compañía de Angelina Pagano en el Liceo, se mantiene decididamente y parece que persistirá por mucho tiempo. En verdad la obra merece la pena, porque se trata de una producción de las que sin remordimiento ni reticencia se pueden calificar de buenas. Angelina Pagano encarna con su acierto de siempre el papel de la simpática e interesante figura central de la obra.

DE LA HONRA AJENA Y DE LA PROPIA

La comedia de Downton, en ciertos momentos melodramática, ha interesado al público de Camila Quiroga, quien pone cada vez más esmero en su personaje de Idoli, que en cierto instante del proceso escénico resulta un idolo para el actor Fregues, para luego esfumarse en el corazón del pintor, demasiado vacilante.

El público, concurriendo en grueso número al Ateneo, prueba que le interesa por la honra ajena como por la propia, lo cual no puede extrañar, pues que, con frecuencia, de la propia se cree uno estar seguro, cada cual a su modo, hasta que un magistrado judicial nos muestra la equivocación...

Las chicas admiradoras de Camila llenan las dos plateas de la sala, que los sábados y domingos exige otra más.

EL PROGRAMA DE LA COMEDIA

"Los pecados capitales" han debido de llegar ya a las cien representaciones, cosa que no es de extrañar puesto que la humanidad se inició con uno de ellos y desde aquella remota fecha no ha hecho más que incurrir continuamente en nuevos y capitales pecados. Por lo demás, la pieza gusta y estando en manos de Lamas que sabe llegar descansado y sin cansar a las mil, ya no nos parece nada extraño.

Sin embargo, el cartel de este teatro experimentará frecuentes modificaciones porque se tienen en cartera varias reprises y un estreno. Probablemente, éste será la primera novedad, consistente en "Encarna, la Misterio", que irá en estos días y después se repondrán "La marcha de Cádiz" y "La cara de Dios", dos piezas viejas, pero de ley.

POR FIN LANZÓ EL GRITO

Después de varias amenazas malogradas, por fin Blanca Podestá lanzó su grito, un grito en el silencio, que todos esperábamos con verdadera ansiedad. Estamos aún bajo la terrible impresión de ese fenómeno y aunque escribimos estas líneas momentos antes de que se produzca la sonora emisión, ya es un hecho que el grito saldrá. Ahora bien, sabemos que saldrá, pero ignoramos cómo. A decir verdad tenemos que el grito sea un tanto destemplado y fuera de tono, pues los pulmones literarios de Rodríguez Acasuso están más para pasarse una temporada en Córdoba que para andar traspachando por la calle Corrientes. Con todo, no queremos prejuzgar y en el próximo número podremos ocuparnos detalladamente del famoso grito y de sus consecuencias.

Como es sabido, Blanca Podestá eligió "Un grito en el silencio" para su función de beneficio que debió tener lugar el viernes último.

PRIMO DE RIVERA EN BUENOS AIRES

Buenos Aires no es, en realidad, Buenos Aires, sino "Buenos Aires", es decir, el teatro de este nombre. Y Primo de Rivera no es Primo de Rivera, sino Muiño, graciosa y agradablemente caracterizado. Nos referimos al estreno en el Buenos Aires de la pieza en dos actos de Mario Rada que con el título del nombre del director español estaba por estrenarse en estos días. En los programas del mismo teatro figuran la revista señora o "Señora revista" y "Hasta la hacienda baguala".

SE DESCUBRIÓ UN SUEÑO PARA CURAR LA TRISTEZA

Los conocidos facultativos teatrales doctores Rogelio Cordone y Carlos Goicoechea,

que han realizado tantos ensayos para hallar la fórmula científica que permita ahuyentar uno de los flagelos que azotan a la especie humana, la tristeza, acaban de realizar su último experimento con el mejor de los éxitos. Han presentado a la Academia del Nuevo, por primera vez, el resultado definitivo de sus trabajos de gabinete, encargando al actor Casaux su divulgación.

Las crónicas periodísticas han coincidido en decir que es lo mejor del año del punto de vista en que se han colocado los autores y dada su finalidad. "Tercero como una mula", resulta la pieza cómica en tres actos estrenada en lo que va de la temporada, que con más eficacia cumple su misión de alejar la tristeza del público porteño, en su mayoría dedicado a pensar en la forma de ganar dinero.

En la sala del Nuevo, la consigna espontánea es romper cada dos minutos en una carcajada y no hay quien se resista viendo el gallego tendero que interpreta Casaux y la catalana que hace Pierina.

EL CARTEL DE CARCA

El Nacional, como lo previmos, viene obteniendo su mejor éxito de la temporada con "La muchacha", la pieza de Saldías que consulta los gustos del público de la sala de Carca y que, por otra parte, tiene sus granitos de arte... La obra de referencia pasó el primer centenar de repeticiones sin esfuerzo, como pasa Lombardo los primeros mil metros en una carrera de 3000...

Y que se nos perdone el símil turfístico: en Buenos Aires se juzga a uno con pena, si no entiende de caballos de carrera. (Aceptamos la controversia).

INES

No vamos a referirnos a la amada de don Juan, lector. Se trata de Inés Lidelba, la "soubrette" del Politeama, gentil figura que viene desempeñándose con agrado del público, que aplaude sus graciosas interpretaciones todas las noches.

Se repisan operetas que este elenco pone en escena con mucha propiedad. El conjunto actuará en esta sala hasta principios de octubre.

MÉJICO EN BUENOS AIRES

El mejor negocio teatral del año, ha sido para el Avenida la troupe de mejicanos que dirige la encantadora tiple Lupe Rivas Cacho, quien está consiguiendo con procedimientos si se quiere un poco ingenuos del punto de vista teatral, un éxito que no logran las grandes compañías de revistas de la metrópoli. No hay derroche de gracia, no hay, salvo Lupe y alguna otra figura, "genios" en el elenco, pero hay, eso sí, buen gusto, corrección en el aparato escénico y una buena voluntad para imponerse que ya se quisieran ciertos cuadros nacionales de género chico.

No se sabe hasta cuándo actuará Lupe, pero se descuenta que la sala del Avenida seguirá llenándose como hasta hoy en que, salvo la primera sección, se completa todas las noches en la segunda y tercera, con las revistas "Méjico típico" y "El cielo de Méjico".

ALEGRIA SUPERLATIVA PARA EL IDEAL

Todos sabemos que la compañía de revistas de Huarte, que venía actuando en el Ideal y terminó trágica y municipalmente su temporada, ha encontrado nada menos que el escenario de la Ópera para proseguir en su segunda etapa. Bien. Todos sabemos, también, que aquel elenco se había constituido, por su alegría desbordante y contagiosa, en un serio rival del Maipo. Había alegría en el Ideal y según su empresario era el Ideal de las salas alegres. Vino el episodio municipal y la alegría quedó flotando en todos los rincones. Alegría tan de primera agua y tan fecunda, que en 24 horas ha subido de tono, al punto que el Ideal reclama ahora una compañía de género alegre. Huarte, hombre complaciente, fué convencido fácilmente. En este mes, esa carita redonda, bonita e insinuante que se llama Teresa Puértolas, al juchopolizador de sus gracias, vulgo marido, Pepe Sassone, Daglio y Zurlo, se encargarán de derrojar alegría superlativa en la salita de la calle Paraná.

FECONDIDAD DE FANTASMAS

Ya se puede asegurar que los "Espectros" seguirán firmes en el cartel del Marconi hasta las cien representaciones consecutivas. Gómez, por coquetería, se muestra evasivo como un ministro recién nombrado; pero Miguelito, más conocido por el hombre del toscano, lo dice a cualquiera sin circunloquios. Miguelito es un visionario de éxitos teatrales. El puso los "Espectros", Gómez no quería...

ENTRE ESPECTROS

—Camarada, me encamino al Marconi.
—Ese es mi domicilio, señor mío.
—Pertenezco al sexo masculino. Respéteme.
—Yo al femenino. Lo invito a sacarse...
—Siempre que José Gómez sea nuestro padrino

EL ÉXITO DEL MAYO

Continúa representándose con éxito en este teatro por la compañía de Concha Otona, la graciosa comedia de H. Fernández del Villar, titulada "La negra". Tratándose de una producción de un autor más andaluz que las estafuelas, se comprende que la obra nada tiene que ver con los frigoríficos de ninguna tonalidad.

Cuando "La negra" deje de hacer reír al público, lo que nadie sabe cuándo ocurrirá, subirá a escena una pieza festiva titulada "Los cuatro Robinsones".

EL IDEAL EN LA ÓPERA

Bruscamente se torció el curso de los acontecimientos y en forma inesperada nos informamos de que la compañía de revistas que estuvo actuando durante el invierno en el Ideal, pasará a ocupar debidamente reforzada, el escenario de la Ópera. El debut se anunciaba para el 16 del actual y la presentación deberá tener lugar con el estreno de la revista "¡Oh, mujer! ¡Oh, mujer!" de Dupuy de Lome, Andrés Botta, Alberti y Osorio, música del maestro De Bassi, y una refundición de las piezas que la misma compañía daba en el Ideal, con el título de "Todas en una".

NUEVA COMPAÑIA DE REVISTAS

Como resultaban pocos los teatros de la capital que se dedicaban a la revista, fué necesario habilitar otro más y ahí tenemos al Florida dotado de una discreta e interesante compañía que ha sido muy bien recibida por el público. Se presentó con la revista titulada "Hola, señorita", de Weissbach, Doblas, Bellini y el maestro De Bassi, que tiene números muy atractivos en los que se explota con moderación la nota chistosa junto a la sentimental y la artística. Cuenta este elenco con algunos buenos actores, entre ellos Dux, Casaravilla y Sosoff y entre el bello sexo La Bordini, las hermanas Peyrano, etc.

CASINO

Renovado en parte el cartel de este teatro, el público encuentra motivo de esparcimiento con los artistas que ahora actúan, todos interesantes y que trabajan con creciente buena voluntad. Y decimos esto, porque en una sala que cultivaba igualmente las variedades artísticas, ocurría cosa distinta.

En la semana se producirán nuevos debuts.

GRAND SPLENDID

Cada vez más seleccionado el público de este hermoso cine, el más elegante y prestigioso de la capital. Es cosa de ponerse en su "foyer" al salir la gente de las funciones, para comprobar que lo mejor de nuestra aristocracia va al Grand Splendid. Los grupos de familias cuyos nombres están en la boca de los cronistas sociales, forman el público concurrente a esta sala y conviene dejar constancia de que esta aristocracia del público concuerda con la selección de las películas que se pasan, las más bellas y de las mejores marcas.

Recordamos que los martes y viernes las funciones son de moda.

CAPITOL

En este bonito cine siempre hay buen público y las funciones se caracterizan por la excelencia de sus películas.

El secretario de esta sala, persona simpática y de "savoir faire", va teniendo una amable popularidad entre las familias "habituadas", que saben reconocer su tacto y gentileza.

CORREO TEATRAL

Elsa.—Le brindamos para la meditación, este pensamiento que escribimos por ahí hace algún tiempo, cuando aún no nos encantaba usted con su frecuente correspondencia: "Cuando todas las razones nos aconsejan la justicia de una determinación severa, el corazón debe encontrar siempre un pretexto para perdonar."

D. Forcyra.—La hierba esa no tiene aplicación en el teatro criollo. No sabemos si se utilizará en el extranjero.



FOTOGRAFIA ARTISTICA



Una vista de la hermosa Quebrada de Lules, en la provincia de Tucumán.

Fot. L. A. Posse.



Un camino a orillas del lago Lapataia, en Tierra del Fuego.

Fot. J. C. Dantiag.



¿POR QUÉ NO HA DE SER USTED...

quien encuentre en una caja de

POLVO
GRASEOSO

LEICHNER

una rica alhaja? -- En nuestro deseo de corresponder al favor de las señoras consumidoras, hemos distribuido, en muchas cajas, cupones que indican **UNA ALHAJA COMO REGALO**. -- Puede ser usted quien encuentre uno y alcance con ello el doble beneficio de obtener un **VALIOSO OBSEQUIO** y, al mismo tiempo, embellecer su cutis con el empleo de uno de los productos más deliciosos y perfectos.

En BUENOS AIRES:
calle Guardia Vieja, 4439

Perfumería Mendel

En ROSARIO, Santa Fe:
calle Entre Ríos, 864

NOTA. — Estos mismos regalos, los tiene establecidos, en Montevideo, el POLVO GRASEOSO MENDEL